

**PAUL  
MORAND**

**VIDA DE GUY DE  
MAUPASSANT**

**Biografía**

Traducción de José M. Ramos, para  
<http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>

© Paul Morand, 1942  
Por la traducción: J. M. Ramos, 2006

## PROLOGO

*«Tiene el aspecto de un pequeño toro bretón», decía Flaubert del joven Maupassant.*

*«Maupassant tiene el aire de un toro triste», afirmaba Taine del hombre en su madurez.*

*Maupassant nació en agosto y murió en julio, viniendo y abandonando este mundo poco después de que la constelación del Toro llene el cielo.*

*Literariamente no vivió más que 15 años, la vida media de un toro.*

*Tenía la fuerza de la cabeza, de los hombros, la mirada orgullosa, nariz corta, cuello carnosos, pecho ancho y el pelo lustroso del toro.*

*Era un toro con rostro humano, cubierto de escritura, como sus hermanos de Khorsabad que llevan inscripciones incluso sobre sus patas, hasta su barba en bucles.*

*Creciendo y multiplicándose en todas direcciones, no vivió más que para engendrar.*

*No mugió más que por su madre y su deseo de amor.*

*No amó a una mujer sino a todas, sirviéndolas imperiosamente, como un semental que, cuando la vaca está saciada, se horroriza.*

*Tuvo sus años de aprendizaje, sus años de procreación, y lacerado por las inyecciones de*

*Pravac, como si de banderillas se tratasen, llegó su hora.*

*Dios me libre hacer chanzas a expensas de un ser que ha sufrido horriblemente, e incluso de reírme de una época a menudo ridícula. He descartado esos crueles juegos. No podría, ni sabría hablar a la ligera de alguien que, en sus libros como en su vida, se mostró siempre como un auténtico hombre.*

*Si su gusto o aversión por la existencia hubiesen sido fingidos, si Maupassant no hubiese pagado con su sangre cada éxito y cada hora de goce, si los amargas flores que hizo brotar no fuesen más que flores de retórica, no nos habríamos planteado el analizar su obra.*

*Pero su caso merece la pena ser estudiado. Su destino es peculiar. «He entrado en la vida como un meteoro y saldré de ella como un rayo», dijo a Heredia. He aquí lo que lo acerca a nuestro tiempo; en 1880 ese ritmo es totalmente novedoso.*

*Maupassant fue formado por la mujer; vivió de ella y para ella, habiendo sido empujado a la celebridad por miles de lectoras burguesas, bendita y nueva raza que aparece en Francia hacia 1848; colmo de la desgracia suprema, muere por la mujer sin haber creído en ella.*

*No creyó en nada. Jugó apostando por el instinto y perdió. Queriendo que el hombre no fuese más que un animal («Hay que estar poseído de un estúpido orgullo, escribía, para considerarse otra cosa que no sea un animal apenas superior a los demás»), murió a cuatro patas, en un hospital psiquiátrico, ladrando y babeando.*

*La vida de Maupassant es complicada de contar, pues se trata de una vida sin drama externo, sin peripecias, donde se producen las aventuras más comunes. Al principio vivió poderoso y sensual, luego murió tras una larga enfermedad. Eso es todo. No desempeñó ningún papel social o político, no estuvo en ninguna parte (exceptuando algunos viajes como turista), no participó en nada extraordinario, nuevo o atroz. Incluso no le sucedió lo que ocurre a todo el mundo, no se casó, no tuvo hijos, no perdió seres queridos, no amó. Si tuvo éxitos femeninos, siempre no hubo un día siguiente. Escribir su vida, no es escribir al mismo tiempo la de mujeres curiosas, encantadoras o terribles, como ocurre con Goethe, Byron, Vigny o Chateaubriand. Su existencia carece de acontecimientos; resulta imposible contarla siguiendo el orden cronológico; es la lenta evolución interior de un ser que parte de la salud para desembocar en la demencia; se traduce por una serie de obras que se desarrollan en línea quebrada, como la propia enfermedad, con sus crisis, sus depresiones y sus remisiones.*

Les Hayes, abril-julio 1941

## Años de pasto (1850-1880)

Octubre de 1870. Un joven francés ante la derrota.

El uniforme andrajoso, la barba hirsuta, titubeando de cansancio, desmoronándose cuando se detiene, Guy de Maupassant, joven soldado de la reserva del 70, descansa ahora bajo París, en el fondo de una fosa de las fortificaciones. Se diría *El Dormilón del valle*:

*Un joven soldado, boca abierta, cabeza descubierta y la nuca bañando en el fresco berro azul...*

Ha sido empujado, bajo los muros de la capital, en pleno equinoccio, por los torbellinos de la invasión parecidos a esas mareas de septiembre que remontan el estuario del Sena y rompen el dique de Quillebeuf. El flujo siempre sube y lame ahora las afueras, las barreras, los fuertes de la periferia, incluso Vincennes, donde Maupassant está acuartelado. Él, tan buen caminante, ha arrastrado

una pierna durante un mes, haciendo quince leguas diarias, sin pegar ojo, a paso de sonámbulo, atravesando ríos por puentes destruidos y vías férreas con raíles arrancados. La marea discurría al mismo tiempo que él, movilizados entrecanos, barrigones, encorvándose ante el peso del fusil, «soldaditos alertas, fáciles al espanto y prontos al entusiasmo»; él iba, pasando por encima de los capotes abandonados, desordenadamente «con los calzones rojos, los sombríos artilleros, los dragones encasquetados, siguiendo con paso cansino la marcha más ligera de la infantería».

Aún ayer, el soldadito, lleno de «inocencia provinciana» (Balzac) naturalmente creía en la victoria, como el Sr. Émile Olivier y como todos los franceses. Repitiendo lo que oía decir a su alrededor, había escrito inocentemente, hacía algunos días, a su madre que vivía en Étretat: «En cuanto al desarrollo de la guerra, no hay duda, los prusianos han perdido, lo pueden sentir...»

Hoy, se acabó la espera. «Se me ha engañado», repite el emperador de la mañana a la noche... Sí, todo el mundo lo ha engañado; los militares cortesanos y los diplomáticos serviles. Aquél que meta la nariz en los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores, encontraría allí cosas extrañas, escribe entonces Ludovic Halévy, en sus *Cahiers*. El Sr. Benedetti decía: «Prusia no tendrá un aliado en Alemania» El Sr. de Gramont: «Austria estará y marchará con nosotros» Nuestro embajador en Florencia: «Tienen ustedes a Italia» Nuestro ministro en Copenhague: «Dinamarca está preparada y usted espere.» Nuestro enviado a Munich:

«Vamos, Baviera está impaciente de alejarse de la dirección prusiana.» Y más de lo mismo. Todo eso para halagar la inclinación del emperador y para tener ventaja.

Sí, la espera se acabó hoy: las Tullerías están vacías, el emperador caído, la emperatriz ha huido; por todas partes las N y las águilas de las verjas han sido arrancadas. ¿Puede entonces mentir un gobierno? ¿Pueden unos caballeros condecorados hacer trampas? El perjurio de los dirigentes, la estupidez colosal de los dirigidos dan náuseas a Maupassant; es presa de un confuso horror de los regímenes grandilocuentes y sentimentales que acaban ante los demás en lágrimas y sangre; se siente ajeno a este ejército « tan orgulloso y presuntuoso » del que habla Renán; no es sin cierto amargo placer como ve la ruina de esas fachadas que se derrumban con solo tocarlas, detrás de las que se abrigaba «esa infausta administración que acaba de ser convencida de su ineptitud».

Belleville y Ménilmontant llevan la huella de los últimos motines del Imperio, casas devastadas, almacenes saqueados, cabarets cerrados, kioscos hechos añicos. A la luz de un débil gas, bajo las reverberaciones, los transeúntes leen ávidamente las noticias sobre unas hojas impresas de tamaño reducido. « Todo, incluso la República, gritan, antes que los prusianos en París »

Es el final de la política novelesca, en el incendio de los decorados. Es el final del romanticismo militar del «incluso cuando», y de los «últimos cartuchos». Normando optimista, muchacho ordenado, con una naturaleza de una fría

violencia, Maupassant contempla el fiasco, odia el desorden, ríe de esas tardías improvisaciones que nada han impedido, nada han detenido. Con tranquilidad comprueba la debacle. A su padre, que ahora se moviliza para que su hijo sea destinado a los servicios de la Intendencia, el joven soldado no dirá que no, al contrario. Él no se había enrolado, como dicen sus biógrafos: tan solo se limitó a seguir la suerte de su promoción, lo que le permitirá vivir en París y esperar el fin de la guerra, yendo a ver representar, entre obús y obús, *La Muette* en la Ópera.

Sin ningún tipo de remordimiento, suelta su viejo fusil.

«Los prusianos avanzan sobre nosotros a marchas forzadas.» El avance alemán lo ha separado de todo lo que ama, de su madre y de su región natal, Normandía, de Étretat donde ha pasado los mejores años de su infancia. Maupassant era normando por su madre y normando de adopción por su padre: su familia paterna, originaria de Lorena, dónde había sido ennoblecida en el siglo XVIII por el emperador Francisco de Austria, se había instalado 120 años después en las proximidades de Ruán, en Le Neuville-Champ d'Oisel. Maupassant vuelve a ver los grandes edificios de ladrillo anaranjado donde ha nacido, en pleno país de Caux, dónde da sus primeros pasos, Mirosmenil, Groinville-Imauville, esos castillos de principios del siglo XVII, tan melancólicos, húmedos, dónde unas tardes le gustará hacer encerrar a sus heroínas desesperadas, esos castillos encaramados sobre las rocas calizas, siempre



golpeados por la lluvia pero privados de agua, abrigados de los vientos del oeste por unos bosques de hayas inmensos que hacen la noche en pleno día, una noche verde, casi submarina, esas casas solariegas con sus voraces y sus nocturnos con las alas de trapo, sus techos abruptos en los que el viento levanta las tejas como si fuesen hojas, sus chimeneas llenas de nidos de cuervos que se desploman entre los morillos de los primeros fuegos de septiembre; y la mar que está por todas partes y que nunca se ve, la mar a la que todo le da la espalda, los pueblos, las aldeas embadurnadas de hollín hacia el oeste.

En esas residencias señoriales tomadas en alquiler, los Le Poittevin, familia burguesa de Fécamp de la que su madre era descendiente, habían solicitado un marco aristocrático para el nacimiento de sus hijos. Pero Maupassant prefería el pueblecito de Étretat situado entre dos hondonadas, entre la pradera y el mar, tan animado con sus pescadores, sus vendedores de cordajes, su alquitrán fundido en los hornillos, sus redes marrones con sus flotadores de corcho carcomidos por la sal, cuyo olor atrae a las gaviotas que gritan como chirriantes poleas. Lo mejor de su vida transcurre allí, como entre dos batientes de un decorado, bajo los acantilados, entre la Manne Porte y la puerta de Amont sobre la ensenada de los guijarros dónde las mujeres arrastran al dique seco las embarcaciones; más arriba, más allá del límite de la línea trazada por el ribete negro de las algas, vuelve a ver las barcazas, viejos barcos que ya no pueden ir al mar y que sirven de hangares a las nasas del bogavante, los

arpones, las cuerdas de remonte. Desde la bahía del Sena hasta Dieppe, el joven conoce cada guijarro, cada fondo, cada valle; Fécamp, Saint-Valery, El Tréport no tienen secretos para él. Habla el patois con los hijos de los pescadores, sus amigos, sus iguales, cuyos padres lo llevan al mar en expediciones de poco riesgo. Poco a poco van extendiéndose sus viajes, llegando hasta el Havre-de-Grâce donde admira los mástiles, las vergas, los cordajes, todo ese enredado y ese agolpamiento vertical que se asemeja a un bosque muerto.

Hasta los 13 años Maupassant ha vivido de esta manera mágicamente, con una vida « de pollo en libertad » (la frase es de su madre) que lo impregna de sal y soledad, a la que siempre echará de menos y que buscará más adelante, como un paraíso perdido de inocencia y de salud.

«Soy un paisano y un vagabundo, hecho para las costas y los bosques, no para las calles», confiesa más tarde a la princesa Matilde. «He crecido sobre las orillas de la mar gris y fría del Norte, en un pueblecito de pescadores siempre golpeado por el viento, por la lluvia y las salpicaduras de las olas, siempre oliendo a pescado, pescado seco en la casa oscura rematada con chimeneas de ladrillo cuyo humo lleva a lo lejos, hacia el campo, los fuertes olores de los arenques ahumados. Recuerdo también el olor de las redes secándose a lo largo de los puertos, el olor de las salmueras con las que se abonan las tierras, el olor de las algas cuando la marea está baja, todos esos perfumes violentos de los pequeños puertos que colman el pecho y el alma de fuertes y buenas sensaciones», escribirá

Maupassant, un cuarto de siglo más tarde en *La Vie Errante*.

El puerto de amarre de su obra y su vida será Étretat dónde su madre posee una villa y dónde él tendrá más tarde la suya, *La Guillette*.

Pueblecito de pescadores, Étretat había sido puesto de moda 25 años antes por Alphonse Karr. Isabey, que lo había descubierto antes que el autor de los *Guêpes*, había tenido mucho cuidado de proponerle a sus colegas los maravillosos motivos de la Chaudière, de la Chambre des Demoiselles, de la bahía de Antifer o de la vieja iglesia; pero «Don Alfonso» había hablado tantas maravillas de Étretat en sus crónicas que lo había puesto en el candelero. El hotel Blanquet, entre la puerta de Amont y la puerta de Aval, se había convertido en cita de artistas. Courbet, Monet, Diaz, Daguerre y Le Poittevin, se extasiarán ante los barcos, los guijarros, las lavanderas, las tiradoras del cabestrante y los pescadores de cangrejos. Le Poittevin lleva allí a su hermana, la Sra. de Maupassant, que acaba por instalarse y compra la villa de *las Verguies*, visitada por todos esos artistas y esos bañistas parisinos, los famosos periodistas Decourcelle, Albert Wolff, Millaud, Mitchell, los músicos Offenbach, Thomé y Massenet, los actores y las actrices, Coquelin y los Mounet, Granier y Reichemberg, Judic y Magnier. El abuelo de Robert de Traz, del que una calle conmemora su nombre, iba con Ludovic Halèvy a cazar pájaros marinos.

Para Guy de Maupassant, Étretat y su madre son inseparables. Hacia esta madre van hoy dirigidos los pensamientos de un joven soldado derrotado. Es

ella quién le ha enseñado a vivir; no ha tenido otro maestro. Ella es fina, bastante rara, nerviosa, vibrante. Mientras el sacerdote Aubourg enseñaba latín a Guy, ella le inculcaba la afición a las Letras; fue ella quién le hizo leer a Shakespeare del mismo modo que la Restauración debía legar a la Monarquía de julio su más preciosa herencia intelectual.

La Señora de Gustave de Maupassant tiene un segundo hijo, Hervé, del que nunca hará nada bueno. Ella prefiere a Guy. Lo ama con toda su vida de mujer novelesca, culta, aburrida e infeliz. Tras algunos años de matrimonio, un matrimonio por amor, se separa (hacia 1860) de su marido, un guapo hombre, casquivano y poco serio que no la ha comprendido, que la ha engañado y que ahora juega a la Bolsa en París.

El señor de Maupassant padre es un misterio (nada es más misterioso que los seres superficiales). No se sabe casi nada de él: decepcionado con su mujer, le deja 1600 francos anuales de pensión, siempre con problemas monetarios, sobrevivió a su hijo y acabó sus días en el Midi en 1898. Tenía sangre criolla (su abuela era de la isla de Bourbon); era muy guapo, poco inteligente, débil, derrochador, jugador. Maupassant obtiene de él, durante diez años, una magra pensión que un pírrico contrato con la Administración no iba a tardar en sustituir. Y eso es todo lo que sabemos. Aunque Maupassant parece haber mantenido relaciones correctas con su padre, en realidad permanecen uno y otro sin contactos especialmente significativos («Raramente veo a mi hijo, decía el Sr. Gustave de Maupassant, debido al

celo de la Sra. de Maupassant») hasta el día en el que, desde el puente de su yate, 20 años más tarde, el hijo percibe al padre mediante unos catalejos; se encuentran en el cabo de Antibes, sin dejar traslucir ninguna emoción y como si se hubiesen dejado la víspera, charlan juntos un rato y se separan para no volverse a ver nunca más.

Tiene unos hijos que no necesitan de la presencia de su padre y a quiénes basta su madre, sobre todo una madre de una elevada y autoritaria naturaleza. Maupassant podría ser de aquellos y el Sr. Gustave de Maupassant no merecería más que la mención, si toda la existencia del escritor no hubiese estado curiosamente impregnada del complejo paternal, dejando descubrir un secreto ante el cual debemos detenernos. Si nos remitimos al útil ensayo de clasificación con el que termina la obra de René Dumesnil sobre la *Correspondencia* de Maupassant, vemos que 32 de sus cuentos y novelas tienen por tema el hijo abandonado, comedias del bastardo o dramas del hijo natural.

El misterio de alcoba, los secretos del vientre redondeado como una esfinge, es los que más han perturbado a Maupassant. Nunca sabremos a que escenas de la pareja asiste el hijo (con seguridad las hubo, pues la Sra. de Maupassant era violenta, desequilibrada, atormentada y se verá que intenta envenenarse en dos ocasiones); ¿Qué trauma vino a turbar la sensibilidad de un ser cuya memoria, excelente sin embargo, olvida sin duda esas imágenes de la infancia, pero cuyo subconsciente supo recordar?

No es que Maupassant sea un hijo producto del adulterio y, como se ha dejado entender erróneamente el hijo de un amigo de su madre que no sería otro que Gustave Flaubert. Esta solución simplista no se sustenta; pero hay en el escritor una constante inquietud ante la ausencia del padre y una continua búsqueda de la herencia que hacen de él como una especie de huérfano amante y turbado, al mismo tiempo que una especie de parricida virtual, lo que es una señal de alguna conspiración reprimida.

Exponemos dos anécdotas. Se las puede encontrar en casi todas las biografías de Maupassant. Yo las atribuyo al Sr. Edouard Maynial que ha publicado en el *Mercure de France*, sobre el autor de *Bel-Ami*, un libro ya antiguo (1906), pero excelente:

Guy escribe a su madre:

He sido el primero de la clase en redacción. Como recompensa la Sra. de X. me ha llevado al circo. Parece que también recompensa a papá, ¡pero no sé de qué!

Otro día Guy y Hervé están invitados a una fiesta infantil en casa de la Sra. de Z...

La Sra. de Z... recibía en ese momento las atenciones del Sr. de Maupassant. Hervé, enfermo, no podía ir: su madre quedaba con él. El Sr. de Maupassant se ofreció presuroso a llevar a Guy. Pero el niño, en el momento de partir, como si comprendiese la impaciencia de su padre, se divertía en demorarse vistiéndose, aunque su padre, exasperado, lo amenazase con no llevarlo a esa fiesta: «¡Ah!, responde Guy, no me importa. ¡Tu

tienes más ganas de ir que yo!» - «Vamos, anúdame los cordones de los zapatos», dice el padre. «No, no, responde Guy, ven tú a atármelos». Estupefacción del padre. «Vamos, añade el crío, vas a venir a atármelos. Más te vale decidirte enseguida.» Y el padre le anuda los cordones.

Bajo el aspecto de una travesura, aquí se encuentran los celos, el placer edipiano de torturar al padre y la evidente necesidad de vengar a su madre.

De su madre tenemos muy pocos retratos. ¡Cómo se le parece Maupassant! Tiene el mismo cuello, muy corto, la misma cabeza fuerte, de rasgos acentuados y más bien masculinos, bonita frente, mirada dura y orgullosa, nariz recta y bien soldada a su raíz, cabello ralo.

Imaginando a su madre tan lejos, en esta Normandía, ahora abierta al enemigo, Maupassant aún tan niño, bajo su capote de soldado siente el mismo dolor que cuando la abandonó para ingresar en el Seminario de Yvetot. Todos los chicos del país de Caux, hijos de armadores, saladores, jóvenes de bien e hijos de agricultores acomodados, pasaban por allí. Esa institución era la «ciudadela del espíritu normando. Allí se recibían las enseñanzas sagradas, al mismo tiempo que la tradición local, y los sacerdotes instruían a sus alumnos en la disciplina y en el bachillerato. Maupassant fue desgraciado allí; al principio alumno sumiso, se emancipa, trabaja mediocrementemente, hace versos maliciosos, de los que algunos, pese a la inspiración convencional y a la moda de la época, ofrecen ya curiosamente un sonido profético en este ser sin finura pero lleno de presentimientos.

*La vida es el sillón de la nave que se aleja...  
Es el grito del marino engullido por la mar...*

En cuanto a los demás versos, éstos nos muestran un niño de trece años con una precoz curiosidad. Dirigiéndose a la dama de sus pensamientos, relegado lejos del mundo:

*privado del aire de los campos, de los bosques...*

el joven Maupassant confiesa tristemente que:

<i>Dans le cloître solitaire Où nous sommes ensevelis Nous ne connaissons sur la terre Que soutanes et surplis.</i>		<i>En el solitario claustro En el que estamos sepultados No conocemos sobre la tierra Más que sotanas y sobrepellices.</i>
---	--	--

Su indiferencia en materia religiosa, mezclada con su atracción hacia la mujer, resuena ya en esos versos que naturalmente caerán en manos del superior. Una parodia de un sermón sobre la condena, y el asalto a la bodega del economato, acabarán por convertir en un indeseable al joven Guy. Expulsado de la institución, vuelve a encontrarse algunos meses en Étretat, con las caminatas sobre los acantilados y la libertad de rehacer, sentado sobre las nasas para pescar bogavantes, las *Méditations Poétiques*. En el otoño ingresa en el Instituto de Ruán donde se revela mejor alumno y donde permanecerá hasta el final del bachillerato.



Bajo el segundo Imperio había en Ruán y alrededores una pequeña sociedad de amigos que la vida y la muerte acabaron por dispersar; eran unos provincianos letrados que hacía veinte años, hacia 1830, habían leído a Shakespeare en alta voz, creado todo tipo de monstruos imaginarios, hecho mil bromas donde se encontraban el gusto por lo grotesco de Swift y de la novela negra, la guasa, forma atenuada de la crueldad byroniana y el deseo de vengarse del burgués intolerante. La mistificación es creadora de mitos: la broma de los románticos tuvo una vida más dura que el propio romanticismo que la lega al segundo Imperio, después de que ella se muera en los talleres, en las tablas de los comediantes viajeros y en los castillos; se encuentran todavía ecos débiles en las salas de guardia, en los cuartos de los estudiantes, en los bailes de graduación, en ciertas cortes soberanas, y, lo veremos, en toda la obra de Maupassant, así como en su vida.

Ese pequeño ramillete de inteligencias ruanesas había crecido alrededor del viejo hospital Dieu de Ruán en donde el padre de Flaubert era cirujano jefe: estaba compuesto por Alfred Le Poittevin, su hermana Laure (que se convirtió en la Sra. de Gustave de Maupassant), su otra hermana, Sra. de Harnois, el poeta Louis Bouilhet y Gustave Flaubert. Alfred Le Poittevin, una especie de Monarca de provincias, muerto joven después de mil excesos, y muerto del corazón, lo que para la generación de 1830 era la suprema consagración, había ejercido sobre sus compañeros una autoridad que no desaparecería con su muerte. (La Alemania

romántica, en la misma época, está repleta de esos genios de provincias desconocidos que gravitan entorno a Jean Paul.) Le Poittevin, a cuya memoria dedicaría Flaubert *La Tentación de San Antonio*, alienta a *Bouvard y Pécuchet* con su rictus, con su fiebre generosa y antisocial, revive en los diálogos de Caliban que Laure de Maupassant lee en voz alta a su hijo, en los suspiros que ella emite añorando su juventud perdida de jovencita elegante, asombrando a toda la región que no había visto nunca a una amazona leer versos y fumar cigarrillos. De toda esa alegre camarilla. viva, gozando de la vida, creciendo en una provincia gelatinosa y educada por encima de ese medio para el gusto de las aventuras del espíritu, no quedan más que dos viejos hombres muy simpáticos, dos Vercingetorix calvos, dos Oton de Normandía ya vueltos de sus pillajes, de sus lejanas expediciones y de sus orgías poéticas: Louis Bouilhet y Gustave Flaubert.

Al lado de la imagen vigilante de su madre, viene a unirse la de sus dos amigos que acaban de entrar ahora en el espíritu del joven Guy, siempre extendido en el fondo de ese foso donde ha caído, agotado por su larga caminata. Ellos son inseparables de ella, como dos santos rodeando a la Virgen. Maupassant los ve recortarse, en la humareda de las pipas, el uno con su cantarina voz de bardo, el otro con su ruda voz de prosista. Fue a Luis Bouilhet, el autor de los *Fósiles*, un poeta excelente, a quién la posteridad no hace justicia a su calidad y del que Flaubert había prologado *Las últimas canciones*, a quién Laure de Maupassant había confiado a su hijo, interno en Ruán. Fue ese

intermediario quién lleva a Guy a casa de Flaubert, y después de su muerte, acaecida en 1869, fue Flaubert quién naturalmente acoge o más bien recoge al hijo de su amiga Laure, sin que ella tuviese incluso que pedirselo. Bibliotecario en Ruán, Bouilhet es un gran fracasado, un Bovary de la poesía, un desengañado, un jefe sin tropas que la vida ha decepcionado, un defensor de la obra única, de la obra corta y que ha realizado su sueño entrando en la inmortalidad con, como principal bagaje, el célebre soneto:

<i>Tu n'as jamais été dans tes jours les plus rares Qu'un banal instrumente sous mon archet vainqueur Comme un air qui résonne au bois creux des guitares J'ai fait chanter mon rêve au vice de ton coeur.</i>	<i>Tu nunca has sido en tus días más extraños Más que un banal instrumento bajo mi arco vencedor Como un aire que resuena en el bosque vacío de guitarras He hecho cantar mi sueño al vicio de tu corazón.</i>
--	--

(Lo que supone dos instrumentos musicales para un solo anatema)

En el viejo pabellón de Croisset, en la hermosa terraza plantada de tilos, al lado de Canteleu desde donde podían verse los remolques descendiendo el Sena y los carboneros ingleses remontándolo con su bandera roja ennegrecida por el hollín, seguidos de blancos tres mástiles que transportaban madera de los bosques escandinavos, Maupassant visitaba a Flaubert. Le miraba fumar en su pipa, jurando y echando pestes, afectuoso y atento, huraño y tierno, tapando su grueso vientre con su hábito de monje,

rascando la frente, elevando los brazos, echando hacia atrás su melena de romántico, cuyos cabellos engrasaban el cuello de la camisa, resoplando en sus largos bigotes color ceniza, mientras el principiante le leía sus primeros versos.

«Nosotros lo amamos a usted, jovencito, porque nos recuerda tanto a nuestro pobre Alfred, su tío, ¡pero por el amor de Dios, que malo es eso!»

Y Flaubert toma por testigos, tanto a Bouilhet como a sus queridos libros que constituyen el fondo de esa escena de tres personajes, decorada con el fluir del río.

«¡Lo primero consiste en trabajar, muchacho! ¡No comprendo lo que quiere decir!»

Maupassant, dócil, pero resuelto, continuaba la lectura.

*¡Pasad, corderos, pasad sobre las verdes praderas!*

«¡Pero eso es del *Deshoulières*! ¡Peor! ¿No es así, Bouilhet?»

Sin dejarse desalentar, Maupassant continuaba:

*Ambos, nos escuchamos y derramamos lágrimas...*

«¡Leches! ¡Tiene usted un retraso de cuarenta años! Los artistas no derraman lágrimas, ¡sagrado nombre de la pipa! Espere, acaba usted de romper la mía. ¡Leyendo sus versos se ha sentado encima!»

Es probable que estas palabras imaginarias, Flaubert congestionado, Flaubert el «buen volcán», las haya dicho ante Bouilhet que se retorció la

perilla, aprobando y soplando en la pipa turca llena de borborigmos.

Tomado entre estos dos hombres como entre la prosa y la poesía, Maupassant los mira alternativamente: ellos son la razón por lo que pensará en prosa y escribirá en verso.

Como Flaubert le ha repetido que «lo chabacano, es todo lo que no respeta la literatura» y que él se aproxima con un ambicioso respeto (con más ambición que respeto), Maupassant hace versos a fin de no pasar por un zafio y también porque tiene veinte años, porque es cándido, porque se siente fuerte y guapo. «Era en ocasiones un jovencito tan bello...»

¿Pero cómo subsistir componiendo versos? Es necesario vivir de algo cuando la guerra finalice. Vivirá en París, naturalmente. Siempre se culpa a París de ser una devoradora de talentos, pero que decir de provincias, ¡esos fabricantes de ángeles! Ellas ya han tenido al amigo Bouilhet y al tío Le Poittevin pero no tendrán a Guy de Maupassant. Más tarde confesará que el arte no ha sido para él más que un medio de dar el salto; no parece haber comprendido nunca que el arte abre las puertas únicamente a aquellos que en primer lugar son liberados ellos mismos. Elige la literatura como la pendiente más fácil; podría haber sido también un afamado escultor, pintor o intermediario en el Mercado.

Maupassant se levanta, sacude sus recuerdos, se ajusta su lamentable capote, con los botones arrancados, los escudos descosidos, escucha tronar

el cañón como las olas sobre los acantilados de Étretat.

París, totalmente gris, color estaño, ya se prepara para el asedio. Mañana se cerrarán las puertas de la capital. Ese lejano ruido de tempestad que se aproxima no le da miedo: la mar no engulle a todos los marineros. Un mundo ha desaparecido, bruscamente, como por una trampilla. Otro mundo va a nacer. Guy de Maupassant tendrá un lugar en él, el primero. A pesar de su pobre delgadez, a pesar de su fatiga, se siente resuelto y fuerte. Por el camino las muchachas lo miran, pues tiene en las mejillas los colores de los manzanos en flor; su brazo está rebosante de músculo, sus piernas pueden llevarle lejos. Cierra su corazón a la derrota, a la decepción moral, social, política. No es Francia quién ha muerto, es un régimen de jactanciosos, de indisciplinados, de hombres mediocres lo que se diluye y desaparece. Nace en él una necesidad de reaccionar contra el pasado; va a medir sus fuerzas, a volverse positivo, práctico, pensará sin rodeos y escribirá mucho. Entrará en el mundo de los libros como en un negocio. Su filosofía todavía dormita, pero ya existe tal y como un día él la definirá: «Gozar lo más intensamente y el mayor tiempo posible de las personas y de las cosas... (Aquí abajo) no hay más que animales y apetitos.»

«Siento que tengo en las venas sangre de piratas de mar...» dirá más adelante. Lo que pretende hacer por el momento, y lo más pronto posible, es saquear la vida.

Maupassant pertenece a una familia de pequeña nobleza venida a menos, pero que ha conservado las tradiciones del desahogo. Su madre descende de una de las primeras familias de armadores de Fécamp, su abuelo explotaba un dominio agrícola del que era propietario; su padre tenía unas participaciones de agente de Bolsa en Stoltz, en París. Pero el señor y la Sra. de Maupassant rivalizaron tanto en dispendios y desórdenes que el dinero se acabó. Para mantener su estatus, será necesario que su hijo se convierta en funcionario. También su padre multiplica las gestiones a tal fin.

Se ha visto que Maupassant había acabado su servicio militar en las oficinas. De regreso a la vida civil, apenas sale de la Intendencia (noviembre de 1871) cuando aspira a entrar en la Administración. En esta época, el puesto de funcionario estaba mal definido (las primeras leyes democratizando los empleos oficiales subalternos datan de 1884); el reclutamiento todavía era el del Antiguo Régimen y el de principios de siglo; las recomendaciones, las amistades o los lazos familiares permanecían siendo la base del funcionariado francés. Honestidad, pequeño desahogo, mediocridad, chaqueta de pana, quevedos con cadena, eran los atributos necesarios para conformar la siniestra cremallera en la que las seis clases de redactores formaban las primeras muescas, seguidos de puestos de redactor principal, de subjefes de negociado subdivididos en tres escalones, elevándose poco a poco, hasta las alturas de la subdirección y la dirección. Un número nunca censado de empleadillos ( de 500000 a un millón) se

dirigían de este modo, lentamente, hacia el retiro, en medio de un empapelado verde y de los anuarios, sin otro incentivo que el de las gratificaciones.

Seis semanas después de haber dejado la Intendencia, Maupassant escribe una solicitud, el 7 de enero de 1872, al ministro de la Marina que le responde el 18 del mismo mes «no hay plazas vacantes». Sus recomendaciones resultaban insuficientes. Desde el 19 de febrero, sin perder tiempo, el Sr. Gustave de Maupassant recurre al conde de Pardieu; una nueva petición formulada el 20 de febrero es de inmediato refrendada por el almirante Saisset. El 20 de marzo, el jefe de estado mayor general acepta a Guy como adjunto. Al ver la prisa que su padre tiene en colocarlo, parece dar la impresión de que Maupassant se haya visto obligado a cargar con su familia. Gracias a la recomendación del almirante, Guy entra en el ministerio de Marina, servicio de Aprovisionamiento de la Flota; allí permanecerá hasta el 7 de noviembre de 1878.

En el relato titulado *A caballo*, Maupassant describe de un modo transparente (pero tendiendo a lo oscuro), la incómoda situación de su propia familia:

Aquellas personas vivían pobremente. Los ingresos del marido eran escasos. Dos niños les habían nacido después de su casamiento; y las primeras dificultades se habían convertido en una de esas miserias calladas, encubiertas, vergonzosas, en una miseria de familia noble que quiere cuando menos mantener su rango.

Hector de Gribelin había sido educado en una provincia, en la casa solariega de su padre, por un viejo



abate preceptor. No eran ricos, pero iban viviendo, guardando las apariencias.

Luego, a los veinte años, se le había buscado un empleo, y entró en un ministerio estatal, con un sueldo de mil quinientos francos. Había naufragado en ese escollo como todos los que no se han preparado desde muy pronto para el rudo combate de la vida, como todos los que ven la existencia a través de una nube, los que ignoran las dificultades y los medios de superarlas, como todos aquellos en quienes no se han desarrollado desde la infancia aptitudes especiales, unas facultades particulares y una recia energía para la lucha; como, en fin, todos los que no se les ha puesto un arma o una herramienta en la mano.

Y aquí le vemos encerrado, sin armas ni herramientas para evadirse. No ha querido, o no se le ha dejado, que pase hambre y va a sufrir mil veces más la falta de libertad, la visión de esa estrecha ventana que no da más que a un patio cerrado, de la presencia a su alrededor, de los burócratas embrutecidos. «Tan solo puede percibir un rincón de cielo tan pequeño que las golondrinas no se ven más que un segundo» Mejor hubiera sido morir de hambre. Pero no es el hambre, como los burgueses franceses, naturalmente pesimistas, temen para sus hijos, sino el riesgo, la caída en el proletariado, sería una lacra social que recaería sobre la familia; esas ideas, absurdas para países recientes como los Estados Unidos o Alemania, son naturales en esas viejas sociedades compartimentadas y jerarquizadas que han durado en Francia hasta 1920. Felizmente Maupassant posee un segundo oficio al que se dedica, a pesar de esos periodos de incertidumbre en

los que no sabe exactamente dónde comienza el segundo oficio y donde acaba el primero. La literatura no siempre sale victoriosa de esas armoniosas combinaciones, pues, empleado subalterno, se es esclavo de los jefes y más tarde, alto funcionario, se es presa de sus inferiores y del más inferior de todos, el ministro. Pero en tiempos de Maupassant, un jefe de negociado no trabajaba desde las nueve de la mañana a las nueve de la noche, como hoy: El Estado pagaba poco pero todavía exigía menos.

Sea como sea, he aquí a Maupassant funcionario. No lo lamentamos por él, puesto que es gracias a este encarcelamiento cotidiano que su obra se ve enriquecida de un maravilloso tropel de burócratas que vienen a ocupar su lugar entre los de Balzac y los de Courteline. Se ha criticado mucho en Maupassant sus personajes mundanos, sus mujeres, sus ingleses y sus alemanes, sus locos, incluso sus muchachas de vida alegre y sus paisanos tan logrados, pero se es unánime en que ha creado unos tipos completos e intachables: sus chupatintas.

En 1873 lo vemos delegado del jefe de negociado del servicio interior en el almacén de los impresos del ministerio de Marina. (¡Esos genitivos iban a estremecer a Flaubert!) Obtiene mil quinientos francos al año de sueldo. Por esa módica suma, Francia enriquecerá su literatura con tipos tales como Torcheboeuf, de *La Herencia*, aquel que tira de sus manguitos, y el Sr. Oreille, de *El paraguas*, seguidos de todos sus hermanos para siempre presentes, para siempre asentados, en *En familia*, o *Los domingos de un burgués en París*, el

Sr. Patissot, el tío Boivin que tiembla ante su dama, el Sr. Rade el revolucionario, el Sr. Perdrix, el Sr. Caravan, etc.

Cada mañana, el adjunto Maupassant (El Sr. de Monzie nos indica que él fue el último adjunto de la calle Royale) entra en el ministerio de la Marina, «del mismo modo que un culpable que se siente prisionero». Se trata de «la larga y miserable servidumbre a la que se denomina *leales servicios*». Nadie sabrá nunca lo larga que puede ser una jornada de funcionario y lo interminable que puede resultar toda una vida en un despacho. Interminable y breve a la vez, más breve que otra, pues los funcionarios de Maupassant son niños viejos a los que nada les ocurre, encerrados en la prisión de sus tecnicismos y que alcanzan la edad de jubilarse sin haber mirado jamás la vida por encima de su taquilla.

Aquí vemos a Maupassant subiendo a su piso, tomando el pasillo de su división, atravesando su sección:

Cada uno entraba en su despacho, estrechaba la mano del colega que había llegado antes, colgaba su chaqueta, se ponía el viejo traje de trabajo y se sentaba ante su mesa donde lo esperaban papeles amontonados. Luego iba a buscar noticias a los despachos contiguos. Primero se informaba si el jefe estaba allí, si estaba de buen humor, si el correo del día era voluminoso.

Maupassant comienza por hacerse acreedor a buenos informes por parte de sus jefes. Ascende en 1874. Esto le valdrá ciento cincuenta francos de

gratificación el 1 de enero. Pasa a empleado de cuarta clase a mil ochocientos francos en 1874.

A pesar de esta promoción, las cartas a su madre y a Flaubert, están llenas de disgusto por el despacho, añadiendo a ello la execración de una residencia obligada en un barrio asqueroso de París, sobre todo en verano. «Apesta horriblemente por todas partes, considero que tu carnicero huele bien comparado con las calles de París.» Y a renglón seguido, sin transición: «Mi jefe está más huraño que nunca, un auténtico cardo» Maupassant no piensa en otra cosa que en las vacaciones. Se le puede adivinar inclinado sobre su calendario dos meses antes. Desde el mes de septiembre de 1875, escribe a Étretat: «La fiesta de Todos los Santos cae un lunes, podré entonces ir, pero por desgracia el día del año cae un sábado, de modo que podré tener tres días máximo en lugar de cuatro, como el año pasado. Y si el año que viene no es bisiesto, caerá un domingo, de modo que no tendré más que dos días.» Luego vuelve a lamentarse, el canto de las galeras: «La jornada se me ha hecho interminable, más larga desde luego que los quince días que acabo de pasar en Étretat. Son las cuatro y media, no he ido al despacho hasta las doce y media y me parece que hayan pasado al menos diez horas desde que estoy encerrado aquí dentro.» Y espera la llegada de las siete de la tarde como una liberación. «Desde que el gran reloj del patio suena, desaparece, abandonando el despacho en el minuto reglamentario...»

Detrás de sus registros, Maupassant escribe cuentos, esboza relatos que el domingo irá a presentar a Flaubert, cuando Flaubert está en París,

trabajos que Flaubert le obligará a romper: «¡No publique todavía eso, muchacho! Eso es un Feuillet... es un Dumas... Olvide todo... No admire a nadie... ¡No vaya tan aprisa!»

Pero Maupassant está ansioso por publicar. Necesita dinero para ser libre. «El artista necesita el dinero como el pájaro la libertad»

El único placer del despacho son las bromas. La risa administrativa es un purgatorio, una desintoxicación, un recreo que relaja los cuerpos rígidos, las piernas anquilosadas, la espalda jorobada por las horas de redacción. Las bromas al tío Savon, las chanzas del guapo Maze, los chistes del viejo expedicionario mártir, Sr. Oreille, al que se le quema el paraguas nuevo, esas víctimas de malas pasadas y esos inventores de sandeces, jefes de fila de millones de imbéciles parecidos, han entrado, gracias a Maupassant, en todas las memorias.

«La belleza está en todas partes, se trata de hacerla brotar.» Esta frase se diría que es de Flaubert quién la pronuncia por boca de Maupassant. La belleza está por todas partes, incluso en los despachos de los Aprovisionamientos de la Flota.

Resulta paradójico pensar que el único puesto que no ha conducido nunca a Maupassant hacia lo que el más amaba en el mundo, hacia el agua, que el único lugar desde donde nunca ha visto el mar, sea el ministerio de la Marina. De ahí, que echase tanto de menos las salidas a pescar en Étretat como la esponja, en el fondo del tintero de porcelana blanca, tiene la nostalgia de las grandes profundidades. «Y no hay más verde que el del papel pintado», al que se ve obligado a soportar.

No es más que el sábado por la tarde y el domingo cuando puede correr a Chatou hacia otras expediciones que no sean las de los informes. Pues ese marino de agua salada se ha convertido, obligado por la necesidad, en marino de agua dulce. ¡Qué importa! Lo principal es navegar, oír el chapoteo del agua sobre los costados de la canoa, de rozar las sedosas cañas y de respirar el cieno. No es la necesidad atlética de volcar su fuerza lo que lo empuja; corre al río como el arroyo al mar; la pendiente es también natural.

De la debacle militar, cuando el camino desborda sobre la fosa convertida en una segunda ruta por donde pasan los fugitivos, mientras que la primera está cubierta de objetos abandonados, de gorros militares y de fusiles, Maupassant ha conservado el horror de la promiscuidad, una aversión hacia las muchedumbres que no hará más que aumentar. En todas partes donde encuentra la soledad, es feliz, o menos desgraciado. Esta soledad, la encuentra en el agua, incluso en el Sena. «Remo, me baño, me baño y remo, escribe a su madre el 29 de julio de 1875. Las ratas y las ranas están tan acostumbradas a verme pasar a todas horas en la noche con mi linterna en la proa de mi barca, que vienen a saludarme»

Es con esos recuerdos acuáticos con los que serán más tarde compuestos sus más hermosos relatos. La rivera servirá de marco a sus temas favoritos, las bromas, la vida de las muchachas, las escenas criminales o eróticas. Y cuando el Maupassant de los últimos años continúa utilizando el Sena como decorado en las novelas o en los

cuentos, siempre será su río de juventud, no el Sena de 1890, sino el Sena de 1875 que había visto sus proezas de remero y enamorado.

Es en *Mosca* donde mejor lo describe. El fragmento es célebre:

Yo era un empleado sin un céntimo; ahora soy un hombre que ha triunfado, y que puede dilapidar grandes sumas por el capricho de un segundo. Llevaba en el corazón mil deseos modestos e irrealizables que me doraban la existencia con todas las esperanzas imaginarias. Hoy, no sé realmente qué fantasía podría levantarme del sillón en el que me adormilo. ¡Qué sencillo era, y qué agradable, y qué difícil vivir así, entre la oficina en París y el río en Argenteuil! Mi grande, mi única, mi absorbente pasión fue, durante diez años, el Sena. ¡Ah! ¡Río hermoso, tranquilo, variado y apestoso, lleno de espejismos e inmundicias! Lo amé tanto, creo, porque me dio, me parece, el sentido de la vida. ¡Ah! ¡Qué paseos a lo largo de las riberas floridas, con mis amigas las ranas que soñaban, con la tripa al fresco, sobre una hoja de nenúfar, y los lirios de agua coquetos y frágiles, entre las grandes hierbas finas que me abrían de pronto, detrás de un sauce, una página de álbum japonés cuando el martín pescador huía ante mí como una llama azul! He amado todo esto con un amor instintivo de los ojos que se difundía por todo mi cuerpo con una alegría natural y honda.

Al igual que otros tienen recuerdos de noches tiernas, yo tengo recuerdos de salidas de sol entre las brumas matinales, flotantes, errantes vapores, blancas como muertas antes de la aurora, y después, con el primer rayo que se deslizaba sobre las praderas, iluminadas de un rosa arrobador; y tengo recuerdos de luna plateando la

trémula corriente con un resplandor que hacía florecer todos los sueños.

Y todo esto, símbolo de la eterna ilusión, nacía para mí sobre el agua corrompida que arrastraba hacia el mar todas las basuras de París.

Todas las basuras, incluidas en ellas las copias de Instrucciones a los arsenales con los que Maupassant palidece a lo largo de todo el día usando su mandilón de lana. En su Chatou o en su Argenteuil, lo que nos emociona, es menos el recuerdo de una época desaparecida y que se adapta hoy al humo de las fábricas, como esa inmensa necesidad de aire libre, de naturaleza, de soledad y de grandeza que lo empuja fuera de la sociedad de los hombres hacia su destino, hacia él mismo

*en la fluida yola nunca literaria.*

Al ver a Maupassant empujar solo, en medio de la noche, sus remos – pues él prefería remar de noche -, medimos la profundidad de su malestar, la presión de la obligación social sobre su naciente personalidad, su cólera contra un orden del que estaba excluido, la impúdica llamada del instinto, su inocente y feroz resolución de explotar el momento que pasa; arrollar las presencias que le molestan, como un campeón de remo desplaza el agua, como un conquistador arrasa una ciudad.

Para escribir hay que amar u odiar, lo que se aplica a él mismo. Es así por lo que Maupassant ha detestado al chupatintas, al funcionario sentado, al empleado parásito, verdadera carcoma sobre la pata



de madera del Estado, es porque él ha sufrido de la influencia burocrática que, por ese contraste de donde nace la obra de arte, el autor de *Sobre el agua* y de *La vida errante*, tan bien supo describir los rompientes de las olas, el deslizamiento de los cascos, la oscilación de los mástiles, el viento que hincha las velas. Desde que pone el pie en tierra, Maupassant parece estar rodado y cuando refiere las maravillosas burredas del tío Savon se diría que no hace más que ejercer un derecho de propiedad.

A la caída del día, a orillas del agua, en calzón blanco y camiseta blanca a rayas azules, cubriendo su cabeza con una gorra inglesa de tela blanca y amplia visera – al más puro estilo de Henley –, Maupassant, con los brazos descubiertos, orgulloso de sus bíceps, después de seis o siete mil golpes de remo, regresa a la orilla con el juego de remos sobre los hombros y cena con sus compañeros. Poseemos una fotografía de él en esa época. Al contrario del descalabro físico que hace que hoy un hombre de cuarenta años tenga un aspecto más joven que en 1875 un hombre de veinticinco años, Maupassant tiene una fresca belleza de macho; lleva el cabello recogido sobre la frente con un peinado como los leñadores de los cuadros de Renoir; un comienzo de flequillo viene a recortar la amplia y bien conformada frente; tiene la nariz corta y recta, la cabeza hundida en un cuello muy bajo, el ojo brillante y dominador, la mirada tranquila y segura; desde que se ha quemado el pelo afeitándose, no lleva ya barba, conservando únicamente el bigote; acentuando un tipo de patrón de restaurante, tiene un gran bigote del que está muy orgulloso (ver el

cuento *El bigote*), uno de esos bigotes que cosquillean y acarician a las damas, no como un bigote de vikingo, a lo Flaubert, sino un bigote como se veía todavía hace veinte años en los sargentos de la policía de la ciudad: «que os confiere un aspecto dulce, tierno, violento y emprendedor».

Maupassant piensa entonces en escribir unas *Escenas de Remo*, proyecto que no llega a realizar nunca pero que retoma en muchos de sus cuentos. Es la época en la que celebra en verso el amor del gran dios Pan, bajo las formas de un idilio parnasiano entre un remero y una lavandera (de donde, por desgracia, el remero no saldrá blanqueado).

Entre cinco amigos compran una yola. También comparten en común a las mujeres, pero éstas no cuestan nada. La yola se llama *La Hoja al Revés*, ese nombre es todo un programa, mezcla típicamente francesa, de atletismo, de literatura, de alimento y de parranda, de poco deporte pero muchas proezas, que nos ha puesto siempre en una posición deportiva inferior enfrentándonos con los extranjeros ascetas del músculo. Los cinco “pillabanes” se llamaban *Petit Bleu*, *Tomawak*, *La Toque*, *N'a-qu'un-oeil*, y *Joseph Prunier* (pseudónimo bajo el cual Maupassant firmará sus primeros cuentos). La señorita Mosca lleva el timón, «débil, vivaracha, bromista y llena de gracia» y gobierna a ese equipo de remeros. Zola y todos los contemporáneos han recordado que Guy era entonces «un terrible remero que hacía por placer veinte leguas del Sena en un día». Estas explosiones físicas, mezcladas con sus trabajos venéreos y con la

reputación que tenía de su afición a sacar ahogados del río, forman parte de la leyenda de Maupassant.

*La Hoja al Revés* era conocida de todos los trabajadores de las esclusas, de todos los asiduos a las tascas de Sartrouville, de Maisons, de Port-Marly, de Triel, de Bezons y de Chatou. «Aureolado con un resto de sombrero de pescador de caña, nos dice Henry Roujon, en su *Galería de bustos*, el torso enfundado en una camiseta rayada, sus gruesos brazos descubiertos hasta los hombros, Maupassant esperaba a sus amigos en la estación... Palabras de bienvenida inmodestas. Le encantaba mistificar a los burgueses. Enseguida ponía la vela y nos paseaba dos horas contándonos tanto historias de ahogados, como historias de magistrados y altos dignatarios sorprendidos en actitudes indecentes.»

Lo que más interesa a Guy son las damas. Cuando éstas mantienen el timón, buscavidas de Sartrouville o educadas en el Conservatorio, son conducidas a Bezons a casa de la tía Poulain, buscándolas en casas de bastante mala fama o encontrándolas por azar en el tren, Maupassant las sube a bordo porque no hay una buena jornada de remo sin ellas. Le inspiran además encantadores fragmentos, esas timoneles de ocasión, de las que Mosca será el modelo:

Todos la queríamos mucho, por mil razones al principio, por una sola a continuación. Era, en la popa de nuestra embarcación, una especie de molinillo de palabras, cotorreando al viento que se deslizaba rozando el agua. Parloteaba sin fin con el leve ruido continuo de esos mecanismos alados que giran en la brisa; y decía

aturdidamente las cosas más inesperadas, más chuscas, más estupefacientes. En aquella cabeza, cuyas diversas partes parecían dispares, a la manera de jirones de todos los géneros y colores, no cosidos sino meramente hilvanados, etc.

Esas no son desde luego las damiselas elegidas a quién él dedicaba sus versos de colegial en el Seminario de Yvetot. Estas son bellas garzas de arrabal como los viejos creen que ya no hay, que ya no se ven, y de las que nuestros cantantes «realistas» perpetúan la tradición: Maupassant las celebra del mismo modo, afeándolas a placer siguiendo la doctrina naturalista.

*Su mejilla era pegajosa y sudaba bajo el maquillaje  
Su ojo glauco se abría, estúpido y sin mirada  
Sus tetas bailaban y caían sobre el vientre.*

Se encontrará, en el mismo estilo, más fuerte, en *Le Nouveau Parnasse satyrique du XIX<sup>e</sup> siècle*, dos piezas eróticas que demuestran que Maupassant había descubierto con esas Mimis y esas Ninis, con esas «bellas putas», con quién hacer disfrutar, más tarde, a las mujeres mundanas (pues en amor, los verdaderos refinamientos es en la parte inferior de la escala social dónde se los descubre). Había además recogido otra cosa, si nosotros creemos esos versos que el «muy macho y terrible remero», como lo llamaba Zola, dejó escrito por aquel entonces sobre la pared del restaurante del puente de Chatou:

*Ten cuidado con el vino de donde sale la borrachera  
Se sufre demasiado al día siguiente.*

*Ten cuidado sobre todo de la caricia  
De las muchachas que se encuentran en el camino.*

En París, Maupassant alquila primero una planta baja en el número 2 de la calle Moncey, antes de alquilar en la calle Clauzel, una calle donde anidaban todas las virtudes fáciles del barrio Breda. Luego irá a instalarse en los Batignolles, en el número 83 de la calle Dulong, pasando sucesivamente de una habitación a dos, y de allí a un apartamento completo, esperando, tras sus primeros éxitos, a desembarcar orgullosamente, como un conquistador normando, en el barrio de moda, el Monceau.

Maupassant ha descrito a menudo su cuartucho: es el de un soltero pobre (*El divorcio*) «con una gran cama sin dosel, un armario, una cómoda, un aseo, sin espejo, trajes sobre las sillas, papeles por el suelo». El único adorno es una mano disecada que le regaló Swinburne. Cuando los compañeros de remo vienen a verlo, saca del armario un infiernillo de alcohol y unas sillas.

Es allí, en ese triste antro, donde Maupassant ve renacer la nueva Francia y como él participa de lejos, desde muy lejos por desgracia, pero sin amargura, porque es joven y está lleno de esperanzas, en el rápido resurgir francés. Inmediatamente después de la Comuna, París se ha llenado; los burgueses acuden de todas partes para ver las ruinas, la Corte convertida en bosque virgen, la columna Vendôme no es más que un zócalo, el ministerio de Hacienda eleva su ennegrecida fachada a la plaza de la actual estación de Orsay, y para

mirar el cielo a través de los agujeros que hay en las ventanas calcinadas. Todo París aun huele a petróleo, y ya todo el bulevar se reencuentra en Tortoní. Desde 1873, el dinero afluye. El préstamo de agosto de 1872 ha sido un gran éxito: tres mil millones para «no sentir más en nuestro costado la punta de la bayoneta», ¡se ha producido!

Maupassant establece sus gastos mensuales:

Ingresos: 110 F.

Gastos: 128,90 F.

Gastos modestos: alquiler 10 F, zurcidos 3,50 F, carbón 4 F, mantequilla 1,90 F., etc. «No tengo más que 2000 F. y una pensión de 600 F. que me pasa mi padre, pensión que me será suprimida cuando mi padre se retire dentro de cuatro años; así apenas puedo vivir, tras haber pagado mi alquiler, mi sastre, mi zapatero, la mujer de la colada, la modista y la alimentación; sobre mis 216 F por mes no me quedan más que de 12 a 15 F. para divertirme» (Carta a Flaubert, 4 de noviembre de 1878.)

Apenas sale de la calle Royale, olvida toda, a pesar de sus breves accesos de melancolía. Su vida es la de un bohemio, de un estudiante atrasado. En 1875, monta con sus amigos en el taller del pintor Lenoir una obra teatral «absolutamente obscena», de un solo acto titulada *En La Feuille de Rose, casa turca*, «comedia de costumbres (malas)» de la que poseemos todavía el manuscrito de 69 páginas copiado por Louis Le Poittevin y cuya acción transcurre en una casa bautizada con ese evocador nombre. Maupassant invita a Flaubert a la primera representación (hubo dos, una en 1875 y otra en

1877) escrita en papel con el membrete del ministerio de la Marina y las Colonias, anexionando así Turquía por ese título singular y haciéndola participar en nuestro renacimiento colonial. No solamente Flaubert acudió a la representación, sino que también asistió a los ensayos, no sin maldecir los cinco pisos, quitando su abrigo en el primero, su levita en el segundo, su chaleco en el tercero y aterrizando en la casa de Maupassant en chaleco de franela, con sus prendas apoyadas sobre sus rechonchos brazos al descubierto y la cabeza cubierta con su sombrero de copa.

Esta comedia tuvo mucho éxito. En la segunda representación, en casa del pintor Becker, ocho damas, nos dice Maupassant, ocho actrices, vinieron disfrazadas; Flaubert que había hablado de la obra de su protegido a la princesa Mathilde se vio presa de todos los apuros del mundo para impedir que su alteza imperial asistiera. Los papeles de mujeres estaban representados por hombres y Maupassant apareció (había que impedir dormir a Jean Lorrain) disfrazado de odalisca de barrio. En primera fila, Flaubert reía, con un ruido de trueno, con ese aristofánico espectáculo inspirado en el Kamasutra. «¡Ah! ¡Es refrescante!», exclamaba. Tenía razón. Esa figuración escénica de *La Casa Tellier* era simple, juvenil, inocente y al mismo tiempo muy maupassantiana.

Flaubert, tras haberse divertido, detiene su hilaridad. Tenía cargo de conciencia. Laure de Maupassant le había confiado el destino literario de Guy. Ese jovencito no era serio. Cuando Flaubert estaba en París, Maupassant acudía a la calle Murillo

a someterle sus tentativas literarias, se las leía después de almorzar, pero con el ánimo totalmente triste por haber renunciado a ir a Bouvignat, siendo el domingo el «día sagrado del remo». ¡No es así como uno se hace un nombre! Desde hacía siete años, Maupassant amontonaba cuentos, relatos, versos, sin hablar de una pieza teatral histórica, pero nada ha quedado. «El maestro leía todo, luego, al domingo siguiente, emitía sus críticas, inculcándome, poco a poco, dos o tres principios que eran el resumen de sus amplias y grandiosas enseñanzas.»

«La ociosidad de la derrota ha durado bastante, vocifera Flaubert. ¡Al trabajo “obscuro jovencito”, al tintero “lúbrico autor”!»

«He trabajado durante siete años con Flaubert, dirá más tarde Maupassant, sin escribir (léase: sin publicar) una línea. Durante esos siete años me ha proporcionado unas nociones literarias que no habría adquirido jamás en cuarenta años de experiencia.»

¿Qué decía Flaubert a su alumno? «Aprenda su oficio... Que los periodistas no conozcan su rostro... Hay que haber vivido para pintar la vida...»

Es a Flaubert a quién Maupassant deberá su compostura de escritor, su independencia de espíritu, su desprecio por los honores, su horror por la publicidad, las entrevistas, la distancia que supo guardar toda su vida entre las personas de letras y él, la costumbre de ir directamente hacia los artistas de primera fila, por encima de los demás. Moralmente, Flaubert rindió a Maupassant un enorme servicio; traspasó a su frívolo alumno un poco de ese amor, de ese inmenso respeto de la literatura que constituye la



más hermosa característica de la generación romántica.

La primera vez que Flaubert habla de Maupassant, es en una carta del 30 de octubre de 1872 dirigida a la Sra. de Maupassant: «Tu hijo tiene razones para amarme, pues experimento por él una auténtica amistad. Es sensible, listo, encantador, y además es tu hijo.» En otra carta: «Hay que alentar a tu hijo.» Flaubert se consideraba realmente como el padre de Guy: «La paternidad intelectual vale más que la otra», decía. Maupassant por su parte le pagaba. «Él me ha llegado al corazón», escribirá más tarde. Era cierto, Flaubert es sin duda el único hombre a quién este individualista haya tenido un profundo afecto. Nosotros tenemos el testimonio de ello en el ensayo sobre su maestro que publicó en 1884 prologando las cartas de Flaubert a Georges Sand.

El afecto de Flaubert no era sin lucidez, al contrario. Él llamaba a Guy «mi joven muchacho» pero veía muy bien los puntos débiles de su alumno. Cada carta de Flaubert es una exhortación, una epístola de dirección laica.

«Tenga cuidado con la tristeza. Es un vicio; uno acaba teniendo placer estando apenado, y cuando la gran tristeza ha pasado, como se han consumido unas fuerzas preciosas, se queda embrutecido. Y por encima de todo, ¡trabaje!» exclama Flaubert levantando sus grandes brazos, pues está muy descontento de la indolencia de aquél al que «mira como a un amigo». Escribe el 23 de febrero de 1873 a la Sra. de Maupassant: «Nuestro muchachito es un poco paseante» y al propio

Maupassant: «Jovencito, hay que trabajar más, ¿me entiende? Piense en cosas serias...¡Demasiado remo! ¡Demasiado ejercicio! ¡Demasiadas putas! El civilizado no tiene tanta necesidad de moverse como los médicos aseguran. Usted está hecho para hacer versos, siga su vocación. Su salud se encontrará mejor... Conviértase en un hombre.»

Flaubert fue para el Maupassant escritor lo que el piloto de Fécamp había sido para Maupassant el pescador.

Flaubert añadía, con razón: «Lo que a usted le faltan son principios.» Y, respondiéndose a sí mismo a las irónicas objeciones de la joven escuela amoral: «Está bien decirlo, es cierto. Quedan saber cuáles son.» Y habiendo reflexionado, el viejo romántico recuerda que el arte es el único dios. «Para un artista, no hay más que uno (principio): sacrificar todo por el arte. La vida debe ser considerada por él como un medio, nada más.» (Carta del 15 de julio de 1878.) Y todavía: «Lo insto a moderarse en el interés por la literatura. Un hombre que se ha instituido artista no tiene el derecho de vivir como los demás.» Es muy bonito descender el Sena en un día, desde París a Ruán a remo, con dos amigos a bordo, pero los libros no se escriben solos. El 29 de julio de 1878, Flaubert decía (carta inédita vendida en 1938 con la biblioteca del conde de S...):

Déme noticias de Guy; su última carta es lamentable. Le he escrito dos contestaciones sin respuesta; temo que esté enfermo... Si el susodicho jovencito no se porta bien, le autorizo a que le pegue una patada en el culo.

En cuanto a las enseñanzas técnicas de Flaubert, éstas pueden encontrarse en todas las memorias y manuales de literatura: «Para hacer una novela, un relato, es necesario en primer lugar madurar ampliamente el plan. Una vez que está perfectamente establecido, pase a los detalles, es decir reflexione en cada capítulo por separado, sin ir nunca más allá. Yo me propongo una página, una página a componer, y no salgo de allí hasta que la haya acabado. En ese momento el resto de la novela no existe para mí. Le recomiendo declamar las voces de los personajes hasta oírlas resonar en los oídos.» (El propio Maupassant nos ha transmitido además estos consejos en el prefacio de *Pierre y Jean*.)

«No sé si usted tendrá talento, decía Flaubert a Maupassant. Lo que usted me ha traído demuestra una cierta inteligencia, pero no olvide esto, jovencito, que el talento – según palabras de Buffon – no es más que una larga espera. Trabaje... Si se tiene una idea original, es necesario ante todo explotarla.» (Es cierto) «Si no es así, hay que obtener una.» (Es mucho más cuestionable) «Se trata de mirar todo lo que se quiere expresar durante mucho tiempo y con bastante atención para descubrir un aspecto que no haya sido visto y dicho por nadie.» «Hay en todo algo inexplorado, porque no estamos acostumbrados a servirnos de nuestros ojos más que con el recuerdo de lo que se ha pensado antes de nosotros sobre lo que contemplamos. El menor objeto contiene un algo de desconocido. Encontrémoslo. Para describir un fuego que crepita y un árbol en una llanura,

permanezcamos ante ese fuego y ese árbol hasta que no se nos parezcan más a ningún otro árbol y a ningún otro fuego. Es así como uno se vuelve original.»

Esta gimnástica de la originalidad provoca sonrisas. Si Balzac procediese de ese modo, apenas habría escrito un volumen y no hubiese sido Balzac.

«Cuando usted pase, añadía Flaubert, ante un tendero sentado en su puerta, ante un portero que fuma en su pipa, ante una estación de carruajes, muéstreme ese tendero y ese portero, su pose, toda su apariencia física... toda su naturaleza moral, de modo que yo no pueda confundirlos con ningún otro tendero o con ningún otro portero, y hágame ver, con una sola palabra, en lo que un caballo de un carruaje se diferencia de los cincuenta restantes que lo siguen.»

Y el alumno, parafraseando al maestro, declara: «Sea cual sea la cosa que se quiera decir, no hay más que una palabra para expresarla, más que un verbo para animarla y que un adjetivo para calificarla. Hay pues que buscar hasta que se hayan descubierto, esa palabra, ese verbo y ese adjetivo.»

No se puede ser más flaubertiano.

Para alentar a Maupassant, Flaubert terminaba así sus homilías: «Tiene usted una voluntad férrea y eso es lo esencial.»

Ciertamente eso no es lo esencial. Habría que distinguir entre la voluntad en el arte y el arte voluntario. Léon Daudet, se muestra feroz al respecto: «Que Flaubert, con sus principios absurdos y sus reglas de escribir más absurdas todavía, haya perjudicado gravemente a Maupassant, su alumno y

víctima elegida, hete aquí que no sabría ser más cuestionado. Pero es injusto decir que le haya perjudicado obligándole a limar su estilo. Maupassant era de naturaleza débil y aceptaba con una docilidad de niño todas las bobadas procedentes de Croisset, de los médicos, de los remeros y de los salones.»

No, no veamos en Maupassant una naturaleza de ese estilo; más bien un poco vulgar, una inteligencia lúcida pero sin envergadura, con pocos dones artísticos. Su conciencia de buen artesano es debida a Flaubert. «Fue Flaubert quién ha hecho de mí el escritor que soy.» «Poseía débiles medios de expresión», dirá Flaubert. «Decididamente, ese pobre Maupassant nunca tendrá talento», decía Tourgueniev, quién cambiará de parecer después de *Bola de Sebo*. Eso no se debe a su aprendizaje sino a su propia esencia; aun habiendo trabajado cien años, no habría podido mejorar lo que, en el estilo, es el hombre.

Flaubert no solamente ha sido para él un guía moral. Lo ayudó mucho con su autoridad, con su influencia, sus relaciones; el joven le proporcionaba afecto, respeto y pequeños servicios, haciendo de secretario, efectuando investigaciones, reuniendo la documentación de *Bouvard y Pécuchet*, etc.

El año 1877 se pasa para Maupassant en vanos intentos, a pesar del apoyo de Flaubert, para encontrar un puesto estable en la prensa, hacerse contratar por *La Nation* no más como colaborador intermitente sino a título definitivo para la crítica literaria o en su defecto, escribe a Flaubert «del Sr. Noël, quién hace la crítica teatral en *La Nation* e

*incluso está por debajo de Mallarmé para el galimatías» (soy yo quién lo subrayo).*

Esos repetidos intentos lo amargan y como todas las amarguras la toma con el gobierno:

«La política me impide trabajar, salir, pensar, escribir. Soy como los indiferentes que se vuelven apasionados, y como los pacíficos que se tornan feroces. París vive en una fiebre atroz y yo tengo esa fiebre: todo es detenido, suspendido como ante un derrumbamiento, ya no río y estoy colérico...»

«[...] La paciencia desaparece ante la imbecilidad de ese cretino.» (se trata del mariscal Mac-Mahon.) «¡Cómo! ese general que, antaño ha ganado una batalla gracias a su estupidez personal combinada con las fantasías del azar; que, desde que ha perdido dos que serán históricas, tratando de rehacer él solo toda la maniobra que el susodicho azar tan bien había ejecutado la primera vez; qué derecho tiene a llamarse, como el duque de Magenta, gran duque de Reichshoffen y archiduque de Sedan...»

«Ahora encuentro que el 93 ha sido suave, que los septembrinos han sido clementes, que Marat es un corderito, Danton un conejo blanco y Robespierre un tortolito. Además las viejas clases dirigentes son tan torpes hoy como entonces, hay que suprimirlas, etc.»

Lo que quiere decir: «Tengo talento y se tarda demasiado en darme el lugar que me corresponde.»

1878 es para Maupassant un año nefasto. «Estoy con la mierda hasta el cuello», escribe a Flaubert. Hay en esto sin duda razones secretas que

adivinamos. Se queda calvo. Padece del corazón, del estómago y comienza a consultarse. También le inquieta la salud de su madre. *Su* ministerio se le hace insoportable y el trabajo literario se resiente. «No puedo trabajar, tengo el espíritu estéril y fatigado por las sumas que tengo que hacer de la mañana a la noche... Vivo completamente solo porque los demás me aburren e incluso yo mismo me aburro porque no puedo trabajar. Encuentro mis ideas mediocres y monótonas y tengo el espíritu tan aterido que incluso ni puedo expresarlas.» (5 de julio de 1878) El 21 de agosto, escribe todavía a Flaubert: «Estoy completamente desmoralizado. Hace tres semanas que trato de trabajar todas las noches sin haber podido escribir una página. Nada de nada. Entonces descendo poco a poco en las profundidades oscuras de la tristeza y del desanimo en el que tendré dificultades para salir. Mi ministerio me destruye poco a poco. Tras siete horas de tareas administrativas no tengo fuerzas suficientes para rechazar todas las mediocridades que agobian mi espíritu. Incluso he tratado de escribir algunas crónicas para *Le Gaulois*, a fin de procurarme algunos centavos. No he podido, no encuentro ni una línea y tengo ganas de llorar sobre el papel.»

En ese momento, el ministerio de Marina le parece cada vez más odioso, Maupassant hace gestiones para ingresar en el ministerio de Instrucción Pública con la ayuda de Flaubert, siendo amigo de este último el ministro, Sr. Bardoux,. Pero esas maniobras no obtienen otro resultado que el de ofender a los burócratas de la Marina y el jefe de Maupassant se venga confiándole el servicio más

ingrato, la preparación del presupuesto y las cuentas de liquidación de los puertos.

Maupassant, que al principio había sido muy bien visto por sus superiores, es ahora mal informado: «Flojo, sin energía, capacidad ordinaria.» Flaubert presenta personalmente a Bardoux la solicitud de su protegido. Maupassant es agregado pero las cosas se retrasan. Impaciente, el joven funcionario ve todo negro. «Mierda para la sociedad», escribe a Flaubert el 10 de diciembre de 1877.

¡Ah! si hubiese sido francmasón, no habría tenido problemas. ¡Qué locura, querer hacer su carrera en la Administración sin ser francmasón! Catulle Méndes había propuesto a Maupassant desde los inicios de éste en su revista de vanguardia *La République des lettres*, introducirlo en la masonería. Maupassant había respondido al joven Pan judío mediante una nota a la vez divertida y arisca: «1º En el instante en el que se ingresa en cualquier sociedad, se está sujeto a ciertas reglas, se prometen ciertas cosas, uno se cuelga un yugo en el cuello, y eso, por ligero que sea, es desagradable. Prefiero pagar a mi zapatero que ser su igual. 2º Si el asunto se sabe, y fatalmente ocurriría, me encontraría inscrito en la lista negra por una gran parte de mi familia. Por egoísmo, maldad o eclecticismo no quiero estar nunca vinculado a ningún partido político, a ninguna religión, a ninguna secta, a ninguna escuela... para poder conservar el derecho de criticarlas. Quiero que me esté permitido atacar a todos los buenos dioses... Tengo miedo de la más



mínima cadena, tanto proceda de una idea como de una mujer.»

Esta carta es importante, pues la independencia de espíritu que en ella se testimonia no es solamente un efecto de juventud; será una de las características de Maupassant hasta el fin de una vida en la que acabará soltero y sin condecoraciones.

El 11 de septiembre de 1878, en una carta a su madre, Maupassant continúa dando pábulo a sus furores anarquistas. «Fue Mac-Mahon quién se ha negado a firmar el decreto nombrando oficial de la Legión de Honor a Ernest Renan al que confundió además con Littré. ¡Qué insondables pozos de estupidez hay en los hombres que gobiernan a los demás!»

La Marina solicita a Maupassant su dimisión; él se niega de tal modo que no será trasladado a Instrucción Pública. No consigue hacerse recibir por el ministro. Finalmente, todo se arregla. En los últimos días de 1878 Maupassant es nombrado adjunto al gabinete. Ha ganado con el cambio: las ventanas de su despacho dan a un viejo parque; los funcionarios se muestran naturalmente muy amables con él. Va a encontrar en el ministerio de Instrucción Pública un medio más cultivado que en la Marina. Trabaja con jóvenes compañeros de letras: Xavier Charmes, Dierx, Henry Roujon al que ya conoce de *La République des lettres*. El único inconveniente de ser adjunto al gabinete del ministro, es la obligación de estar presente el domingo por la mañana hasta mediodía. Pero en esa época, Maupassant ya es un remero menos ardiente.

Desde 1876, bajo distintos pseudónimos (Guy de Valmont, Maufrigneuse, Joseph Prunier), Maupassant ya publica crónicas en unos periódicos o revistas en las que ha entrado gracias a las recomendaciones de Flaubert, y unos poemas en *La République des Lettres*. Una comedia en versos (la tercera de sus piezas) *Historia de los viejos tiempos*, se representa en Déjazet en 1879.

Todavía allí, Maupassant supo utilizar la amistad de Flaubert con Banville, quién promocionaría su folletín dramático.

Finalmente el gran escritor brinda a su protegido el más importante de los servicios. Le salva de una condena por ultraje a las costumbres que hubiese desembocado en el inmediato cese del joven funcionario. En efecto, Maupassant que acababa de reunir en un volumen sus poemas bajo el título *Unos versos* y había obtenido de Flaubert una apremiante recomendación al editor Charpentier, había sido perseguido conjuntamente con el gerente de *la Revue moderne et naturaliste* por haber publicado en dicha revista un poema titulado: *Una muchacha*, juzgado contrario a la moral pública; ese mismo poema había visto el día sin dificultad bajo el título *A Orillas del Agua* algún tiempo atrás en *La République des Lettres*; pero para que rayos discutir con las autoridades: Maupassant se vio citado en el juzgado, amenazado de ser llevado y escoltado por dos gendarmes, a Etampes. Le costaba todavía recurrir a su viejo maestro en aquella época agobiado con sus preocupaciones personales. Sin embargo Flaubert, con su ordinaria generosidad, escribió a la Fiscalía e hizo aparecer en *Le Gaulois*

la famosa carta: «La tierra tiene sus límites, pero la estupidez humana no» que detuvo de un golpe las persecuciones.

En casa de Flaubert, cuando éste estaba en París (pues Maupassant no tenía muchas ocasiones de ir a Croisset y además carecía del dinero necesario para desplazarse hasta allí), el futuro autor de *Bola de Sebo* iba a conocer a todos sus contemporáneos de letras, relacionarse con Zola, Daudet, los Goncourt, etc. Fue Flaubert quién lo introdujo en los círculos de la princesa Mathilde y también quién, para dicha ocasión, le impartirá lecciones de protocolo. («¿Cuándo se habla, se dice Vuestra Alteza?») Al año siguiente, fue Flaubert quién le enviará a su médico, el Dr. Fortin, luego a su oculista, el Dr. Abadie, cuando el joven escritor comienza a tener problemas oculares.

Maupassant no debe solamente a Flaubert ser un escritor. Le debe toda su carrera.

Entre los domingos de Flaubert (en los que Goncourt tomará el relevo en Auteuil cuando el gran escritor cae fulminado por la apoplejía en 1880), los jueves de Zola, en la calle Saint-Georges, las cenas con Méndes, calle de Bruselas, transcurría la semana de Maupassant, cada vez más literaria y menos administrativa.

Maupassant todavía no es célebre, pero ya es muy conocido. Va adquiriendo seguridad en sí mismo. Ahora es un guapo muchacho y su bigote ha crecido considerablemente. El hombre tiene su leyenda en París, tres o cuatro años antes que el escritor, lo que es una excelente condición para triunfar. Se trata ahora de dejar tras de sí esa

reputación de buen mozo de bíceps prominentes, de alegre bromista, y de entrar en la historia de la literatura. Haber escrito varios sainetes, un drama bretón del siglo XIV, y algunos versos parnasianos, haber prestado sesenta francos a sus «hermanos de canotaje» y llevar sobre sus tarjetas de visita el título de «Adjunto al gabinete del ministro de la Instrucción Pública, de los Cultos y las Bellas Artes, encargado de la correspondencia del ministro y de la administración de los cultos, de la enseñanza superior y de la contabilidad» (lo que no es más que una especie de broma) no basta.

En casa de Mèndes, yerno de Gautier, los dioses son Hugo y Wagner; allí, el simbolismo se prepara; allí se aproximan a los puristas, Villiers, Mallarmé. «Mendès, dijo Léon Daudet, con un sentimiento verdadero, hace el efecto de una babosa sobre un fruto.» Pero Mendès el judío rubio de grueso vientre y con la corbata de seda blanca, ama y hace vivir la buena literatura. Maupassant se ve sin genio ante esos genios; admira de lejos esas lujosas actividades. Es muy feliz de ser el hombre de un único poema, como le decía Bouilhet, pero el mismísimo Píndaro moriría de hambre si no tuviese más que una cuerda en su lira. Ahora bien, los versos de Maupassant que le han hecho estar próximo a la cárcel no tienen nada de pindaescos, son relatos versificados al estilo y con el ritmo de Coppée, donde no se respira poesía, excepto por las rimas que se solapan como muchachos y muchachas.

Queda la prosa. Maupassant parte de Flaubert, es decir del centro izquierda literario: es allí como se apoya en Tourgueniev, Taine, Alphonse Daudet,

Zola, Bergerat, Burty, Baudry, Toudouze, Banville, Léon Cladel, Edmond de Goncourt, sin hablar de algunos editores que le gustaría arruinar. (Después de Charpentier, Maupassant será publicado por Havard y por Ollendorff.)

¿Necesita consolidarse en la izquierda o inclinarse hacia la derecha? Las simpatías de Maupassant, su naturaleza, su comportamiento lo arrastran a la izquierda; su ambición, a la derecha. A la izquierda, muy a la izquierda, está Zola; a la derecha, está la Sra. Adam y su revista, su periódico dirigido por Gambetta; las paredes de su salón turco están decorados de trofeos de ejércitos que se descolgarán el día de la revancha. Ella fundará *La Nouvelle Revue*, «esta irreconciliable, esta irreducible, esta antigermánica». Pues cada tendencia literaria está vinculada a una tendencia política y desea, naturalmente, la exterminación de la otra.

Bien instalado en la izquierda que frecuenta con sus amigos, Maupassant comienza por enviar un manuscrito, por otra parte rechazado, a la Sra. Adam cuya influencia crece, que va a lanzar a Bourget y a Loti y con quién él necesita conciliarse. Guy es un hábil normando. No puede evadirse, siempre oculto tras su pseudónimo, Joseph Prunier, está y quedará «abotonado», como decía Alphonse Daudet. Estudia cuidadosamente el tablero literario antes de jugar su partida, se cuida de no hacer sombra a nadie, e interrogado sobre sus trabajos, fino y tan ligero de palabras como de remos, responde que aprende su oficio, echa pestes con acento campesino contra la Administración, añade que tiene tiempo de escribir,

y se va a lavar su yola, todo lo cual está muy bien representado.

1879 es un año de emancipación en la vida de la III República y un año capital en la de Maupassant; trabaja en un nuevo relato sobre «los rueneses y la guerra» (carta a Flaubert, 2 de diciembre de 1879), que no es otro que *Bola de Sebo*.

El mariscal de Mac-Mahon cae ese año. Es el fin del orden moral. La sociedad burguesa, comprimida durante diez años, va a explotar. La República se instala en Francia para siempre y Grévy en el Eliseo. El Arrabal cierra sus persianas, los religiosos sienten llegar la tormenta, mientras que las masas se organizan; la gran burguesía es a partir de ahora libre de ganar mucho dinero y de gozar; los francmasones se atrincheran fuertemente en la Administración y los judíos se filtran por todas partes. Desde hace diez años se hablaba demasiado de Francia; el *Gil Blas* y *Le Chat-Noir* van a tomar el lugar de los *Débats* y de la Comédie-Française; lo que comienza ahora es el reinado de París.

Los prusianos no son más que un mal recuerdo. Sin embargo han dejado tras de sí una humillante lección, que Renan ha comentado de forma terrible: «La leyenda incluso se ha visto herida de muerte. La del Imperio ha sido destruida por Napoleón III, la de 1792 ha recibido el golpe de gracia: el Terror ha tenido su repugnante parodia en la Comuna, la de Luis XIV no será más de lo que era desde el día en el que el Electo de Brandeburgo levantó el imperio de Carlomagno en los salones de

fiesta de Versalles.» ¿Se continuará el error del frívolo segundo Imperio que quiso la unidad alemana cuando ésta no fue y que busca en destrozarla cuando fue? ¿Se va hacia la revancha o hacia la paz? ¿La República no es acaso la aceptación del nuevo orden? Ahora bien, «todo el mundo es republicano». Todo el mundo tiene horror de la guerra, esa cosa que se juzga evitable, risible, odiosa, romántica. La tontería burguesa tan denunciada por Flaubert se dirigía hacia eso en línea recta. El rigor de los sacerdotes de Yvetot había llegado por un recodo, el de México y el de Roma. Un principiante debe pues comenzar a definirse y situarse en la vanguardia, para tomar posiciones contra la guerra, en el problema franco-alemán.

En «el extremo izquierdo del tintero» (Richepin) se alejan de la revancha para mirar más lejos; más allá de las necesidades nacionales es urgente hacer un gran inventario del hombre, de abrir una sección de estudios humanos. Jóvenes escritores a los que se une Maupassant: Huysmans, Céard, Hennique, Alexis, Mirbeau a veces, cenar juntos los jueves con Zola que vive en la calle Saint-Georges, luego calle de Boulogne durante los cuatro meses de invierno, el resto del tiempo en Médan, entre Triel y Poissy. «Nos citábamos, escribirá Huysmans veinte años más tarde, en una horrorosa tasca de Montmartre donde se despachaban unas carnes exorbitantemente crudas y donde se bebía un vino horrible. Maupassant era el alma de esas fiestas. Aportaba su buen humor, sus historias picantes, su alegría... muy cordial y muy afectuoso bajo una apariencia de me importa todo un bledo.»

En casa de Zola se encontraban Coppée, Cézanne, Maurice Sand, Maxime Du Camp. Se hacía el balance de la década que acaba de transcurrir, luego el tratado de Frankfurt, balance de ideas y obras. ¿Literariamente, aparte de Zola, quiénes eran los demás?

Unos quejicas de café-concert:

*Han destrozado mi vi-o-lón*

*Fue un pájaro que viene de Fran-cia...*

Y el propio Zola todavía no había alcanzado las grandes tiradas con los *Cuentos de Ninon* (1864), *La Confesión de Claude* (1865), *Thérèse Raquin* (1867), *La Fortuna de los Rougon* (1871), *La Curée* (1871), *El vientre de París* (1874), *La Conquista de Plassant* (1875), *S.E. Eugène Rougon* (1876). Pero, en 1878, se produce el inmenso éxito de *La Taberna*, seguido de *Una página de amor*. Dos años más tarde *Nana* alcanzará los trescientos mil ejemplares.

La literatura francesa sale por fin de ese agujero negro en el que la tenía sumida el orden moral. ¿Qué hará el entorno de Zola que tiene ahora tras él todas las fuerzas nuevas, escondidas y oficiales de la República?

Para matar la guerra, lo mejor es comenzar por pintar las derrotas. Zola se inclina claramente hacia el pacifismo: «La guerra parece volverse imposible, un crimen de lesa humanidad de la que ningún pueblo puede tomar la responsabilidad...» «Asistimos a la agonía de la guerra...» «Factor que la historia debe eliminar...», etc.



Los cinco le pisarán los talones. Cada uno tenía que hacer su «elucubración antipatriótica» como decía Maupassant. A decir verdad eso no era antipatriotismo; no se trata de querer al enemigo (y además no se ama a nadie), era más bien antimilitarismo y sobre todo el antitodo puro. De esta ofensiva contra la guerra salieron *La Veladas de Médan* que Maupassant anuncia en los siguientes términos a Flaubert:

Al hacer este libro, no hemos tenido ninguna intención antipatriótica, ni ninguna otra intención; hemos querido solamente dar a nuestros relatos una nota precisa sobre la guerra, despojarlos del chauvinismo a la Déroulède, del falso entusiasmo juzgado hasta el momento necesario en toda narración donde se encuentren un calzón rojo y un fusil. Los generales en lugar de sor todos unos pozos de matemáticas donde bullen los más nobles sentimientos, los grandes impulsos generosos, son sencillamente unos seres mediocres como los demás, pero llevando guerreras con galones y haciendo matar hombres sin ninguna mala intención, por simple estupidez. Esta buena fe por nuestra parte en la apreciación de los hechos militares da al volumen entero un especial sabor de boca, y nuestro desinterés deseado en estas cuestiones en las que cada uno aporta inconscientemente su pasión, exasperará mil veces más a los burgueses que unos ataques en profundidad.

París comienza a conocer al pequeño grupo de jóvenes admiradores de Zola. Los cronistas los ofenden y los llaman «la cola de Zola» pues se había dicho de Zola que se encomienda a Flaubert al igual que el cerdo reivindica a San Antonio. «Preparan

una novela colectiva, *El Cien nocturno*; son unos alcantarilleros, unos poceros de las letras.» Los periódicos anuncian que han ofrecido a sus maestros, Zola, Flaubert y Goncourt, una cena en la brasería Trapp e incluso publican el menú. Nos resulta difícil imaginar la exigüidad del campo del bulevar y la amplitud de la caja de resonancia que era el París de entonces. En todo este periodo, curioso y desde ciertos puntos de vista tan próximo a nosotros, no se recomendaba demasiado la lectura del *Grupo de Médan* por los Sres. Léon Deffoux y Émile Zavier.

El ser espiados de ese modo, daba a los cinco jóvenes conciencia de su vida de grupo. No buscaban todavía singularizarse sino al contrario ponían el acento sobre sus semejanzas, en vistas de una vigorosa acción colectiva. Tenían aversiones muy marcadas; estaban horripilados por la mitología románica, la fácil elección de los grandes temas, la retórica, el optimismo, los bellos sentimientos, seguros garantes de un éxito fácil. Por una reacción natural e incluso bastante loable, experimentaban una furiosa necesidad de «hacer verdad», es decir pequeña, sucia, fea, fétida, chocante. Fue pues decidido que cada uno escribiría un relato y que esos textos serían a continuación reunidos en un solo volumen, lo que fue hecho.

Maupassant, que había aceptado presentar en *el Gaulois* la obra común (pues sin hacerse una publicidad escandalosa, él no desdeñaba la publicidad de buena calidad) declaraba: «Lo principal es arrancar críticas.» Hizo pues la historia de los Cinco de un modo muy novelesco, no

teniendo más que lejanas relaciones con la realidad, y comienza con una vigorosa profesión de fe.

No tenemos la pretensión de crear un movimiento. Somos simplemente algunos amigos, que una admiración común nos reúne en casa de Zola, y que, enseguida, una afinidad de temperamentos, de sentimientos muy parecidos sobre todas las cosas, una misma tendencia filosófica nos une de vez en cuando.

En cuanto a mí, que no soy todavía nadie como literato, ¿cómo podría haber tenido la pretensión de pertepertenecer a una escuela? Admiro indistintamente todo lo que me parece superior de todos los siglos y de todos los géneros.

Sin embargo, se produce en nosotros una reacción inconsciente, fatal, contra el espíritu romántico, por la única razón de que las generaciones literarias siguientes no se parezcan.

Pero, del resto, lo que nos afecta del romanticismo, de donde han salido imperecederas obras de arte, es únicamente su resultado filosófico.

No nos quejamos de que la obra de Hugo haya destruido en parte la obra de Voltaire y de Diderot. Por el sentimentalismo exagerado de los románticos, por su desconocimiento dogmático del derecho y de la lógica, el viejo sentido común, la antigua sagacidad de Montaigne y de Rabelais han desaparecido casi de nuestro país. Han sustituido la idea de perdón por la idea de justicia, sembrando en nosotros una sensiblería misericordiosa y sentimental que ha reemplazado a la razón.

Es gracias a ellos que los teatros, llenos de caballeros sospechosos y de muchachas, no pueden tolerar sobre la escena un simple pícaro. Es la moral romántica de la muchedumbre que provoca, la mayoría de las veces, a los tribunales a absolver a unas particulares mujerzuelas enternecedoras pero sin excusa.

[...] Encuentro que Schopenhauer y Herbert Spencer tienen sobre la vida ideas mucho más claras que el ilustre autor de *Los Miserables*. - He aquí la única crítica que me atreveré a hacer, y no se trata aquí de literatura.- Desde el punto de vista literario, lo que nos parece odioso, son los viejos órganos de Bárbarie lacrimógenos, de los que Jean-Jacques Rousseau ha inventado el mecanismo que ha generado una serie de novelistas, detenido, espero, y que el Sr. Feuillet, se ha obstinado en dar vuelta a la manivela, respetando invariablemente los mismos amaneramientos lánguidos y falsos. En cuanto a las disputas sobre las palabras: realismo e idealismo, yo no las entiendo. Una ley filosófica inflexible nos enseña que no podemos imaginar nada que se escape a nuestros sentidos; y la prueba de esta imposición, es la estupidez de las concepciones llamadas ideales, de los paraísos inventados por todas las religiones. Nosotros tenemos este único objetivo: El Ser y la Vida, que es necesario comprender e interpretar artísticamente. Si no se logra conseguir la expresión, a la vez exacta y artísticamente superior, es que no se tiene suficiente talento. Cuando un caballero, calificado como realista, tiene la preocupación de escribir lo mejor posible, y sin sentirse perseguido por inquietudes artísticas, es, desde mi punto de vista, un idealista. En cuanto al que tiene la audacia de pretender hacer la vida más bella que la naturaleza, como si se pudiese imaginar otra que no existe, de usar el cielo en sus libros, y que escribe en " novelado para damas ", no es más, a mi parecer, que un charlatán o un imbécil...

Se intenta, no sin esfuerzo, buscar un título colectivo a ese «picnic de historias». Huysmans propone uno de una terrible audacia: *La Invasión Cómica*. Céard sugiere *Las Veladas de Médan*, título

que Flaubert considera «estúpido». Es en el domicilio de Maupassant, en la calle Moncey, donde los Cinco, convertidos en Seis por la presencia de Zola, se leen sus producciones. Se sortea el orden en el que éstas serán presentadas al público. Acuerdan que el relato de Zola encabece la antología. Cuando Maupassant hubo leído *Bola de Sebo* (en último lugar), los demás, puestos en pie, lo vitorean como a un maestro. «No hubo más que una opinión unánime esa tarde, escribe Céard. Ese relato era sin duda alguna el mejor.» Se estaba en la edad en la que el triunfo de los demás es soportable. Pero no obstante, cada uno de los seis autores pensaba quizás que su contribución sería el aporte definitivo... Sea como sea, veremos a Maupassant juzgar sin indulgencia, en una carta a Flaubert, la participación de sus amigos. «Zola, bien, pero habría podido ser tratado del mismo modo por la Sra. Sand o Daudet. El de Huysmans, no muy bueno; ni en el tema, ni en la composición, pobre de estilo. Céard, torpe, muy torpe, inverosímil. Hennique, bien... algo confuso. El de Alexis se parece a Barbey pero como Sarcey quiere emular a Voltaire.» (20 de abril de 1880)

De los cinco, Maupassant no es el mejor escritor: el mejor, es Huysmans. Pero *Bola de Sebo* es la mejor narración. El mismo Zola la juzga superior a la suya. Maupassant desarrolla en ella los tres temas que lo caracterizan: el odio hacia el invasor, la inclinación hacia la mujer pública y el amor por Normandía. Tras estos tres motivos, hay algunas vivencias, en la pasión y el sufrimiento. Ahora bien, el público tiene un asombroso olfato para detectar las obras bajo las que siente una

dolorosa realidad, y aunque le gusta la buena técnica no se rinde más que a la sinceridad (incluso en política, los verdaderos líderes de los pueblos son los hombres que han sufrido y saben transmitirlo a las multitudes). Es porque la actitud hacia la guerra de Zola, francés de pura cepa y que no había luchado, pareció inmediatamente ideológica; era el antimilitarismo de moda de la Internacional. Mientras que Maupassant, soldado que había visto a los alemanes cara a cara, podía sin temor proclamarse pacifista. Podía también hablar de Normandía como un auténtico normando exiliado en París, y de las prostitutas como hombre a quién costaron caro. También sus diatribas contra la guerra («Los odios patrióticos, escribe, no pertenecen más que a las clases superiores. Los humildes... la auténtica carne de cañón... no comprenden demasiado esos ardores bélicos, ese prurito de honor excitable y esas supuestas combinaciones políticas...») y que hubiesen irritado en Zola, en Maupassant no ofendieron a nadie y no le impidieron, no más que sus audacias libertinas (cuando por el mismo atrevimiento el autor de *Nana* iba a ser perseguido), ser de pronto el niño mimado de la crítica, de las personas más serias y de los salones.

¿Aparte de una ideología y un clima literario nuevo, qué aportaban los ermitaños de Médan?

En el fondo nada que ya no hubiese sido aportado por Zola y Goncourt, y antes que ellos por Flaubert, Balzac, Murger, Monnier o Champfleury y demás autores de «fisiologías». Considerando que en los 70 Francia había sido sacudida por el espíritu

científico, se propusieron un método propio, haciendo de ello unos experimentos, enumerativos, técnicos, especializados e incluso sabios: la ciencia aplicada a la literatura; de ahí su culto por Claude Bernard. «El novelista es un notario», repetía Zola. Decidieron pues copiar a la naturaleza, despreciar los sueños (los románticos han muerto), y situar rigurosamente sus personajes en el tiempo y en el espacio. Descripciones, más descripciones y más invención.

Maupassant no podía acomodarse demasiado bien a este programa, habiéndolo puesto Flaubert en guardia desde los quince años contra «la aristocracia de los temas». «Balzac y Stendhal no tenían imaginación», se atrevía a decir Zola. Si eso hubiese sido así, Maupassant no hubiese tenido, al respecto, nada que envidiarles. Solamente, «los hechos lo fustigaban». «El romanticismo no ha sido más que un puro motín de retóricos», afirmaba Zola. Maupassant que lee muy poco y que tiene una cultura bastante somera, se aferra a una regla que no pide al escritor más que un mínimo de inteligencia y de técnica literaria. Escribía siempre por naturaleza, no era artista y estaba dotado de un extraordinario genio de lo ordinario. Desordenado por esencia, provisto de algunas recetas proporcionadas por Flaubert, le resultaba muy fácil detestar el siglo XVII y su disciplina que imaginaba en ruptura con la tradición francesa. «Qué queda de los clásicos, escribía a Alexis en 1877: un poco de Corneille, un poco de Boileau y un poco de Bossuet.» Decía a su madre en abril de 1878: «No deseo más que una cosa, no tener gusto, porque todos los grandes

hombres no lo tienen e inventan uno nuevo.» Pero la falta de gusto no era en él – como en algunos de sus discípulos – una afectación: él estaba auténticamente desprovisto; más tarde, incluso los viajes no lo mejoraron; de Roma, escribirá en 1885 a Laure de Maupassant: «Encuentro Roma horrible. *El Juicio Final* de Miguel Ángel parece una tela de fondo pintada para una barraca de luchadores por un carbonero ignorante... En los museos nada.» En *los Domingo de un burgués en París*, describe la casa de Meissonier «donde había de todo, algo de la fortaleza gótica, del palacete, de la villa, de la cabaña, de la catedral, de la mezquita y de la pirámide... algo fantástico y *sin embargo bonito*» (!).

En definitiva, se le daba la llave de los campos, se le recomendaba desertar del despacho del pensador e ir al Sena. Eso era exactamente lo que soñaba diez años antes, cuando estaba acostado, con su andrajoso capote, en el foso del fuerte de Vincennes.

Muy hábilmente, Maupassant deja a Zola la larga novela experimental, a Huysmans el documento, la crónica a Hennique y el detalle a Céard, no toma ninguna nota (en ese momento al menos, pues más tarde se jactaría de anotar antes de dormir todo lo que había visto de interés durante la jornada) y se pone a escribir cuentos, crudos, sencillos y directos, sin honrar ni con una idea esa biblia del naturalismo que era *La Introducción a la medicina experimental*. Para lograr en poco tiempo la parte del león, no tuvo más que recordar las escenas de canotaje, sus horas de pesca y de caza y



en aprovechar aquello a lo que en aquella época se abandonaba, se daba al placer, dejaba caer su vela de duelo y de pudibundez. Siempre ha creído que la vida era una triste broma: según su estado de ánimo, tanto podía ser la tristeza la que dominase como la broma.

Es con esta disposición de ánimo con la que iba a Médan dónde encontraba a Zola tal como Manet lo ha pintado, con su chaqueta de guarda forestal de pana marrón, sus grandes zapatos, sus comilonas, de espaldas a la chimenea, cuya campana llevaba esta inscripción: *Nulla dies sine linea*. El maestro vivía bien; no le daba vergüenza ganar mucho dinero y la nueva escuela, como se verá, se glorificaba de haber escapado a la vergonzosa pobreza con la que las gentes de letras se conformaban desde la época de los trovadores.

*Bola de Sebo* no es el mejor relato de Maupassant, pero es una gran novedad y un abrumador éxito. Fue su *Olympia*. Flaubert no se había equivocado. Él lo había leído, se había entusiasmado, gritando finalmente: «¡Adelante, muchacho!» y tuteando por primera vez en su vida a Maupassant: «Trata de hacer una docena de cuentos como este y serás un hombre» «Considero *Bola de sebo* como una obra maestra. Este pequeño cuento pasará a la posteridad, puedes estar seguro.» «Relato verde de fondo e irritante para el burgués, que *aplasta* al resto del libro». Y después de esto Flaubert cae de bruces en su mesa de trabajo, golpeado por una apoplejía. Se hubiese dicho que había esperado, para desaparecer, ese triunfo de un potro capaz, a partir de ahora, de galopar solo.

¡Para Maupassant ya iba siendo hora!

La heroica devoción de esta Bola de Sebo que toma, en los mismísimos alrededores de Ruán, pero contra otros enemigos y bajo otra forma, la obra liberadora de una santa, tuvo un éxito enorme. Se sucedieron las ediciones. La dosificación estaba hecha con arte: se veía ahí a la prostituta redimida (última concesión al romanticismo), 1870 evocado (satisfacción para los revanchistas), el oficial prusiano convencional hasta el límite (exigente pero no odioso por cómico), los mundanos burlados (pero con un toque ligero). Finalmente, la diligencia servía de decorado a un desfile gastronómico de succulentos pollos y de rabelaisianos embutidos, todo sobre un fondo picante, lo que excitaba al público y fomentaba todos sus gustos: se le hacía la boca agua, se sonreía, se bromeaba. ¡Feliz guerra donde una sola persona llevaba para un corto viaje un paté de foie gras, un paté de gallina, un pollo en gelatina, bollos, un entrecot y una lengua ahumada y donde las más modestas mujeres conservaban una redondez de bola! La obra era delicadamente intrigante y hábilmente finalizada.

«El Señor detestaba a los prusianos porque han hecho sufrir a los franceses.» Esta frase tan simple del sirviente de Maupassant reproduce un sentimiento muy simple y que era el de todos los lectores franceses, pues todos los franceses compraron *Bola de sebo*; por 3,50 francos, se unían a la revancha, una revancha no malvada pero «súbitamente bien hallada».

Después del triunfo, la ocupación. Se veían obligados los vencidos a mostrarse atentos y corteses con los vencedores.

Al cabo de algunos días, y disipado ya el temor del principio, se restableció la calma. En muchas casas un oficial prusiano compartía la mesa de una familia. Algunos, por cortesía o por tener sentimientos delicados, compadecían a los franceses y manifestaban que les repugnaba verse obligados a tomar parte activa en la guerra. Se les agradecían esas demostraciones de aprecio, pensando, además, que alguna vez sería necesaria su protección. Con adulaciones, acaso evitarían el trastorno y el gasto de más alojamientos. ¿A qué hubiera conducido herir a los poderosos de quiénes dependían? Sería más temerario que patriótico. Y la temeridad no es un defecto de los actuales burgueses de Rúan, como lo había sido en aquellos tiempos de heroicas defensas, que glorificaron y dieron lustre a la ciudad. Se razonaba — escudándose para ello en la caballería francesa — que no podía juzgarse un desdoro extremar dentro de casa las atenciones, mientras en público se manifestase cada cual poco deferente con el soldado extranjero. En la calle, como si no se conocieran; pero en casa era muy distinto, y de tal modo le trataban que retenían todas las noches al alemán de tertulia junto al hogar, en familia.

La ocupación dejó en Maupassant una huella imborrable: *Mademoiselle Fifi* es casi tan célebre como *Bola de Sebo*. Para escribir algunos cuentos iba a interrogar a los paisanos de Caux (*Un duelo*, *La tía Sauvage*, *el tío Milon*).

Maupassant varía la nota. Tanto es ridiculizado el ocupante (*San Antonio*), como nos lo muestra pacifista y benevolente (*Walter Schnaffs*) y Maupassant se sorprende de «esa alianza establecida

entre el vencedor y el vencido»; «un prusiano, barbudo hasta los ojos, abrazaba a un crío que lloraba y lo mecía en sus rodillas para tranquilizarlo.» En *El Angelus*, Maupassant retoma el tipo de invasor brutal:

«¿Egg ustegg la dama de egte cagtillo?»

Ella estaba de pie ante él sin haber devuelto su insolente saludo y respondió un “sí” tan seco que todos los ojos fueron de la mujer al soldado.

El no se inmutó y dijo:

«¿Cuántagg pegsonas hay aquí?»

- Tengo dos sirvientes, tres criadas y dos jornaleros.

- ¿Qué hace fuegtro marido? ¿Dónde está? »

Ella respondió atrevidamente:

«Es soldado como vos y lucha.»

El oficial respondió con insolencia:

¡Pueg fien, entonces ha mueggto!»

Ahora bien, *El Angelus*, es ese esbozo de novela que Maupassant no pudo terminar; su última obra describe la invasión como la primera. En esto se mide la profundidad de la cicatriz. Hasta el final, este falso antimilitarista estará obsesionado por ese recuerdo, y en vísperas de su muerte, en plena demencia shakespeariana, llamará a su sirviente: «¿Está listo, François? ¡Se ha declarado la guerra! ¡Llegan los prusianos! ¡Vayamos a la frontera!»

En cuanto a las mujeres galantes, nos encontramos a las hermanas de *Bola de Sebo* por todas partes, con sus sólidos vínculos rústicos, su estupidez disfrazada, sus vicios y sus delicadezas, en *Mademoiselle Fifi*, *la Casa Tellier*, *Las tumbales*, *El*

*armario, Mosca, La mujer de Paul, El amigo Patience, La cama 29, La odisea de una muchacha, La querida, El método de Roger, Salvada, la Baronesa, Los veinticinco francos de la superiora, El puerto, Las hermanas Rondoli, Una velada, etc.* Todas esas criaturas, hermosas timoneles, mujeres delgadas u obesas, esqueléticas o culonas, lesbianas, costureras o furcias de las orillas, Mimis o Ninis, todas salen de este primer relato.

«Se queja usted de las mujeres, escribía Flaubert a Maupassant, que tenía la costumbre de observar demasiado de cerca a sus modelos, hay un remedio muy sencillo: no servirse de ellas.» Si, pero es como sirviéndose, del modo en el que Maupassant ha enriquecido la literatura francesa con una asombrosa galería de putas, más auténtica, más variada y pintoresca que la *Galería del Palacio Real*. Maravillosamente vivas, todas esas jóvenes, sobre todo si se las compara con las flacas y menudas de las literaturas extranjeras, con las de las novelas inglesas del siglo XVIII, con las de la novela rusa o americana. Las cortesanas darán fortuna a Maupassant; fueron en gran parte las responsables de su éxito fuera de Francia.

Los críticos contemporáneos le reprocharan la proliferación de esas muchachas galantes, pero nunca muy severamente. «¿Para que esforzarse tanto por esas almas degradadas?», se conforma con preguntar Sarcey, asombrándose de que la cortesana, después de cuarenta años, haya invadido la novela y el teatro. Maupassant responde cándidamente «porque eso llega al público». A Albert Wolff que le reprocha una acogida demasiado fácil «a las

facilonas y las desvergonzadas», Maupassant replica en *Le Gaulois*: «La marginalidad que seguramente molesta; no es más que una violenta reacción contra el idealismo exagerado que la precede; no es más que una protesta contra la teoría secular de lo poético.»

El éxito de las *Veladas de Médan* hizo que se buscara a la modelo que había posado para *Bola de Sebo*; se llamaba Adrienne Legay y continuaba viviendo en Ruán dónde un tal Cord'homme, tío de Maupassant, la había conocido antes de 1870. Había nacido en Életot, un pueblo sobre el acantilado, en el cantón de Valmont, y llevaba todavía el sobrenombre que la había hecho célebre. Según el periodista Henri Bridoux, Maupassant, que se encontraba en el teatro La Fayette en Ruán, la vio una noche, años más tarde, en un palco, sola. «La observó durante un buen rato, con curiosidad, con una atención casi emocionada.» El novelista, ya famoso, fue a saludar a su heroína, como si saludase a su propia gloria; le hizo una reverencia de mosquetero galante y, después del teatro, la llevó a cenar al hotel Mans.

Maupassant acabó la noche con Bola de Sebo, he aquí la historia cerrándose en un bucle. En cualquier caso, es una bonita historia.

## Años de fecundación (1880-1890)

Mayo de 1880.

Flaubert se ha ido. Si Flaubert hubiese muerto antes, en lugar de Bouilhet por ejemplo (1869), Maupassant tal vez nunca hubiese escrito *Bola de Sebo*. Su talento no era de esos que se superan con los obstáculos: el gusto por el esfuerzo, el amor al oficio, el éxito, las relaciones, todo, como se ha visto, le ha llegado de fuera, de Flaubert. El principiante Maupassant no tenía más que veleidades; fue Flaubert, quién, en detrimento de su última obra, toma al joven sobre sus espaldas.

Maupassant piensa que hace un mes aún, estaba preparando para su maestro el capítulo botánico de *Bouvard y Pécuchet*: «En las familias de las ranunculáceas, todas las especies tienen un cáliz...» ¡Y hoy Flaubert ya no está! El dolor del discípulo, del hijo espiritual, es profundo; once años más tarde todavía escribirá: «Siempre pienso en mi pobre Flaubert y me gustaría estar muerto si estuviese seguro de que alguien pensara en mi de ese modo.»

La señora de Maupassant no ha sentido menos profundamente que su hijo la pérdida de su viejo amigo de infancia: se encierra durante dos días sola para llorar en su habitación.

Maupassant recuerda el fúnebre viaje a Ruán y el gran cuerpo del atleta literario tumbado sobre su cama, con el típico cuello morado de los apopléjicos que siempre parecen tener el aspecto de haber sido estrangulados y que la muerte los hace pasar del rojo al negro; los músculos de la mandíbula, que elevaban las palabras como el forzado de la feria Saint-Roman sus pesas, están distendidos. El cortejo, que salió del pequeño pabellón de Croisset, descendió la costa de Canteleu bajo la fragancia de las lilas, el iris y la acacia. Los colegas de Flaubet no se habían tomado la molestia, más que en una minoría, en acudir al entierro, pero muchos jóvenes estaban presentes. Marchando detrás del coche fúnebre, Maupassant creía oír todavía la voz del buen «tío», abroncando, profiriendo juramentos, enviándole paternalmente a la consulta de su oculista, el Dr. Abadie.

Pues Maupassant ya comienza a padecer de los ojos, esos ojos de los que tanto depende. E irá a consultar al Dr. Abadie, y más tarde al Dr. Landolt. Este último, tras haber examinado atentamente su iris, le pregunta si nunca ha tenido alguna enfermedad grave. «¿Seguro que no, señor de Maupassant? ¿Ninguna afección contagiosa...?» En el centro del círculo colorido, en el fondo de esa pupila viva y misteriosa que se abre sobre la noche del cuerpo y, más lejos incluso, sobre el abismo del



alma, doce años antes de que Maupassant desaparezca, el Dr. Landolt ha leído el futuro.

Maupassant va a publicar, en diez años, doscientos ochenta cuentos y relatos y siete novelas, lo que es una notable producción pero no increíble como se ha escrito frecuentemente (en absoluto comparable en todo caso a la de Balzac); muchas de estas pequeñas historias son muy cortas; la mayoría de estos relatos se leen en una hora y una novela como *Pierre y Jean* no es más que un relato largo. Se pueden hojear sin esfuerzo, en el ferrocarril (Maupassant siempre ha tenido una buena clientela entre los viajeros. Cuando la venta de *Una vida* se prohíbe en las estaciones, no oculta su contrariedad.)

Mientras aumentaban las ediciones de *Bola de Sebo*, Maupassant pensaba en dejar la Administración. Eso le resultó más fácil que entrar, pese a que, temiendo un revés de la fortuna, el principiante prefirió no romper completamente y de golpe con su ministerio. Solicitó una baja por un año; Jules Ferry había sustituido a Bardoux en el ministerio de Instrucción Pública, Roujon y Xavier Charment arreglaron el asunto con el ministro.

Desarrollando y ahondando en el fondo de *Bola de Sebo*, Maupassant se había puesto a trabajar de inmediato en *La casa Tellier*, su segunda obra maestra. «Casi he acabado mi relato sobre las mujeres de un burdel durante la celebración de una primera comunión, escribía a su madre en enero de 1881, creo que es al menos igual a *Bola de Sebo*, sino superior.»

Con *La casa Tellier*, el lupanar entra en las letras, o más bien regresa, pues ya había hecho otras

apariciones en las novelas del siglo XVIII e incluso en ese *Hostal de la Manzana del Pino* en el cuarto acto de *El Rey se divierte*. La aportación de Maupassant, será la casa de citas oficial, especie de Café de Comercio para provincianos honorables, institución esencialmente nacional y sin parangón, incluso en Brasil. La República de 1880 no es mojigata y la casa de citas, medio policial, medio electoral, será junto a los cafés, uno de los pilares angulares del régimen. Thérésa y Paulus triunfan en el cafe-concert en el *Piston d'Hortense*; Grille d'Egout y Nini Patte-en-l'Air son las reinas del Moulin Rouge y, en el jaleo que termina en las cuadrillas naturalistas (encontramos un último eco debilitado de la palabra naturalismo en el Tabarin de hoy), la literatura francesa cuida sus partes bajas y se abre de piernas. Han pasado los tiempos en los que Maupassant era perseguido por la Fiscalía. Ahora el documento vivido lo justifica todo.

De un cuartucho de estudiante pobre, Maupassant va a trasladarse a un apartamento burgués; instalándose en la calle Dulong, contrata a una cocinera. Pero, con una prudencia totalmente francesa, el joven escritor no hipoteca el futuro y da prudentemente sus pasos por el camino del éxito. Comienza por comprar algunos muebles; su primer dinero sirve para mantener, no a unas criaturas, sino a su madre (lo que también es un encantador rasgo de la idiosincrasia francesa).

*La casa Tellier* tuvo doce ediciones y fue traducida incluso al ruso (estaba dedicada además a Tourgueniev, cuya influencia literaria sobre Maupassant es innegable) y acompañada de

excelentes cuentos, *La historia de una moza campesina*, *En familia*, *El papá de Simon* y *La mujer de Paul*; es en *La mujer de Paul* dónde puede leerse la primera descripción (habría otra) del famoso restaurante Grillon y de esa Grenouillère que todos los escritores y pintores de la época han ilustrado:

En las inmediaciones de la Grenouillère, una muchedumbre de paseantes circulaba bajo los gigantescos árboles que hacen de este rincón de la isla el más delicioso parque del mundo. Mujeres, jovencitas de pelo amarillo, senos desmesuradamente rollizos, grupa exagerada, rostro empastado de afeites, ojos pintados con carbón, labios sanguinolentos, ajustadas, ceñidas en trajes extravagantes, arrastraban sobre el fresco césped el mal gusto chillón de sus atavíos; mientras que a su lado los jóvenes se exhibían con sus ridículas vestimentas de grabados de modas, con guantes claros, botinas de charol, junquillos del grosor de un hilo y monóculos que subrayaban la necesidad de sus sonrisas.

La isla se estrangula justamente en la Grenouillère, y en la otra orilla, donde también funciona un trasbordador que trae sin cesar a la gente de Croissy, el brazo rápido, lleno de torbellinos, de remolinos, de espuma, corre con trazas de torrente. Un destacamento de pontoneros, con uniforme de Artillería, está acampado en esa orilla, y los soldados; sentados en fila en una larga viga, miraban correr el agua.

En el establecimiento flotante había un barullo furioso y gritón. Las mesas de madera, donde las consumiciones derramadas formaban delgados regueros pegajosos, estaban cubiertas de vasos medio vacíos y rodeadas por gentes medio borrachas. Toda aquella multitud chillaba, cantaba, berreaba. Los hombres, con el

sombrero hacia atrás, la cara colorada, ojos relucientes de borrachos, se agitaban vociferando con una necesidad de alborotar propia de animales. Las mujeres, en busca de una presa para la noche, se hacían invitar a una copa mientras tanto; y, en el espacio libre entre las mesas, dominaba el público normal del lugar, un batallón de remeros alborotadores y sus compañeras, con cortas faldas de franela.

Uno de ellos bregaba con el piano y parecía tocar con manos y pies; cuatro parejas brincaban en una cuadrilla; y los miraban unos jóvenes elegantes y correctos, que habían parecido respetables si, a pesar de todo, no se trasluciera una tara.

Pues se huele allí, en plena nariz, toda la escoria de la sociedad, toda la crápula distinguida, toda la podredumbre del mundillo parisino: mezcla de horteras, de comicastros, de ínfimos periodistas, de hidalgos bajo curadoría, de bolsistas turbios, de jueguistas tarados, de viejos vividores podridos; tropel equívoco de todos los seres sospechosos, conocidos a medias, perdidos a medias, saludados a medias, deshonorados a medias, fulleros, pícaros, alcahuetes, caballeros de industria de traza digna, de aire matamoros que parece decir: «Al primero que me llame bribón, lo rajo.»

Ese lugar rezuma estupidez, apesta a canallada y a galantería de bazar. Machos y hembras vienen a ser lo mismo. Flota allí un olor de amor, y se baten por un quítame allá esas pajas, con el fin de sostener reputaciones carcomidas que los sablazos y las balas de pistola no hacen sino hundir mas.

Algunos habitantes de los alrededores pasan por allá, curiosos, todos los domingos; algunos jóvenes, jovencísimos, aparecen por allí cada año, aprendiendo a vivir. Caen por allí paseantes que matan el tiempo, y algunos ingenuos que se extravían.

Se llama, con razón, la Grenouillère. Al lado de la balsa cubierta donde se bebe, y muy cerca de la «Maceta», la gente se baña. Aquellas mujeres cuyas redondeces son satisfactorias, acuden allí a mostrar al natural su mercancía y a buscar clientes. Las otras, desdeñosas, aunque amplificadas por el algodón, apuntaladas con muelles, enderezadas por aquí, modificadas por allá, miran con aire despreciativo a sus hermanas que chapotean.

Las lesbianas de agua dulce, protagonistas de esta historia, nos recuerdan a las lesbianas en yola de Paul Margueritte (*Tous quatre*, 1885); el safismo se lleva mucho a partir de 1880.

Maupassant tiene a partir de ahora un público fiel y que le sigue por todas partes, en el *Gil Blas*, en el *Gaulois* y desde ahí a los editores. Estos últimos deberán estar sobre aviso, Maupassant los va a hacer sudar la gota gorda. Tímido e implorante, en marzo de 1880, el debutante se dirigía en estos términos a Charpentier: «¿Y mi volumen de poemas? Se lo ruego, envíemelo pronto a imprimir...»

He aquí como se dirige a él al día siguiente de su primer éxito:

He recibido con cierta sorpresa... el proyecto de contrato que usted ha tenido la inspiración de enviarme. ¿Qué extraña idea lo ha llevado de pronto a querer suscribir un contrato conmigo, cuando usted jamás había tenido la intención de ello hasta el presente...? En principio estoy decidido a no firmar nunca un contrato definitivo. Pero si debiese suscribir uno con usted, no lo haría más que en las condiciones que yo imponga. Estas son: hasta los tres mil, 0,40 F por ejemplar, etc. Al cabo de seis años, la obra volverá a mí para negociarla como

considere... Tendré siempre el derecho de hacer, cuando y dónde me plazca, ediciones de lujo e ilustradas de mis libros. Habiéndome sido hasta el momento esas condiciones muy ventajosas, no tengo intención de modificarlas.

¡Pobre Charpentier! Los editores son sin razón representados por los autores como la encarnación del demonio: ¡son unos santos! Además Maupassant no trata mejor a los que no le imprimen; en diciembre de 1882, escribe con una severidad de autócrata al editor Monnier: «Estas son las condiciones bajo las que puedo negociar con usted...» En 1884, al editor Kistemaeckers: «Gracias por sus proposiciones, pero no puedo aceptarlas. Comprenda que teniendo con A.B. un franco por volumen... » ¡El tono cambia desde 1880!

En un artículo sobre *El dinero en la literatura*, Zola hacía observar con razón, que las cuestiones materiales son de una gran importancia para el futuro y que la crítica las omite demasiado a menudo. ¿Cómo vivían los autores del siglo XVIII, añade, de qué dinero, sobre qué sostén? (Aquí se siente la influencia de los Goncourt, esos fisgones) Antes de escribir sobre una época habría que conocer las condiciones de la literatura en dicha época y el presupuesto de los escritores. Ahora bien, desde el primer Imperio, esas condiciones son excelentes. Estamos lejos del siglo XVII y de los poetas caseros (los menos mal pagados de los escritores). Zola cita un típico ejemplo de esos tiempos pasados. «El señor Morand que era de Caen, prometió a Malherbe y a uno de sus amigos hacerles

ganar 400 libras por no sé qué, y en esto les hacía un gran favor. Incluso los invita a cenar. Malherbe no quería ir si no se le enviaba una carroza. Finalmente su amigo lo hizo ir en caballo. Después de cenar se les contó su dinero.»

Zola se congratula de haber escapado a las épocas de la piratería literaria e incluso a las heroicas disputas de los tiempos de Balzac donde no reinaba todavía «la honestidad recíproca de los contratos»; añadamos que eso no ha impedido a la generación de 1830 hacer fortuna (se conoce bien la de los idealistas). Victor Hugo, Alexandre Dumas, George Sand, Dumas hijo, Eugène Sue se convirtieron en grandes capitalistas. Balzac cobraba cien mil francos de hoy por una novela en *La Revue des Deux Mondes*. Los libros le resultaban tan rentables que escribía sin cesar para pagar las deudas contraídas con sus pésimos negocios editoriales.

Es divertido constatar que el razonable Maupassant intenta un día pasar de los servicios de los editores e integrarse en una cooperativa de escritores de grandes tiradas; todo estaba previsto, compra de papel, impresión, publicidad. Esta especie de monopolio debía quintuplicar las ganancias de los autores; desgraciadamente el asunto no llegó a cuajar.

Jamás, en la historia de la literatura francesa, los escritores estuvieron tan bien pagados como a finales del siglo XIX.

Zola, Daudet, Sardou, escritores de grandes tiradas, ofrecen a sus amigos una lujosa hospitalidad, en París o en el campo, y reciben al menos una

centena de personas al mes. En la casa de todos, se come de maravilla.

Los años venideros (1883-1885) serán para Maupassant los de su más intensa y mejor producción. Es el «culmen», está en «plena savia», como él mismo dice. Vuelve a comenzar, visto bajo otro ángulo, *Bola de sebo* con *Mademoiselle Fifi* que aparece en las librerías en 1882. En 1883, *los Cuentos de la Becada*, así como su primera novela, *Una vida*. En 1884, publica *Claro de luna*, *Las hermanas Rondoli* (una muy hermosa aventura italiana), *Miss Harriet*, *El Señor Parent*. Con *Al sol*, hace su debut con los relatos de viajes. En 1885, aparecen *Yvette*, *Cuentos del día y la noche*, *Bel-Ami*, *Anton*. Eso hace, en el año 1882, cuarenta y seis relatos, cuentos, artículos o prólogos y para 1883, sesenta y dos; más o menos otro tanto en 1884 y 1885. A partir de 1886 su producción disminuye. Pronto no escribirá más que para los periódicos. A una dama que le solicita un artículo, le responde: «No tengo más que un deseo en mi vida, el no escribir nunca más una línea en ningún periódico del mundo.»

«Soy un industrial de las letras», declara a menudo Maupassant. Basta que emita esta opinión para que nosotros no le creamos; ni mucho menos. Escritores mucho más etéreos han tenido al menos un sentido tan vivo de sus intereses. Es una pose. Maupassant está muy orgulloso de sus ganancias, lo que es natural; explota bien sus ventajas, pero no se le puede acusar de avaricia. No fue esclavo en absoluto del dinero: él le pide la única cosa que un escritor debe pedirle, la independencia. Además



tiene responsabilidades: da mucho dinero a su madre; pagará su alquiler cuando ella viva en Niza; sufraga el establecimiento hortícola de su hermano Hervé, sin hablar de diversas pequeñas pensiones a otros miembros de su familia.

El paisano normando pintado por Maupassant es reticente a la pena, pero no lo es menos al ahorro. Como éste, Maupassant trabaja mucho, mantiene sus precios altos y firmes en el mercado editorial. Llega de Étretat a Paris con sus manuscritos bajo el brazo, como el granjero que acude al mercado de Goderville con su cesta de donde el pato deja sobresalir su cuello: incluso se ve inmerso en varios procesos judiciales (uno en América) para defender sus derechos. En el *Petit Bottin des lettres et des arts* (1886), obra anónima atribuida a Fénéon, Paul Adam, Tailhade y Moréas, el nombre de Maupassant estaba seguido de dos iniciales N.C. lo que quería decir, murmuraban los colegas «Notable Comerciante». Se encuentra en una parte de su correspondencia, todavía inédita y que permanece en manos de su familia, cartas de negocios, numerosos proyectos de compras de granjas y terrenos, y la contabilidad de su editor Havard es muy instructiva.

Maupassant no desperdicia nada: *La velada* (*Gil Blas*, 1882) servirá a *Una vida*; *El salto del pastor*, aparecido en relato en 1882 en el *Gil Blas*, se convertirá en el drama central de *Una vida*; *En una tarde de primavera*, aparecido en *Le Gaulois* el 7 de marzo de 1881, se encuentra también en *Una vida*; *Yveline Samoris* (*Gaulois*, 1882) se convertirá en *Yvette*. *El vengador* (*Gil Blas*, 1882) será utilizado para la segunda parte de *Bel-Ami*. La descripción de

la Grenouillère en *La mujer de Paul* aparecería por segunda vez en *Yvette*. El teatro de Maupassant no es más que una adaptación de su obra de novelista. Sabe aprovechar los restos e incluso las migajas. Una de las causas del desafecto de los jóvenes, y especialmente de los simbolistas que consideran a Maupassant apenas superior a Georges Ohnet y a Feydeau, proviene de que esos poetas hacen profesión del desinterés; un escritor, dicen ellos, no debe pensar más que en su gloria. Esa era una reacción contra las grandes tiradas de los naturalistas; éstos habían cometido el error de olvidar que los jóvenes ayunan, por así decirlo; no se les perdona.

En 1884 parece el prefacio a las obras completas de Flaubert, editadas por Charpentier.

Desde la muerte de su maestro, Maupassant se ha dedicado al piadoso deber de reunir y publicar sus obras póstumas y especialmente *Bouvard y Pécuchet*. «Tuvo la gentileza, dijo un periodista, de mostrarme, en su pequeño apartamento de la calle Clauzel, la voluminosa documentación que Flaubert, paciente historiógrafo, había recopilado para escribir esa biblia de la estupidez. Pasamos gran parte de la noche paseando nuestra curiosidad a través de ese caos. Allí había de todo: anécdotas, bromas, chispas, sandeces, gracias, incluso pensamientos.

«Hay que decir que Maupassant se prohibía, al igual que una impiedad, el menor juicio crítico. Se enternecía a la vista de una mención como esta: “Tonterías de políticos”, a la que acompañaba un compacto dossier. Reía a mandíbula batiente ante una hoja de papel de cartas, papel azul cuadriculado

sobre el que Flaubert, con su recta y fina escritura, había anotado esta observación: “cosas que me han irritado: las plumas de hierro, los impermeables, Abd-el-Kader.” Maupassant concedía un valor inestimable a esta nota autógrafa.»

El sentimiento filial debía de ser muy fuerte en Maupassant ya que si amó a Flaubert como si fuese un padre, amó Normandía, o más exactamente la región de Caux, con una pasión muy semejante a la que experimentaba por su madre. El recuerdo de su infancia lo sigue por las salas de redacción, en la sociedad de los mundanos, de viaje por el Midi. Y el Midi, dónde busca el calor, le producirá ese horrible daño que produce en todos los nerviosos, en todos los enfermos, en todas las personas del norte difícilmente aclimatables y deslumbradas por el sol.

Los paisajes normandos, son los que Maupassant echa de menos. Es uno de los mejores pintores de exteriores. Allí se buscaba en vano el fondo eterno de los románticos, la naturaleza animada por el alma; jamás la sombra del pintor se proyecta sobre el cuadro, pero se encuentra una alegría física del hombre de vacaciones y el ojo de un gran paisajista; ese ser descriptivo en estado puro sabe pincelar con largos y claros trazos, directos, viriles, un patio de granja, unos acantilados, el mar; existe un estilo a lo «Maupassant» de estar oculto en la hierba, de descorchar una botella de sidra, de vaciar un vaso de calvados al amanecer, antes de partir para la caza del pato. Abrir un relato normando de Maupassant, es tomar un billete para Lisieux o para Gisors. Daudet tiene sus cigarras, Huysmans sus antiguas piedras, Baudelaire sus

tubérculos y Maupassant sus granjas. Desde el punto de vista literario, es un propietario. Gracias a él, las brumas de un estanque no son las mismas en 1880 que en 1940. Ha grabado sus iniciales en el tronco de los manzanos que después de él no han vuelto a florecer.

No diremos que la visión de Maupassant es auténtica, porque en arte no hay ni verdad ni mentira; la historia del arte no es más que una infinita superposición de talentos, una sucesión estratificada de sensibilidades en las que cada una tiene su color y su textura. En Maupassant, la naturaleza es validada por el tono franco, la opacidad de la materia, una pasta bien aplastada con el dedo, en una sinceridad que enseguida provoca confianza. Este hombre al que casi todo desorienta y disgusta, tiene un culto primitivo por el árbol, por el mar, por el bosque, por el agua. «Mis ojos abiertos, como una boca hambrienta, devoran la tierra y el cielo. Sí, tengo la sensación diáfana y profunda de comer el mundo con mi mirada y digerir los colores, como se digieren las carnes y las frutas.» (*La vida de un paisajista*)

Maupassant permanecerá siempre vinculado a ciertos amaneceres, en septiembre, cuando se sale para ir a recoger las redes fondeadas antes de la salida del sol, antes de que las anguilas logren desengancharse, o a ciertos claros de luna, cuando se van a arrojar las redes. Pensamos en él ante ciertas brisas, ciertas escarchas, ciertas siestas, al regreso de marchas forzadas, de expediciones cinegéticas, cuando los gruesos zapatos herrados untados de sebo humean sobre los morillos.

Léase en *Amor* esa marcha en plena helada para cazar, en la que Maupassant escribe *Paludes* a su manera, quiero decir que describe unos pantanos sin miasmas.

A las tres en punto me despertaron. Me abrigué con una piel de carnero, y después de tomar cada uno dos tazas de café hirviendo y dos copas de Cognac abrasador, nos pusimos en camino acompañados por un guarda y por nuestros perros “Plongeon” y “Pierrot”.

Al dar los primeros pasos, me sentía helado hasta los huesos. Era una de esas noches en que la tierra parece muerta de fría. El aire glacial hace tanto daño, que parece palpable; no lo agita soplo alguno; se diría que está inmóvil; muerde, traspasa, mata los árboles, los insectos, los pajarillos, que caen muertos sobre el suelo duro y se endurecen en seguida por el fúnebre abrazo del frío.

La luna, en el último cuarto, pálida, parecía también desmayada en el espacio; tan débil, que no le quedaban ya fuerzas para marcharse y se estaba allí arriba inmóvil, paralizada también por el rigor del cielo inclemente. Repartía sobre el mundo luz apagadiza y triste, esa luz amarillenta y mortecina que nos arroja todos los meses al final de su resurrección.

Karl y yo íbamos uno al lado del otro, con la espalda encorvada, las manos en los bolsillos y la escopeta debajo del brazo. Nuestro calzado, envuelto en lana a fin de que pudiéramos andar sin resbalar por la escurridiza helada tierra, no hacía ruido ninguno: y yo iba contemplando el humo blancuzco que producía el aliento de nuestros perros.

Pronto estuvimos a la orilla del pantano, y nos internamos por una de las avenidas de juncos que la rodean.

Nuestros codos, al rozar con las largas hojas del junco, iban dejando en pos de nosotros un ruidillo misterioso que contribuyó a que me sintiese ya como nunca poseído por la singular y poderosa emoción que hace siempre nacer en mi las proximidades de los pantanos.

Aquel en el cual nos encontrábamos, estaba muerto, muerto de frío.

[...] Y dio orden al guardia para que cortara algunos juncos.

Hicieron un montón de ellos en medio de la choza, que tenía un agujero en el techo para dejar salir el humo; y cuando la llama rojiza empezó a jugar por las cristalinas paredes, éstas empezaron a fundirse suavemente y muy poco a poco, como si aquellas piedras de hielo echaran a sudar. Karl, que se había quedado fuera, me gritó:

—Ven a ver esto.

Yo salí y me quedé absorto de asombro. La choza, en forma de cono, parecía un monstruoso diamante rosa, colocado de pronto sobre el agua helada del pantano. Y dentro se veían dos sombras fantásticas: las de nuestros perros, que se estaban calentando.

La página es espléndida; sin duda tiene un lugar reservado al lado de los *Relatos de un cazador* de Tourgueniev.

En *Las becadás*, los personajes de Maupassant tienen ese mismo atavío de lapones, pieles de cordero, calzones de lana enormes por encima de los pantalones, y polainas por encima de los calzones de lana. Y detrás de los cazadores, los tres perros, Pif, Paf, Moustache, semejantes a unos perros de Caran de Ache.

«Y aquí está el viento que sopla del este. Va a helar. Las becadas estarán aquí dentro de dos días...»

En *La roca de los pájaros bobos* en Étretat, Maupassant fija con una tinta que se parece al nitrato de plata de Nadar, una instantánea de «viejos caballeros, vestidos con chalecos de caza» y que, tras una copiosa comida, «todavía embotados, enrojecidos, animados, encendidos» charlan de caza y de perros. «Hablaban como se aúlla, riendo como rugen las fieras y bebiendo como cisternas, las piernas extendidas, los codos sobre el mantel, los ojos brillantes bajo la llama de las lámparas...»

Todos los inviernos, Maupassant iba a cazar en los alrededores de Goderville. La apertura de la veda de otoño es para él un rito sagrado. El 17 de agosto de 1885, escribe al Sr. Amic: «Mi primer mes de caza está fijado por seis sucesivas aperturas de la veda en Normandía...»

Como todo auténtico cazador, a Maupassant le gusta levantarse temprano: «El aire está lleno de misteriosos estremecimientos que no conocen aquellos a quiénes se les pegan las sábanas. Se aspira, se bebe, se ve la vida que renace, la vida material del mundo, la vida que recorre los astros y cuyo secreto es nuestra inmensa tortura.»

Las descripciones tienen una poesía fuerte en grados como el calvados. Un pueblecito costero entre Dieppe y El Havre parece salir bruscamente del papel con dos trazos de tinta:

El mar fustiga la costa con sus cortas y monótonas olas. Pequeñas nubes blancas pasan aprisa a través del gran cielo azul, transportadas por el rápido viento, como

unos pájaros; y el pueblo, en el pliegue de un valle que desciende hacia el Océano, se calienta al sol.

En un decorado de manzanos y granjas en ruinas, mal sostenidas por unas columnatas carcomidas, los aldeanos de Maupassant se emborrachan, pisan la sidra, vomitan el aguardiente, se hacen mil bromas y ocultan sus luises de oro en cuencos de mantequilla salada. Aquí también el naturalismo representa un movimiento de reacción contra el romanticismo y sus aldeanos faltos de interés, contra el buen salvaje y las Galateas que el siglo XVI lega al siglo XVIII, contra el honesto agricultor de Jean-Jacques Rousseau («el trabajo en el campo es agradable de considerar»), contra la hoz dorada y el *mugitusque boum* del tío Hugo, contra las armoniosas pastoras de Bernardin de Saint-Pierre.

Maupassant retoma a Balzac:

« Señora, tengo miedo...

—¿Miedo a los lobos?

—No, a los aldeanos.» (*Los aldeanos*)

E incluso va más allá, los describe avaros, incestuosos, supersticiosos, crueles con los animales, alcohólicos, despiadados con los ancianos, dignos descendientes de los siervos rencorosos y sublevados cuya reciente antología aldeana del Sr. Arland nos muestra el tipo que subsiste a través de toda la historia de Francia. Muchos lectores de la época naturalista no creían mucho más en la realidad de los aldeanos de Zola que en los de *Llueve, llueve, pastora* de Fabre de Églantine; la minuciosa conciencia, incluso la aplicación de los inventarios



rurales del autor de *La Tierra*, esas « Georgicas de la crápula », como decía Anatole France, sorprendían a un público muy poco inclinado a ir al campo; el espectáculo de Zola, saturado de documentación, alquilando un coche a caballo para atravesar la Beauce y anotando lo que veía con una mano, mientras que con la otra retenía las bridas a punto de caerse en un trigal, impedía a los lectores creer una sola palabra. Por el contrario, Maupassant inspiraba confianza; se expresaba con facilidad en el patois dialectal de Caux, tenía el acento, tenía las poses y, excepto algunos colegas rueneses poco conocidos, nadie se atrevía a cazar en su dominio.

Recuerdo que un día, tenía entonces dieciséis años, mi padre, bastante afectado al comprobar que Jean Giraudoux no compartía su entusiasmo por los escritores de 1880, le decía: «¿Maupassant tampoco?...» Giraudoux respondía con un leve mohín de disgusto. «Pero, continuaba mi padre con alguna impaciencia, ¡los aldeanos de Maupassant son auténticos!» A lo que el joven replicaba esta vez con un indiferente sí, firme, educado, un sí que era un no. «¡Ah! ¡qué severos sois los jóvenes! ¡qué complicados!» decía mi pobre padre desolado pues los naturalistas eran los dioses de su generación.

En efecto, un nuevo aldeano acababa de aparecer en la vida literaria, el aldeano de Charles-Louis Philippe que a principios del siglo XX se afirmaba como reacción directa contra los brutos de Maupassant, sin caer sin embargo en la convención del paisano de Theuriet y de Bazin. El tío Perdrix y Marie Donaidue habían hecho su gira por Rusia, salían menos del Berry que de Tolstoi y de

Dostoyevski. Plenos de invalidez y de piedad, venían, por encima de los naturalistas, a tender la mano a los buenos y nobles patanes revolucionarios del cuarenta y ocho, a los pájaros enternecidos de *El Charco del diablo* y de *La Pequeña Fadette*, a los «segadores sentados sobre sus gavillas que sonríen a sus bueyes sobrecargados de espigas.»

¿Sin duda los aldeanos del Centro son mejores que los de Normandía; sin duda Cérilly tenía más corazón que Fécamp? Yo he vivido durante cuatro años en los confines de la región de Caux, a los bordes del Andelle, y debo confesar que encontraba entonces a los aldeanos normandos de 1926-1930 tal y como los describía Maupassant medio siglo antes. Nunca vimos personas más malas; no tenían más que la blusa azul y el gorrito de algodón pero eran devoradores de curas, quisquillosos, crueles, amigos de las zancadillas, despojados de cualquier tipo de bondad virgiliana; tal y como los vemos en *Una venta*, *Anton*, *El bicho de Belhomme*, *Pierrot*, *Boitelle*, *El cordelillo*, *La confesión de Théodule Sabot*, *Un Normando*, *El tío Amable*, *Bromas normandas*, etc., dignos hijos de una tierra «llorando de preocupaciones», como dice d'Aubigne.

Atleta friolero, a Maupassant siempre le había gustado el sol: «¡Qué bien se estaría en un país donde siempre hubiese mucho sol!» escribía, desde 1875, a su madre. Este error de creer que los países soleados son países sanos, lo pagaré caro.

Finalmente, en 1880, puede echar a volar hacia el Midi. Tan pronto como cobra de Havard los derechos de autor de *Bola de sebo*, se embarca en un viaje a Córcega donde su madre pasa el verano en la

montaña; dinero bien invertido puesto que Maupassant, a su regreso, va a utilizar sus notas para unas crónicas en *El Gaulois*, para dos relatos, *En viaje*, *Un bandido corso*, así como para el viaje de bodas en Córcega de *Una vida*, etc. Una de sus abuelas, amante de Lauzun, había hecho ese mismo periplo para seguir a su amante durante la campaña de 1768. «¡Usted cree, decía esta orgullosa señorita de Maupassant, que nosotras, las mujeres, no sabemos arriesgar nuestras vidas más que tumbadas!»

El escritor ya no está en esa buena forma física de la que estaba tan orgulloso cinco años atrás, y paga sus proezas deportivas. El Sr. Léon Gistucci, que lo conoció en Ajaccio, cuenta que Maupassant se arrojaba al agua y se dedicaba a nadar «con un particular aire de júbilo y fuerza». (Era un gran nadador de fondo) Pero algunos días más tarde, el Sr. Gistucci, visitando a Maupassant en el hotel de France, lo encuentra en la cama, congestionado, con la cabeza vendada y los ojos cerrados. Es la migraña. Sobre su mesa yacía una crónica inacabada. «Parecía agonizar.»

Nada es más doloroso que ver a ese joven de treinta años, todavía pleno de intactos reflejos deportivos, debatirse contra un mal sin remedio.

Maupassant ya no baja a orillas del Sena: vive de su reputación de atleta; se conforma con tirar a pistola y Tassart, su mayordomo, está orgulloso de sus blancos. Prologando el libro del Barón de Vaux, reportero del *Gil Blas*, sobre los tiradores a pistola, Maupassant se burla de sí mismo de este modo: «Existe en París un ejército de artistas de gran valor

a quién su arte parece casi indiferente, que no hablan demasiado y parecen considerarlo como una simple profesión (afectación naturalista); mientras que no se puede charlar diez minutos con ellos sin que celebren su fuerza y su destreza. Unos levantan pesos de atletas; otros destacan en esgrima; éstos aquí boxean o hacen piruetas en trapecios como los gimnastas; aquellos allá, desde que usted les ha sido presentado, le hacen tantear obstinadamente sus bíceps o se pasean sobre las manos a su alrededor, haciéndole así más difícil cualquier conversación continua.» Una amiga de Maupassant nos lo describe, muy orgulloso de sus músculos, levantando unos sillones con sus brazos, ingenuamente satisfecho de asombrar a las damas.

Mas tarde, cuando los progresos de la enfermedad le prohíben cualquier esfuerzo violento, se conforma, haciendo ascensiones en globo aerostático, con ese apetito de riesgo que le quedaba de su deportiva juventud. Escribe a la Sra. Charpentier:

Haré un viaje en globo el jueves por la tarde para... Desde el lugar en donde caeremos espero regresar muy lentamente deteniéndome por los alrededores. No estaré de regreso hasta el sábado, lo que lamento infinitamente...

Esta ascensión efectuada en *El Horla* tuvo lugar el 17 de julio. Los aeronautas aterrizaron cerca de Hiest, en la desembocadura del Escaut y el 15 de julio Maupassant escribía desde Étretat a Ollendorf:

[...] El aluvión de noticias aparecidas en los periódicos respecto a mi viaje en globo me ha acarreado muchas burlas y algunos problemas. Le ruego que detenga ese torrente.

No fui yo quién tuvo la idea de dar a un globo el título de mi libro, y ahora parece que he hecho de ese globo un tambor publicitario...

La gran celebridad ha llegado; Maupassant gana primero treinta, luego sesenta, luego noventa mil francos al año, lo que representa en nuestros días dos millones de ingresos. (En 1880, un empleado de ministerio cobraba mil quinientos francos. un subdirector de banco treinta mil y un buen abogado cincuenta mil, en moneda de la época.) Las crónicas le son pagadas a quinientos francos (ocho mil de hoy); la novela a un franco la línea, más de quince francos en la actualidad. (Las novelas de Maupassant se vendieron siempre mejor que sus relatos.)

Para un soltero como él y, aunque la vida fuese aproximadamente cinco veces más cara que hoy, unos derechos de autor tan torrenciales, suponían una fortuna. Así en 1883 lo vemos adquiriendo dos preciosos bienes, una casa que siempre deseó en Étretat y los servicios de un mayordomo que lo quiere y que le servirá fielmente hasta su muerte, François Tassart. Maupassant quería dar a su nueva propiedad el nombre de *La casa Tellier* pero su madre, que le había cedido uno de sus terrenos, se opuso a ello. Un poco retirada del mar, con un juego de bolos entre los fresales y una vieja barcaza en el jardín como cuarto para Tassart, el chalet *La*

*Guillette* tiene la fealdad de las construcciones de esa época. Maupassant la amuebla con arcones góticos provenientes de la abadía de Fécamp y adorna las paredes de viejo Ruán. Eso no es todo. Maupassant ahora puede colmar el deseo de su infancia; la primer carta de él que tenemos datada, es de 1864; tiene catorce años y escribe a su madre: «en lugar del baile que me has prometido, si no te importa me gustaría que me diceses la mitad del dinero que te habría costado ese baile; eso me permitirá ahorrar para comprar un barco.» El barco se compra ( tuvo incluso dos, pero solo ha entrado en la historia el segundo). Maupassant lo bautiza *Bel-Ami* y lo paga con el dinero que le reportan las treinta y siete ediciones de su novela publicadas en cuatro meses.

«Bel-ami, soy yo», dijo un día Maupassant. Un viejo reportero de los bulevares, Vandérem, descubrió hace algunos años, un ejemplar de la novela, dedicada a la Sra. B...: «*Dedicada por el mismísimo Bel-Ami*, firmado Guy de Maupassant.» Es exagerado. Físicamente, Bel-Ami, «el hombre-mujer» (así titulaba él el primer estado de su protagonista, en un relato aparecido el 13 de marzo de 1883 en el *Gil Blas*), era menos Maupassant que su hermano Hervé, el antiguo oficial del ejército en África, con su mirada tierna y su bigote acariciador. Tal vez desde el punto de vista moral, Bel-Ami tenga algunos rasgos de Guy. Se ha dicho además que dos mujeres que lo ayudaron en sus inicios se reconocían en la novela bajo las descripciones de Madeleine Forestier y de Clotilde de Marelle.

Albert Thibaudet, que tiene debilidad por *Bel-Ami*, escribe en sus *Reflexiones sobre literatura*: «*Bel-Ami* parecería la novela de las ambiciones y de la carrera de un Maupassant que no habría tenido talento. *Bel-Ami* tiene el don de hablar a las mujeres, exactamente como Maupassant tiene el don de escribir un relato y hacer vivir a los personajes de una novela. *Bel-Ami* es la más flaubertiana de las novelas de Maupassant.» (No, la más flaubertiana es *Una vida*, esa transposición, en otro medio, de *Madame Bovary*.) «Es cierto, dice Brunetière, que *Bel-Ami* es lo más notable que ha producido el naturalismo.» Aquí, el añorado Thibaudet está de acuerdo con la crítica de *La Revue des Deux Mondes*, puesto que carga las tintas: «*Bel-Ami* es el único tipo que ha salido de toda la escuela de Médan.» «Ese modelo ha durado; hoy no ha caducado.» «El matrimonio de *Bel-Ami* supera indiscutiblemente en credibilidad al matrimonio de Arthur Meyer. *Bel-Ami* está hecho por la mano de un maestro. Es una muy buena novela.»

¡Thibaudet seguramente no había leído *Bel-Ami* más de una vez! Esos duelos a pistola, esas cenas, esos fumaderos bajo las palmeras, esas francachelas en los picaderos del barrio de Europa, todo eso se ha vuelto bastante cómico. El financiero y su esposa no responden demasiado a lo que podemos esperar de un novelista de la época de Drumont. Los banqueros son convencionales, una réplica sin originalidad de los financieros de los *Rougon-Macquart*. El judío de *Bel-Ami*, «de aspecto demasiado fresco y malsano», se llama Walter, lo que, por otra parte, es más inglés que judío;

igualmente que el de *Mont-Oriol*, «judío meridional», se llama Andermatt; ningún judío meridional se ha llamado nunca Andermatt. Esos pequeños errores son graves; demuestran que Maupassant no conocía a los judíos; lo que explica que se haya visto despreciado por la primera judía que él ama.

Uno se pregunta la razón de que un buen director de cine vienés ha creído deber exhumar *Bel-Ami* para llevarlo a la pantalla. Es cierto que no ha utilizado mucho más que el título, tan logrado por cierto, que sigue siendo un clásico. Maupassant que detestaba hacerse fotografiar ¿le habría gustado que se fotografiase su obra? Lo que hay mejor en el libro, aparte del título, no es traducible al celuloide: son las malas y grises impresiones de ciertos cálidos atardeceres en los bulevares, vistos por un hombre cobarde y sin escrúpulos que no tiene suficiente dinero ni para tomar una cerveza; son los croquis muy vivos hechos en las salas de redacción y en ciertos medios elegantes y sospechosos; son los perfiles de las parisinas finas, encantadoras, sensuales y amigas del hombre, su enemigo; es sobre todo esta célebre página, en la que un viejo pintor acompañado a su casa por Bel-Ami, después de cenar en la ciudad, exhala sobre la acera su lúgubre filosofía, con ese sonido hueco y sepulcral que aflora tan a menudo en Maupassant: «La muerte, a vuestra edad, no significa nada. En la mía, es terrible... Un día llega, y llega temprano para muchos, donde detrás de todo lo que se mira es la muerte lo que se percibe... Uno lo comprende todo de golpe, no sabe por qué ni a propósito de qué, y entonces todo



cambia de aspecto. Yo, desde hace quince años siento que me horada como un roedor... Y ahora me veo morir en todo lo que hago.»

Instalado detrás de la Opera, el *Gil Blas* es célebre por su correo mundano, medio publicidad, medio chantaje. Es sobre todo allí donde Maupassant se ha documentado. «Muchos escritores y artistas iban al *Gil Blas* como a un salón, escribe F. Bac en sus *Intimidaciones de la Tercera República*. Allí se veía raramente a Maupassant, pero cuando aparecía, se le festejaba. Era bajo, melencólico y poderoso. La mirada sombría, la tez tostada por el sol, llevaba unos cuellos muy bajos que mostraban su amplio cuello donde colgaba una corbata azul marino a lunares. Daba la impresión de la timidez. Era la de los violentos y los concentrados y también la de los hombres que aman el mar. Sus maneras eran sencillas. Era saludado con énfasis por los jóvenes y sin esos celos profesionales que jalonan la vida de tantas personas.» «Su actividad (en el *Gil Blas*) misteriosa que sacaba provecho de varias combinaciones, era entonces dirigida por un antiguo maestro de armas, el baron de V... que organizaba torneos de esgrima y unos bombardeos de champaña (*Bel-Ami*).» Su lugarteniente, el intrépido Vide-Bouteilles, era el ojeador de las futuras horizontales. «Se las descubría, añade Bac, como las violetas. Se les enseñaba a caminar, a comer, a hablar, a todo lo que no sabían – a bailar, a vestirse. En definitiva, ellas debían tener un poco de espíritu y no confundir Manon con Madame Pompadour. Una vez salida de la sombra y convertida en una notabilidad parisina,

se llamaba a esta violeta Condesa de Belgranito o baronesa Montefiora.»

Tal era el medio que frecuentaba Bel-Ami.

*Bel-Ami* es el periodismo financiero de 1885. La prensa se reconoció allí enseguida y las vacaciones que se tomó el autor en Catania, Sicilia, después de la aparición de su libro, fueron turbadas por los clamores de un ofendido gremio periodístico, furioso de verse maltratado por un colega ya en pleno éxito. Maupassant respondió enseguida (*Le Gaulois*, 1 de junio de 1885: «¿Es Bel-Ami en realidad periodista? No. Yo lo tomo en el momento en el que se va a hacer escudero en un tejemaneje... Desde las primeras líneas muestro que se tiene ante sí una semilla de bribón que va a plantarse en el mismo terreno donde caerá. Ese terreno es un periódico.»

Y Maupassant añade:

«Convertido en periodista por azar, Bel-Ami se ha servido de la prensa como un ladrón se sirve de una escalera... Parece haberse creído que he querido hacer un proceso a toda la prensa parisina... ¡Es tan ridículo que la verdad no entiendo que mosca ha picado a mis colegas!»

Pero fijándonos, allí están todos. Solamente Bel-Ami tal vez sea la excepción. En cuanto a los demás personajes masculinos, constituyen todo el equipo de cualquier *Calrivarío*, de cualquier *Grelot* (elijo estos nombres al azar y sin ninguna intención ofensiva hacia los sobrevivientes, si es que quedan) que Maupassant encontraba en el Napolitain y que englobaba a todos los tipos, desde los auténticos periodistas, como Norbert de Varenne o Jacques

Rival hasta los bribones de imprenta, a los tiradores de pistola profesionales y a los especiales vagabundos de «esa inmensa república en la que se encuentra de todo, en la que se puede hacer de todo.»

Uno lamenta que Maupassant, que ha frecuentado a Franconi hijo y a Molier, no haya introducido a Bel-Ami en esos ambientes deportivos de 1885 que tan mal conocemos, últimos vestigios del segundo Imperio, el de las veladas de circo en traje de etiqueta.

Él iba a arrancar a la crónica y hacer entrar en la novela a los primeros wagnerianos, los primeros divorciados, los últimos grandes actores, las bellas asistentes a los cursos de Caro en la Sorbona, los elegantes de los casinos (en traje de etiqueta), los asiduos del martes al Teatro Francés del Sr. Perrin, los del viernes de la Ópera del Sr. Vaucorbeil, los del sábado de la Ópera Cómica del Sr. Carvalho, los abonados de anteojos, jóvenes y viejos. Esperamos de él, en vano, pero eternamente, a los apostadores, los morfinómanos, los pintores del Círculo, los adolescentes con sus zapatos puntiagudos, enguantados en la mano izquierda solamente, embutidos en unos pantalones estrechos, las patillas cortas, agarrando su bastón por el extremo y caminando con los brazos abiertos, para dejarse caer en los Mirlitons, en la Cremerie en casa de Molier. 1880-1885 son precisamente los bellos años de los aficionados al circo de salón o *circomans*. Qué precio tendrían para nosotros las novelas de Maupassant si pudiésemos ver como el conde Emmanuel de Sainte-Aldegonde hacía acrobacias

con el trapecio, el conde Hubert de La Rochefoucauld excentricidades ecuestres, el duque Féry d'Esclands exhibiéndose sin silla de montar, el conde de Beauregard, el Sr. Loyal o aún al Sr. de Sainte-Marie llevando un cerdo ante sus iguales, el príncipe Troubetzkoi, el príncipe de Sagan, el príncipe de Chimay, el conde d'Osmond, frente a un parterre donde, por primera vez las grandes damas conducen a sus hijas, la princesa de Léon, la princesa Brancovan, la condesa de Pourtalès, la baronesa Alphose casi mezcladas con las bailarinas de la Ópera, con las horizontales famosas, Fanchette Dupin, Marie de Mauroy, Éluie Voltaire y Cora Pearl, bajo los ojos de los redactores del *Jockey*, del *Caliron*, del *Fin de siècle*, del *Paris-Journal*, del *Boulevardier*, del *Gil Blas* y de la *Gaudriole*, en el gran furor de la izquierda radical vituperando «a esa aristocracia convertida en gladiadores y funámbulos», Es a Drumont a donde nos dirigimos para asistir al baile de los animales de la princesa de Sagan. («Se piensa en esas últimas horas de 1792, en las que, después del 10 de agosto, e incluso tras las masacres de septiembre, se representaban las piezas de Florian y la comedia de sociedad en algunos castillos ocultos entre el verdor del campo. Estaban tan bien entre sí, que se quería cerrar el reino a los trágicos rumores...») Es a Rochefort, a Goncourt, a Daudet, a Barrès, a Ferdinand Bac, a quienes pedimos que hagan revivir ante nosotros a los personajes singulares de la joven República, el declive del mariscal, los motines del barrio Latino, los cafés de los terroristas rusos, los cotilleos de Magnard, los absentas de los decadentes, las bromas

de los Incoherentes, los últimos temores de Aresene Houssaye, los escándalos de Grévy, los agentes políticos en falda de Gambetta, las manifestaciones contra Ferry, el advenimiento de Carnot. Menos alto que Balzac, menos bajo que Eugene Sue, Maupassant estaba situado mejor que cualquiera para pintar esos ambientes, hoy históricos. No pudo, o no quiso hacerlo: ¡qué irreparable pérdida!

Maupassant ha cometido también el error de no introducirse en la alta galantería, los domicilios de las actrices, el mundo del juego, los círculos sórdidos: era la curva lógica de su talento, habría allí sido más original que en la pintura de los grandes salones burgueses, Maupassant podía haber sido el Lautrec del barrio Marbeuf, el Degas de esos entresijos, de esas timbas, de esas caballerizas. Pasó de lado, prefiriendo ser el Béraud del barrio Malesherbes y el Gervex de los palacetes de la plaza de la Estrella.

Maupassant atraviesa las salas de redacción del mismo modo que pasa por la Administración, buscando allí su pasto, haciendo mil esbozos según su naturaleza, pero con la idea fija de salir cuando pudiese, de evadirse hacia el sol y hacia el mar. Y, gracias al éxito y a la magia de los derechos de autor, he aquí que Bel-Ami, triste personaje de un París fétido de absenta y tabaco, se transforma de pronto en un yate.

Es, en efecto, el nombre de su protagonista con el que Maupassant bautiza al bonito ketch, amarrado en el golfo Juan, que acaba de comprar y sobre el que marcha, olvidándose de todo, salvo de que va a llevarlo, huyendo de un París que ama y odia, en la

búsqueda de una felicidad en la que no cree. Así él pasa de lo innoble a lo noble y, si me atrevo a decirlo, de chulo al mar; del Bel-Ami periodista al Bel-Ami barco. Bel-Ami es un hombre, es decir para los naturalistas un crápula; pero también es un velero de dos mástiles y tres blancas velas, «bonito como un pájaro, pequeño como un nido», el último amigo de este escritor que tuvo tan pocos.

La muerte de Flaubert ha descuidado y más tarde roto los lazos de camaradería literaria que Maupassant tenía, pero es sobre todo su éxito quién lo aleja de sus viejos amigos. Evita el café y la buena cerveza. Hace raras apariciones en Auteuil, en casa de Goncourt («El maestro tiene ese aire altivo y benevolente...»), escribe Maupassant; léase malevolente...) No frecuenta mucho a Zola. Lo adula en un pequeño libro publicado en 1883, pero su corazón ya no está con él. De sus colaboradores de *las Veladas de Médan*, se ha separado tan radicalmente como de sus compañeros de remo, pues poco a poco ha ido abandonado a sus camaradas de yola y ha comenzado a frecuentar la sociedad mundana. Frecuenta los talleres, haciendo compañía a Bonnat, Guillemet y Gervex, Béraud, Hébert, Duez, Jean-Paul Laurens. (Desde luego hubiese hecho mejor relacionándose con Monet y Cézanne con los que se encontraba en casa de Zola.)

Se le ve poco en el salón literario del editor Charpentier. Va a casa de la Sra. Strauss, pero no a la de la Sra. de Loynes, ni a la de la Sra. Aubernon, ni a la de la Sra. de Caillavet. Admira a la princesa Mathilde, pero se aburre en Saint-Gratien, pues allí se recibe a muchos escritores. Envía artículos a la

revista de la Sra. Adam pero no frecuenta la abadía de Gif, donde, en el taller que domina el valle de Chevreuse, podría encontrarse con Claretie, Bourget, con el joven Pierre Loti (quién llamó a la “Revancha”: Madame Chérie), pues allí se habla demasiado de política. En política, Maupassant, simplista, tiene tres principios, como su burgués de *Los Domingos de un Burgués en París*: *primo*, el gobierno de uno solo es una monstruosidad; *secundo*, el sufragio restringido es una mistificación; *tertio*, el sufragio universal es una estupidez.

Sus amigos de letras son Bourget, Tourgueniev, Alexandre Dumas hijo, Porto-Riche, Lavedan, Hervieu; no le gusta Loti; la creciente gloria del autor de *Ramuntcho* lo exaspera: La Grenouillère envidia al Bósforo. Cuando aparece *Mi hermano Yves*, se burla de ese marino literato. (Son los celos de la yola hacia el acorazado.) Tiene algunos camaradas en las salas de redacción: Aurélien Scholl, el barón de Vaux, Maizeroy, Ginisty; no soporta a los críticos, sobre todo a Sarcey y a A. Wolff; aquellos a los que tiene menos pavor son a Jules Lemaître y Anatole France. Admira a Taine y a Renan, pero son de otra generación.

Estas nuevas relaciones las prodiga en otro marco pues, alcanzada la fortuna, Maupassant cambia de decorado. En 1884 abandona la calle Dulong y va a vivir a un palacete que pertenece a su primo Le Poittevin, en el número 10 de la calle Montchanin. Este cambio de dirección es fundamental: es un gran salto en ese mundo, como

pasar de los Bagtinolles al parque Monceau, el barrio elegante de la época Mac-Mahon.

Guy se rodea de muebles caros y sin criterio, fiel a su gusto y al de su época. Al igual que en *La Guillette*, el estilo del antiguo Ruán y las vajillas normandas visten sus paredes; Guy tiene alfombras de piel de oso blanco y la inevitable cama estilo Enrique II. Ofrece cenas japonesas. También trabaja en un escritorio holandés rodeado de veladores, bajo los ojos semicerrados de un Buda dorado. Tiene pasión por lo sobrecargado, como ocurría con Zola, Loti, France, Lavedan; se rodea de santos policromos, comprados en Italia, marroquinería, portezuelas de Karamanieh, y cubre el piano con sedas, casullas y estolas. «vivienda de chulo caribeño», decía Goncourt. Su cuarto de trabajo resuena todavía con los martillazos del tapicero. Sobre la mesa de su aseo, Tassart nos dice que su señor disponía de cajas de polvos de arroz y frascos de perfumes para recibir (¡oh, Bola de Sebo!) a las mujeres mundanas. Tiene un invernadero con una vidriera, una sala de duchas, cortinas de juncos y perlas que deslumbran a Tassart.

Ese sirviente cocinero es un gran hombre; orgulloso de la notoriedad de su patrón, afectuoso, honrado y discreto... hasta el día en el que publicará su *Diario*, pero si escribe esos recuerdos es por admiración hacia su señor y la sombra de Maupassant no lo haría mejor. Demasiada literatura a veces: «Percibimos Étretat cuyos techos de pizarra se confunden con el aspecto del mar. El pálido sol se asemeja a una luna desamparada, etc.» Nos gustaría más precisión, más detalles a lo Balzac; así, cuando



es contratado por Maupassant, Tassart refiere: «El señor me enumeró sus condiciones, ninguna me gustaba.» Quisieramos saber por qué y cuales eran éstas. Tassart estaba acostumbrado a las mansiones burguesas; el gran mundo le horroriza un poco pero se afana, no estando exento de cierto esnobismo (es raro encontrarlo en los sirvientes). Al igual que Flaubert enseñó a Maupassant a tratar de Alteza Imperial a la princesa Mathilde, Maupassant le enseñará a tratar de Monseñor y no de Señor a tal duque... «Mi señor cena en la ciudad, escribe, en casa de unas *altezas* » En otra ocasión anota: «Vienen a cenar tres hombres y nueve mujeres, *todas condesas.*» Las bromas que Maupassant gastaba en Chatou, y que adaptaba a esta nueva sociedad ociosa, le divertían enormemente. El buen Tassart realiza su educación literaria y artística: pasando ante la villa de Meissonier, retiene lo que le dice Maupassant: «Tassart, he aquí el domicilio de un gran pintor.» Además, Maupassant le explica que «Rioux es un gran maestro en su arte, que *La llegada de Napoleón III a Egipto* y *La inauguración del Canal de Suez* son de él, que Rioux es un gran artista». Con orgullo e ingenuidad, nos repite las conversaciones insignes que tiene con su señor, y es muy gentil de su parte, pero en ocasiones uno no puede reprimir una sonrisa leyendo los diálogos de ese Goethe y ese Eckermann en miniatura.

Unos colegas maledicentes han escrito que, con el éxito, la corona de marqués aparece sobre los platos y en los sombreros de Maupassant. (Goncourt dice que se hacía bordar unas coronas en su ropa interior). Tal vez esas coronas crecerían con el paso

del tiempo, pero desde 1884 posee papel de carta con membrete. El 30 de octubre de 1874, escribe a su madre que está ocupado ojeando viejos papeles de familia. Los antepasados de Maupassant no llevaban título; cuando se es pobre, un título es costoso y molesto; no enriquece más que a los ricos. Pero nada impedía a Maupassant hacerse llamar señor marqués, puesto que tenía unas cartas acreditadas de Francisco I de Austria que databan de mediados del siglo XVIII; (la partícula aparece en su familia hacia 1660). Sin duda no quiere acentuar la nota aristocrática para no ser confundido con esos hombres de letras a los que aborrece (además los detesta, no por qué se sienta superior o inferior a ellos, ni siquiera distinto, más bien lo hace en la medida en que se considera un auténtico hombre de letras.)

Sin esfuerzo es llevado en volandas por su éxito, hacia «esa refinada sociedad parisina en la que no se conoce otra ocupación que la de amar», escribe Bourget, a quién Maupassant impresiona. No frecuenta más que a aquellos de sus colegas que llevan su mismo estilo de vida, pero conserva el contacto con los grandes nombres de la literatura para quién «Guy» siempre permanecerá siendo un joven amable, sin más.

Cuida mucho su relación con Daudet, quién siempre será su modelo. Nunca deja de acusar recepción de los libros que el autor de *Sapho* le envía. Si en ocasiones, no estando libre, se ve obligado a rechazar las invitaciones de la Sra. Daudet, es con gran proliferación de excusas y rogándole que no lo olvide la próxima vez.

Como se ve, si Maupassant frecuentaba ese mundo, despreciando a sus asiduos, es que buscaba en él a sus iguales, pero detestando todavía más las conversaciones literarias que la compañía de los mundanos. En realidad Maupassant tenía dos complejos de inferioridad: uno respecto a esos elegantes hombres de esos ambientes en los que él no quería frecuentar más que al elemento femenino, porque padecía por no haber sido educado como ellos, de no poder tutearlos, de no pertenecer a sus círculos, de no tener su tren de vida, etc.; el otro de cara a los intelectuales ante los que se sentía cohibido por su escasa cultura, su torpeza en manejar las ideas generales o su falta de espíritu de réplica o ironía malévolas. Finalmente optará por lo mundano porque es la solución más fácil, pero nunca lo perdonará. «Oliver Bertin, escribe de uno de sus héroes que se le parece como un hermano, que frecuentaba ese mundo por la gloria y no por el corazón, se dejaba ver por vanidad, y se mostraba ante bellas damas solícitas.»

Físicamente Maupassant es bajo, o al menos de estatura mediana, parece bajo, pues tiene la cabeza grande y el busto un poco largo («Está mejor sentado que de pie», nos dice una admiradora), con una musculatura de atleta, tan desarrollada que cierto día un luchador lo tomó por un colega. Bajo el sombrero de copa, «unos abundantes cabellos, bien peinados, ligeramente rizados, dice su amigo Léon Fontaine, una nariz fina de perro de caza que olfatea y husmea, el bigote castaño emergiendo encima de unos sensuales labios, el mentón corto de los enérgicos» y unos magníficos ojos topacio tostado

(los párpados desgraciadamente enrojecidos), la mirada acariciadora, la boca rosada y golosa. A pesar de su reserva, tiene aspecto de decirse: «Soy joven, bien plantado, amo y soy amado, mi país me estima; ¿qué más puedo pedir?» No se da lástima más que con las mujeres. «Un típico físico del segundo Imperio, observa Abel Hermant en un penetrante estudio (tan penetrante, tan clarividente que el editor renuncia a publicarlo con las obras completas de Maupassant que éste debía prologar), hombros cuadrados, cuello hundido en los hombros, gestos de luchador o de albañil, un modo de llevar la cabeza hacia adelante en el que se lee decisión e iniciativa, aspecto de morirse súbitamente tras haber vivido íntegramente durante tiempo.» (*El Renacimiento latino*, marzo de 1904). Cuida su forma de vestir. Se dice, en los contubernios literarios, que su sastre le ha sido recomendado por Bourget. En todo caso es ese mismo sastre quién recomienda a Tassart. Todas las noches viste con traje, con guantes blancos, una moda que no sobreviviría a la siguiente guerra. Da lecciones de elegancia a Zola que le pregunta si debe ponerse un traje para ir a una inauguración: «En ningún caso, el traje durante el día.» Cuida su ropa interior. (Damos todos estos detalles por pintorescos, no por escarnio, pues es natural que un hombre que fue pobre tenga sus pequeñas satisfacciones).

¿Cuál era ese mundo elegante que había adoptado Maupassant?

«Creo que se podía datar en los años 80 el principio del cosmopolitismo parisino judío, barrios Saint-Germain y Saint-Honoré, las altas finanzas»,

me decía Jacques-Émile Blanche, experto muy preciso de un pasado parisino que ha descrito admirablemente en *Aymeris*, ese importante documento.

Los salones judíos ejercieron, desde 1880 hasta 1914, una gran influencia sobre los literatos franceses; allí se frecuentaban todos los mundos y fue allí como los escritores encontraban a los aristócratas que no habrían podido ver de otro modo. Antes que el Arrabal, la Encrucijada: judíos de rango o judíos recientemente importados, grandes comerciantes, abogados, directores de periódicos, anticuarios, israelitas polacos, holandeses, generalmente rusos y algunos judíos levantinos que frecuentan lo menos posible las tres o cuatro primeras familias judías de París; habiendo adquirido desde el segundo Imperio derechos de ciudadanos, aquellos mantienen sobre sus correligionarios tres cuartos de siglo de ventaja mundana, los Rothschild, los Camondo, los Péreire, los Fould. «Los escritores de la época, escribe Albert Thibaudet en sus *Reflexiones sobre la literatura*, estaban muy lejos de poseer en ese ambiente la situación a la que llegaron después. Entran sobre todo por los salones israelitas o grandes burgueses extranjeros», lo que aprovechan a veces poniendo en buen lugar a sus anfitriones en sus novelas (ver el director del periódico judío en *Bel-Ami*, el salón de su esposa, Sra. Walter y el negociante Andermatt de *Mont-Oriol*).

«Guy era una celebridad de Chatou y de su restaurante Contesenne», escribió Jean Lorrain que siempre envidió y odió a su colega. «Lo encontraba

en casa de la Sra. Commanville, *hasta que la abandonó por la alta sociedad israelita.*»

Esta sociedad nombraba y cesaba ministros y académicos, a principios de esta III República que fue el reino del dinero, donde el tono de la sociedad parisina fue dado por algunos «inquietos extranjeros» y donde comienza un mestizaje tal y como no han conocido ni Inglaterra, ni Alemania, ni incluso América.

Es el París febril, furioso, bigotudo y escabroso de los partidarios del general Boulanger; «Paris-Sodoma», escribe, en *Dégénérescence*, el ensayista Max Nordau quién ve en Francia a la gran responsable del crepúsculo de fin de siglo. Paulus canta *En revenant d'la r'vue* y J.-B. Clément compone *El Tiempo de las cerezas*. Los retratos del general están en todas las tiendas; los novelistas que tienen sentimiento, los periodistas que tienen olfato siguen en este asunto a las mujeres, totalmente sospechosas de histeria, desde Charcot. Es la época en la que Massenet estrena *Esclarmonde*, en la que Coquelin recita monólogos, en la que Caran d'Ache muestra sus caricaturas sobre el ejército alemán, en la que Marcel Prévost publica su primera novela, en la que Forain ilustra *La Vida parisina*. Panamá estalla; el barón de Reinacha se suicida; Cornélius Herz se hunde.

La Francia de 1885 es la nueva Sión. «A la raza judía le ha llegado la hora de la venganza, escribe Maupassant. Raza oprimida como el pueblo francés antes de la Revolución y que ahora iba a oprimir a los demás por el poder del oro» (*Mont-Oriol*). El movimiento en torno al general Boulanger

y Panamá son los primeros hipos de una futura indigestión. París no es más que una capital cerebral, diplomática y bancaria que Drumont nos muestra en manos de los orientales: Blowitz, el corresponsal del *Times*, un checo naturalizado, hace y deshace en los ministerios; Arthur Meyer acapara la prensa de derechas; Koenig el teatro; Sarah Bernhardt, Worms, Reichemberg, la escena; Albert Wolff la crítica; Léon Blum, Lucien Muhlfeld y los hermanos Natanson lideran la intelectualidad; la baronesa James, la baronesa Alphonse, la baronesa Salomon van a establecer una alianza entre el barrio Saint-Germain y el barrio Saint-Honoré.

«Oigo muy bien en su cabeza (dice Maupassant hablando de Andermatt), el mismo ruido que en la sala de Monte-Carlo, un ruido de oro en movimiento, golpeado, arrastrado, rascado, perdido, ganado...»

Sobre ese París cautivo en sus cadenas doradas comienza a levantarse el más alto monumento del mundo: se debe al Sr. Eiffel.

«Obra maestra de la metalurgia y verdadera joya artística», la torre será hermosa durante las noches de luna en las que su carcasa se volverá más vaporosa que un vestido de organdí; por la mañana, hundirá su punta en los edredones de niebla bajo los que duerme París; al anochecer, a la claridad de los fuegos artificiales de la Exposición, tomará un aspecto infernal. Se lanzarán salvas de cañón dos veces al día desde la última plataforma. Cinco mil personas podrán subir a la vez. Los malos poetas, Jean Rameau a la cabeza, cantarán a esta nueva hada:

<i>Eiffel, sois triomphant          Ton chef-d'oeuvre superbe, immense,          Dépense l'audace y la science.          Les peuples viendront tour a tour          Acclamer Eiffel et sa tour</i>		<i>Eiffel, sois un triunfador          Tu obra maestra enorme,          inmensa,          Derrocha audacia y ciencia.          Los pueblos vendrán por turno          A aclamar a Eiffel y a su torre.</i>
--	--	--

Los auténticos parisinos están consternados. Aun no está finalizado su primer piso, cuando ya su masa industrial viene a rebanar el cielo, implantar algo sólido en la plaza abierta, ángulos allí donde no había más que luz, espacio, fluidez. Ruskin lo había definido bien, ¡el ingeniero superará al arquitecto! Los artistas se indignan; redactan un manifiesto que Maupassant firmará. En una carta dirigida a Alphand, director de la Exposición de 1889 y publicada en *Le Temps* del 14 de febrero de 1887, Maupassant y sus colegas, Meissonier, Gounod, Sardou, Paileron, Coppée, Leconte de Lisle, Sully Prudhomme, protestan: «Durante veinte años veremos alargarse como una mancha de tinta odiosa la odiosa sombra de la odiosa columna de hierros retorcidos... El París de Jean Goujon, Germain Pilon, Puget, se ha convertido en el París del Sr. Eiffel.»

Pero el manifiesto es letra muerta; puesto que la torre hace oídos sordos a su protesta, Maupassant le cederá el lugar: «¡Cochero, a la estación de Lyon!»

Comienza *La Vida errante*.

«He abandonado París e incluso Francia porque la torre Eiffel acababa de irritarme demasiado.» Y Maupassant le arroja esta última invectiva:



La torre, alta y flaca pirámide de escaleras de hierro, esqueleto horroroso y gigante cuya base parece hecha para llevar un formidable monumento de cíclope y que remata en un ridículo y delgado perfil de chimenea de fábrica...

Él ve allí el emblema de una nueva civilización que le disgusta: «El devenir del espíritu se encauza entre dos murallas que jamás se franquearán: la industria y el mercantilismo.» Puesto que el Sr. Eiffel le toma su cielo, Maupassant irá en la búsqueda de otro, a bordo de su barco, en la necesidad y el horror de estar solo.

Tan pronto parte, juzga ese mundo que abandona con una desdeñosa severidad.

«¿Qué hago?, escribía a la condesa Potocka, me aburro. Me aburro de un modo ininterrumpido. Todo me hastía, las personas que veo y los sucesos semejantes que se suceden. Poco espíritu en el mundo que se hace llamar elegante y poca inteligencia, poco de todo. Un apellido que suene y dinero no bastan. Esas personas me producen el efecto de pinturas detestables en marcos relucientes.

«[...] Pero declaro a la princesa Mathilde, un fenómeno de buen gusto y de elocuencia, y de bondad, al lado de la duquesa de Chartres (solo la primera, es cierto, recibía a Maupassant).

«Cuando se ve de cerca el sufragio universal y las personas que nos proporciona, uno tiene ganas de ametrallar al pueblo y de guillotinar a sus representantes. Pero cuando se ve de cerca a los príncipes que podrían gobernarnos, uno se convierte

simplemente en anarquista.» (De momento, Maupassant se contentaría con bombardear con claveles al duque de Chartres en la batalla de flores de Cannes. Ver Tassart)... ¡Oh! jamás seré cortesano. ¿Sabe usted que rara sensación nos producen esos *grandes*. Un sentimiento de orgullo excesivo que yo no conocía. Me parece que soy el príncipe y que charlo con un tropel de niños a quienes todavía no han enseñado la Historia Sagrada... Y cuando pienso que el príncipe de Gales... es inferior al de Orleáns, el rey de España y el emperador de Rusia inferiores al príncipe de Gales, y el rey de Italia todavía inferior a éstos, me vuelvo idiota de asombro ante la organización de las sociedades humanas.»

Afortunadamente el *Bel-Ami* está aquí. Desde que París está frío, la calle negra («En las calles, me siento en prisión»), la acera convertida en una mina de plomo, desde que las amas de casas insistentes, los jóvenes colegas emprendedores, los amantes pegajosos y los directores de periódicos exigentes la acribillan, Maupassant telegrafía a Bernard y a Raymond, sus dos marinos, y al día siguiente, el ketch, totalmente preparado, espera a su patrón en la rada del golfo Juan, zarpando tan pronto como éste desciende del expreso de París.

Pero abandonar París para ir a Cannes, es como caer de Charybde en Scylla. Los viajes de Maupassant en busca de soledad hacen pensar en la huida del protagonista de *Nuestro Corazón* cuando toma la resolución, después de un amor desgraciado, de poner el universo entre él y su amante: «Me voy, miserable y pobre. No tengo nada en el mundo

excepto un pensamiento cruel atado a mí y que debo acallar. Es lo que voy a tratar de hacer.» Marcha sin regresar; helo aquí en camino: «Mariolle sube en el coche que lo esperaba ante su puerta, con un bolso de viaje y dos baúles en la baca. Había hecho preparar durante la noche, por su mayordomo, su ropa blanca y los objetos necesarios para una larga ausencia. Y se va.» Y se va dando como última dirección... ¡Fontainebleau!

Al igual que Mariolle, Maupassant va a retirarse del siglo en Saint-Tropez y a hundirse en los Sardinieux en la poesía de lo desconocido. Apenas llega a la costa cuando se encuentra en medio de los mismos parisinos de los que huía la víspera; temía a los mundanos y éstos están naturalmente en el tren, con él, puesto que se ha convertido en uno de ellos y vive como ellos. Donde queda el tiempo (1884) en el que Maupassant descubriendo Cannes decía a Goncourt: «¡Es un lugar maravilloso para documentarse respecto a la vida elegante!» En esa época, asistiendo a esas reuniones pero sin pertenecer a ese ambiente, podía conservar la distancia necesaria para el artista.

El 2 de marzo de 1886, escribe a la Sra. Lecomte du Noüy: «[...] Cannes es un cortijo de reyes. Nada más que hay altezas. Yo no puedo encontrarme con un príncipe.» Los llama «derribados» (¿entonces, por qué habitar la Costa Azul?). Mal que le pese, aquí lo encontramos entre aquellos a los que Jean Lorrain ha celebrado complacientemente, «los príncipes rusos cubiertos de joyas, sentados sobre sus tumbonas y haciéndose servir por unos descargadores tatuados».

Maupassant confiesa que tiene ganas de plasmar a los mundanos en un libro, pero no se atreve, por miedo a que se le cierren las puertas de los salones. (Este temor ha detenido a otros antes que a él; para un novelista que frecuenta ese ambiente, la independencia de espíritu tiene sus límites) «Es tan peligroso, escribirá con gracia Maupassant, para las personas mundanas mimar y atraer a los novelistas como lo sería para un vendedor de harina criar ratas en su almacén.»

Aunque se haga alarde de despreciar los honores, nunca se desprecian absolutamente todos, y Proust nos ha enseñado que los menos vanidosos tienen también sus rincones de esnobismo, declarado u oculto. Maupassant dijo un día, y esta frase es a menudo citada como testimonio de su independencia de carácter, que tres cosas desacreditan a un hombre de letras: ser condecorado, escribir en *La Revue de Deux Mondes* y presentar su candidatura a la Academia. ¿Quién no ha hecho esos juramentos? Veamos como Maupassant no los ha mantenido. El 5 de enero de 1880, escribe a Flaubert: «Mi ministro acaba de nombrarme oficial de Academia lo que no me ha emocionado»; pero no ha rechazado, que se sepa, la banda violeta; en otra ocasión, eso sí que lo emocionaba, era el no haber recibido la medalla de salvamento que desea toda su vida; (¿fue porque, fiel a su misantropía, no salvó más que a dos vivos, de entre un gran número de ahogados?). Si no quiere la Legión de honor, no es por modestia, sino por orgullo: «No admito la jerarquía oficial en las letras... los grados conforman una escala de méritos demasiado fantástica.» En Roma, Maupassant decía

a Ludovic Halévy, delante de Marcel Prévost y Primoli, que él jamás sería de la Academia («aunque cada vez más las elecciones de académicos se hacen fuera de la literatura»), pero lo aplazaba («Más adelante, quién sabe... de todos modos... académico a los treinta años...») Si Maupassant hubiese vivido, hubiese sido académico antes de 1895. En cuanto a la «deshonrosa» *Revue des Deux Mondes* (a la que había enviado, en 1887, según nos dice su madre, unos versos que fueron rechazados), el 15 de mayo de 1890 Maupassant publicaba allí *Nuestro Corazón* con un contrato anual de veinticuatro mil quinientos francos (más de trescientos mil francos de hoy). La verdadera dignidad consistiría quizás en hacer como todo el mundo.

Volvamos al Maupassant harto de París y de sus placeres; esta nota de desencanto aparecía temprano en su vida. Apenas había superado la treintena cuando ya comenzaba a perder su ánimo. Desde abril de 1884 escribe a una dama: «No tengo ni dos centavos de poesía y paso los dos tercios de mi tiempo aburriéndome profundamente. Ocupo el tercio restante escribiendo unas líneas que vendo lo más caro posible lamentando el estar obligado a ejercer este abominable oficio.» Maupassant no sabría estar ocioso, enseguida zozobraría en la neurastenia; no olvidemos que vive en una época de bonanza y plenitud en la que el aburrimiento era un mal real y constituía un verdadero peligro, lo que nosotros apenas podemos imaginar; hoy nosotros somos pobres y, como los pobres, trabajamos o dormimos, pero no nos aburrimos.

«Nunca en mi vida he encontrado en el trabajo un goce», escribe. Es más sincero cuando afirma que no le gusta escribir. De entrada porque todos los escritores tienen esas etapas de desencanto y de humor, pero sobre todo porque siente una profunda lasitud que hace que la pluma le caiga de las manos.

Cuando sufría demasiado, como París se le hacía insoportable, encontraba su equilibrio partiendo hacia el mar, hacia Étretat o navegando en el *Bel-Ami*. Su pesimismo, su gusto por la soledad, su independencia, se acomodaban cada vez más en el alejamiento, aunque él nunca se hizo demasiadas ilusiones con la eficacia de ese remedio: «Es yendo lejos, había dicho en los primeros párrafos de *Las hermanas Rondoli*, cuando se comprende que todo está próximo, corto y vacío. Es buscando lo desconocido cuando se percibe lo mediocre que es todo y lo pronto que acaba.»

Sin embargo viajaba mucho. «¿Dónde está Maupassant? De viaje, naturalmente», dicen todos sus contemporáneos.

En 1881 visita Argelia, en 1882 Bretaña, en 1885 Italia y Sicilia; luego de nuevo Argelia en 1887 y 1889. Inglaterra en 1890, y, para acabar, los Pirineos. Eso nos ha proporcionado tres libros de viajes: *Al sol*, 1884; *Sobre el agua*, 1888; *La Vida errante*, 1890.

Después de Fromentin, Gautier, los dos Goncourt, después de Flaubert, Xavier Marmier, Ernest Feydeau y Daudet, Maupassant dice a sus lectores parisinos lo que piensa de África. Descripciones demasiado apresuradas, visiones ficticias; «se conforma con lo que se decía en las

mesas del anfitrión», escribe Ch. Tailliar, autor de una tesis excelente sobre *Argelia en la literatura*, haciendo una razonable excepción con una hermosa página de *Allouma*, sobre el misterio en el que se refugia el pensamiento indígena.

Hasta 1845, los franceses habían ignorado completamente África de Norte. Las numerosas memorias y las preciosas monografías de los sabios y de los oficiales de los cuerpos expedicionarios que, más tarde, la dieron a conocer, todavía no habían hecho acto de presencia. Cuando Maupassant desembarca en Argel, se finaliza la ocupación de los territorios del Sur; Biskra y Aïn-Sefra forman el límite meridional de nuestro nuevo imperio. (La ocupación de El-Goléa y de In-Salah data de 1890, un poco posterior a los primeros acuerdos con Inglaterra sobre las zonas de influencia.) Habría allí por tanto paisajes nuevos, unas vidas saharauis dignas de una pluma más interrogadora que la de Maupassant: el desierto, los nómadas, el país de la sed, los senderos poco seguros donde se atascan las diligencias, la vida bajo la tienda, las heroicas existencias de los colonos militares, los dramas del agua en los oasis. Pero Maupassant se contenta con describirnos la belleza de las noches sobre las terrazas, el tumulto de las fantasías, los encuentros en el café moro, los misterios de la kasbah, los carruseles donde roban los albornoces, todos los inevitables tópicos de los guías europeos y de los intérpretes judíos, que encontraremos un poco más tarde en Jean Lorrain y en Paul Margueritte.

*Al sol* describe Argelia, una Argelia de postal de la estación de Lyon. El escritor se había

embarcado para Argel el 6 de julio de 1881; algunos días más tarde llegaba a la «blanca ciudad bajo la deslumbrante luz» y podía contemplar allí al judío en estado puro; lo describe en un cuadro a lo Delacroix que haría rugir de gusto a Drumont: «Se le ve en cuclillas en unos cubiles inmundos, hinchado de grasa y acechando al árabe como la araña acecha a la mosca... El judío es el amo de todo el sur de Argelia.» *Al sol* es el cuadro bastante banal de una Argelia de Rochegrosse y de Guillaumet, con danzas del vientre al claro de luna, cantinela sobre el alma del desierto, reflexiones críticas sobre la colonización, visitas a los baños turcos, consideraciones sobre la pederastia, páginas documentales sobre el mechuí o cordero asado, los escorpiones, la hormiga león, algunas líneas estremecedoras sobre el aliento próximo de los chacales, y bajo el ruido de los brazaletes de plata de las Ouled Naïl, algunas meditaciones sobre la inanidad del esfuerzo y la monotonía de la vida. El único episodio divertido del libro es el encuentro de Maupassant con Jules Lemaître, entonces profesor en Argel, que, fuera de París, no había leído todavía *Bola de Sebo*. Maupassant admira con razón *Un verano en el Sahara*, pero Fromentin no admiró *Al sol*.

Definiendo *Sobre el agua*, Maupassant había escrito: «Ninguna historia, ninguna aventura interesante... simplemente pensamientos.» Maupassant piensa, en efecto, con mucha sencillez. Ese no es el diario de un pesimista, sino las reflexiones de un hipocondríaco. Aversión al prójimo, a las multitudes, a la civilización, horror a



la guerra; «dado que los gobiernos se toman el derecho de muerte sobre los pueblos, no hay nada de asombroso que los pueblos se hagan a veces acreedores al derecho de muerte sobre los gobiernos»; horror a la eterna estupidez humana (herencia flaubertiana).

Escucha la «voz que clama sin fin en nuestra alma y nos reprocha continua, oscura y dolorosamente, torturante, acosadora, desconocida, inapacible, inolvidable, feroz, que nos reprocha todo lo que hemos hecho y al mismo tiempo todo lo que no hemos hecho, la voz de los vagos remordimientos, de los lamentos sin solución, de los días acabados, de las mujeres que tal vez nos habrían amado, las cosas desaparecidas, las vanas alegrías, las esperanzas muertas; la voz de lo que pasa, de lo que huye, de lo que confunde, de lo que desaparece, de lo que no hemos alcanzado, de lo que no alcanzaremos nunca, la débil voz que clama el fracaso de la vida, lo inútil del esfuerzo, la impotencia del espíritu y la debilidad de la carne.

«Ella me decía en ese corto murmullo, siempre recomenzando tras los taciturnos silencios de la noche profunda, me decía todo lo que yo habría amado, lo que había confusamente deseado, esperado, soñado, todo lo que hubiese querido ver, comprender, saber, probar, todo lo que mi insaciable, pobre y débil espíritu habría rozado una inútil esperanza, todos esos versos que había intentado levantar, sin poder romper la cadena de ignorancia que lo mantenía.

« ¡Ah! he probado todo sin gozar de nada. Me habría hecho falta la vitalidad de una raza entera, la

inteligencia diversa repartida entre todos los seres, todas las facultades, todas las fuerzas, y mil existencias en reserva, pues llevo en mi todos los apetitos y todas las curiosidades, y estoy confinado a mirar todo sin tomar nada.»

Esta voz muy bella, de un tardío romanticismo, se eleva en el declive de una vida sin serenidad, sin armonía interior.

*Sobre el agua* quedará como todo lo que en Maupassant se refiere al agua. Su futuro está en el agua; en el agua confía su obra como la madre de Moises confiaba su hijo al Nilo.

Ha pasado la estación de la savia. Maupassant ya no dará pronto más que algunas flores tardías, como esos viejos manzanos normandos que no se deciden a florecer más que en julio, habiendo perdido confianza en la primavera.

Los reporteros parisinos han quedado deslumbrados con el «yate de Guy». En realidad el *Bel-Ami* era un pequeño barco de veinte toneladas de un modelo corriente, construido como el mismo Maupassant para el Norte y que se encuentra incómodo en ese mar demasiado salado que corroe su casco.

Fiel a sus deseos de infancia, Maupassant, convertido en rico, no se priva de nada para su barco; Tassart nos refiere que su señor hizo traer de la casa Livton, la más especializada de toda Inglaterra, un magnífico velamen, fuerte en foques. (Antaño su yola, *La Hoja al Revés*, no costaba a Maupassant más que ¡ochenta y seis francos anuales!)

Al principio de *la Vida Errante*, vemos deslizarse al *Bel-Ami*: «Completamente blanco, con un hilo dorado que le rodea como un débil bramante en un costado de cisne. Sus velas, de tela fina y nueva, bajo el sol de agosto que despide llamas sobre las aguas...

«Sus tres foques vuelan hacia delante, triángulos ligeros que redondea el soplo del viento, y la gran mesana permanece mullida, bajo la flecha aguda que dirige al cielo su brillante punta, a dieciocho metros sobre el puente. En la parte de popa, la última vela, la latina, parece estar durmiendo.»

Sus periplos rara vez van más allá de la Costa Azul. *Sobre el agua* nos muestra como una primera jornada de navegación lleva a Maupassant desde el golfo Juan... a Cannes. Otro día trata de ir por mar a Tanger y a Sevilla pero no puede salir del golfo de Lion. Esta vez saliendo de Cannes, llega hasta Saint-Raphael y regresa para dormir en Agay. En todo caso, eso es suficiente para asombrar a los cronistas locales y a sus colegas de París. Llegando hasta Gênes, este hijo de vikingos no pasa de Pisa y, desde allí, toma el ferrocarril para continuar por el sur, hacia Tunicia.

Pero no son viajes lo ese gran enfermo necesita, sino el balanceo de las olas. Aristócrata que detesta «las prisas, las agitaciones de masas humanas, el sudor, el polvo y la exterminación de las excursiones a pie», habiendo levado anclas y satisfecho de estar solo sobre las olas, Maupassant puede prestar oídos a armonías más sutiles: presiente eso que podría decirse flexible, incoherente,

armoniosamente secreto, eso que Verlaine y Debussy obtuvieron del mar, de la niebla, del amor; pero él sabe que nunca lo dirá. No tiene salud, ni tiempo, ni sobre todo esa fuerza de corazón que aproxima al verdadero artista a los demás seres, que le permite, si sufre, no sufrir solo. Desde luego su sufrimiento va a refinarlo, pero la forma suprema para expresar ese tormento le faltará siempre: Maupassant sabe poco, lee poco, comprende poco, no está dotado para la poesía, está hecho una figura impasible, todas ellas razones que le impedirán ampliar su estilo, crear relatos y misericordiosas comunicaciones entre él y el público por una parte, entre él y la belleza por otra. Padece oscuramente, pero la suerte está echada; llegará al final de su vida, con algunas recetas que le ha proporcionado Flaubert, sin haber amado a nada más que a sí mismo, sin haber puesto a nadie sobre él, ni a Dios, al que ha eliminado de sus papeles, ni a la humanidad a la que tiene horror y por la que siente una profunda piedad, ni incluso su arte del que duda: «Soy incapaz de amar mi arte, no puedo evitar despreciar el pensamiento en tanto débil e incompleto que resulta; poseo, de un modo penetrante e irremediable, la noción de la impotencia humana...» También, falto de expresiones, se vuelve hacia los poetas maestros en su estilo: «No podía dormir y me preguntaba como un poeta modernista de la llamada escuela simbolista, habría expresado la confusa vibración nerviosa de la que acabo de verme afectado.»

Tiene tal necesidad de que alguien exprese por él lo inexpresable que recurre a Baudelaire, a

Rimbaud del que cita el soneto sobre los colores; una vaga impresión lo atenaza bajo la luz: «Tengo por momentos esas especies de resplandores de espíritu que hacen creer durante un segundo que voy a descubrir el divino secreto de las cosas; luego la ventana se cierra. Se acabó.»

No encuentra su inspiración más que hablando del agua, simplemente. Compondrá bellas páginas descubriendo esas músicas que, ante San Remo, llegan sobre las olas hasta el *Bel-Ami*. Como marino conoce y canta la belleza de la hora indecisa, el juego de las nubes, los giros del viento, las bonanzas: «El inmenso techo de nubes, demasiado débil, cede, se pliega, se hunde y se rompe bajo una enorme presión de luz.» El agua le proporciona alegría. El agua es como el tema de toda su existencia: Nació a orillas de la Mancha; murió en Passy, frente al Sena. Su destino literario vio el día en Croisset, a orillas de ese mismo Sena. Joven poeta, sus versos cantan el agua, con la inocencia de la rana. Fue en un torrente como entró en ese mundo. El agua lava sus primeros cuentos que parecen unas acuarelas y los paisajes acuáticos pondrán más tarde una refrescante nota en sus novelas más mundanas. El agua vista, el agua sentida, el agua de la zambullida, el agua de las duchas ligeras o la de las duchas de «Charcot» que derribaban un buey. Durante diez años, Maupassant va a correr desde el Mediterráneo a las aguas termales, de la dársena del golfo Juan a la piscina de Aix, desde Luchon a Divonne, desde Plombières a Génova, siempre por el agua, siempre en el agua. Su vida fluctúa como el agua; su carrera literaria es una

especie de navegación costera, de prudente cabotaje a orillas del Océano novelesco que él ha rozado sin dejarse arrastrar nunca hacia las tempestades. Cuando pierde pie, en vísperas de su muerte, sus últimas convulsiones parecen los calambres del nadador sumergido aterido por el frío.

Es interesante constatar que Maupassant, que partía para huir, no solamente de París sino también de las mujeres, sobre todo de las mujeres – amantes exigentes, anfitrionas insistentes, amigas demasiado cariñosas – es sin embargo la mujer quién le proporciona la mayoría de las visiones de sus viajes: («Cambios de tiempo súbitos como un ataque de mujer» [...]«Los ríos de Sicilia exhalan un intenso olor de naranjos en flor, de modo que el estrecho está perfumado como una habitación de mujer...» etc.) En el museo se exalta ante el descubrimiento de la Venus de Siracusa. En Túnez, siempre soñando con las mujeres, el pintor de *La casa Tellier* va tras las souks, haciendo acto de presencia en las casas de citas.

Maupassant y el amor: gran misterio de esta vida tan poco misteriosa. He aquí a un hombre que es nuestro contemporáneo, o casi, del que conocemos la familia, los amigos, los sirvientes, la fortuna, las opiniones, enfermedades, idas y venidas, e incluso el nombre de sus gatos y perros, sobre el que han escrito cientos de hombres, que se ha manifestado en cientos de cartas, y sin embargo nos resulta imposible saber, ni nadie puede decir, si ha amado, a quién, cuanto tiempo, y con que devoción; si ha sido adorado, colmado, celoso, torturado, abandonado. ¿Dónde están sus mensajes de amor?

¿Cómo no han llegado hasta nosotros todas sus galanterías dirigidas a las mujeres mundanas? ¿Qué confidencias ha hecho a sus amigos? ¿En qué se han convertido las mil doscientas cartas (y hasta cinco en un día) que Marie Kann se jactaba de haber recibido de él? ¿O es que simplemente ella presumía? Este hombre constantemente frecuentado por las mujeres, tan bien dotado para atraerlas y hacerlas sufrir, ardiente y huidizo, guasón, brutal y guapo, ¿dónde están sus amantes? ¿No fueron más que criaturas de un día? ¿Y por qué?

Desde luego él mismo se ha explicado; incluso demasiado; nos ha dicho por activa y por pasiva que no quería tener más que relaciones pasajeras, evitar la duración en el amor, huir del matrimonio, vivir solo... pero esas explicaciones no aclaran nada.

Seguramente es de la raza de los amantes (aunque a menudo haya manifestado su horror hacia el adulterio a una hora fija) y no de la de los padres (aunque el tema del hijo siempre le haya obsesionado). El matrimonio le repugna y aprueba la nueva ley Naquet que instituye el divorcio. «El matrimonio es un intercambio de malos humores durante el día y de malos olores durante la noche.» Todo su ser se revela contra la imagen del parto. ¡Qué abominación hacer de la mujer una máquina de gestar! Se aparta de la mujer desde el momento en que ésta ha realizado sus funciones reproductoras. «Me sentía poseído de una profunda piedad, al mismo tiempo que de un vago desprecio por ese reproductor orgulloso e ingenuo que pasaba sus noches haciendo hijos como un conejo en una jaula.» En la mujer física adoraba la Venus, cuyo

sagrado talle debía conservar siempre la pura forma de la esterilidad.

Para él, la soltería es el único estatus posible del hombre (claro está, la soltería sin compromiso). «No conservar más que una mujer me parecería como si un aficionado a las ostras no comiese más que una.» «Nosotros adoramos a la mujer y cuando elegimos una, pasajeramente, se trata de un homenaje que brindamos a una raza entera...» «El deseo satisfecho confiere al amor su más grande valor. La constancia conduce al matrimonio o a la cadena... Nada en la vida me parece más triste y penoso que esas relaciones de larga duración...» (Prólogo a *Aquellas que se atreven* de Maizeroy, 1883.) Desde 1876, escribía a Mendès: «tengo miedo de la más pequeña cadena, venga de una idea o de una mujer» Y Maupassant se burla de esa inquietud afectuosa, de esos celos sospechosos de los seres que se han encontrado y que se creen encadenados el uno al otro porque se han gustado.

¿En esos alejamientos hacia todo lo que en amor pueda conducir a la duración, hay que ver la influencia de su madre? Laure de Maupassant era sin ninguna duda una mujer excepcional; en primer lugar por los dones artísticos que poseía. Me parece que Maupassant heredó de ella su talento de cuentista. Tassart la describe relatando a su criada y a él mismo «las escenas fantásticas de las que había sido testigo durante sus dos años de estancia en Córcega». «A veces ponía tanta impetuosidad en referirnos sus extraordinarias aventuras y a menudo llenas de misterio, que yo sentía estremecimientos recorrerme la espalda.» Tenía un aspecto físico de



hombre, o de viajera inglesa un poco loca. Siempre sola, a pie, con su gran bastón en la mano, había recorrido Córcega e Italia hasta por sus montes más perdidos. Cuando Maupassant estaba falto de inspiración, era a ella a quién pedía temas para sus relatos. Era a la vez delicada, nerviosa, un poco tiránica, intrépida, independiente, resistente a toda prueba. Ella no acaparó a Maupassant, no era una madre posesiva, siempre le dio mucha libertad, nunca exigió su presencia, ni lo mimó. En la pasión por el celibato de Maupassant no hay pues que buscar la influencia materna, ni esa deformación que, a la edad en la que el ser humano es todavía muy moldeable, una madre puede imprimir a su hijo. (Además los hijos de esas madres no se conforman con permanecer solteros, sino al contrario se vuelven completamente hacia la mujer.)

La Sra. de Maupassant así exonerada, y con la ausencia de documentos precisos, ¿podremos tratar de penetrar hasta el corazón del escritor a través de sus libros? Exceptuando algunos relatos, no nos ha dejado más que dos novelas que pivotan alrededor del amor de un hombre: *Fuerte como la muerte* y *Nuestro corazón*. (En cuanto a *Mont-Oriol* no haremos referencia puesto que él mismo decía: «Los capítulos sentimentales son los más corregidos; eso se debe siempre a lo mismo. A menudo me río de las ideas sentimentales... que encuentro buscando bien.»)

Se sabe que por el hecho de su enfermedad, Maupassant se vio declinar con la edad; pierde pelo, a veces la memoria, y la potencia genésica por momentos. Ahora bien, más que una novela de amor

desgraciado, *Fuerte como la muerte* es la novela del envejecimiento; con la Sra. de Guilleroy primero, luego con Olivier Bertin:

Y he aquí que todas las cosas dulces, deliciosas, poéticas, que embellecen y hacen querer la existencia, se retiraban de ella, ¡porque había envejecido! ¡Se había acabado! Sin embargo todavía se encontraba sus atractivos de juventud y sus apasionados impulsos de joven mujer. Nada había envejecido más que su carne, su miserable piel, ese armazón de huesos, poco a poco marchito, raído como el paño sobre la madera de un mueble. La obsesión de esa decadencia la devoraba. La idea fija había hecho nacer una sensación a flor de piel, la sensación del envejecimiento, continuo y perceptible, como el del frío o el calor. Creía sentir de este modo que un vago comezón, el lento avance de las arrugas sobre su frente, el hundimiento del tejido de las mejillas y la garganta y la multiplicación de esas innumerables pequeñas huellas que ajan la piel fatigada. Como un ser afectado de un mal devorador que un constante prurito obliga a rascarse, la percepción y el terror de ese trabajo abominable y menudo del tiempo que pasa tan aprisa, le pondrán en el alma la irresistible necesidad de constatarlo en los espejos. Ellos la llaman, la atraen, la obligan a acercarse, con los ojos fijos, ver, volver a ver, reconocerse sin cesar, tocar con el dedo, como para asegurarse mejor del desgaste imborrable de los años.

Escrito en un lenguaje sencillo, sin florituras ni mal gusto, *Fuerte como la muerte* supone un reposo ante *Nuestro corazón* con su soso esnobismo alambicado. Se ha dicho que Maupassant había puesto mucho de sí mismo en Olivier Bertin, pero esas semejanzas son superficiales, no esenciales.

Bertin es la encarnación de la fidelidad, no ama más que a una mujer y el drama que lo lleva a la tumba no es un nuevo amor sino el viejo amor, renaciendo en toda su lozanía por mediación de la hija de la mujer amada. No es un bonito rostro cualquiera el que ama, es el vivo retrato de su amante a los veinte años. Hay una escena muy bella, llena de delicadeza y autenticidad, una escena que haría presentir el célebre episodio de la magdalena en *Du côté de chez Swann*, donde Bertin, paseándose en el parque Monceau con la jovencita, reconoce de golpe en la voz juvenil las entonaciones que antaño tenía la madre. El pasado retorna súbitamente, no como un doloroso recuerdo, puesto que su relación con la Sra. de Guilleroy todavía dura con la misma tranquila felicidad, sino como algo presente. El pasado se vuelve actual, Bertin se encuentra rejuvenecido, de ahí ese bienestar, esa ligereza de la que tiene conciencia sin poder explicarse la causa.

Bertin sentía despertar en él recuerdos, esos recuerdos desaparecidos, ahogados en el olvido, que vuelven de repente, sin que se sepa por qué. Surgían rápidos, de toda suerte, agolpándose de tal modo todos a un tiempo que se le figuraba que una mano removía el cieno de su memoria.

Trataba de adivinar por qué se producía aquella efervescencia de su vida pasada que ya varias veces, aunque menos que aquel día, había advertido y observado. Siempre existía una causa de aquellas súbitas evocaciones, una causa material y sencilla, un olor, con frecuencia de perfume. ¡Cuántas veces un vestido de mujer le había arrojado al pasar, junto con el suave efluvio de un aroma, toda una convocatoria de

acontecimientos desvanecidos! También en el fondo de los viejos frascos de colonia había encontrado a menudo parcelas de su existencia; y todos los olores errantes, los de las calles, los campos, las casas y los muebles, los gratos y los penosos, los olores cálidos de las noches de estío, los olores fríos de las noches de invierno, reavivaban siempre en él lejanas reminiscencias, como si las fragancias conservaran embalsamadas en su interior las cosas muertas, al igual que las hierbas aromáticas conservan las momias.

¿Eran la hierba mojada o la flor de los castaños las que así reavivaban el pasado? No. ¿Qué era entonces? ¿Le alertaban sus ojos? ¿Qué había visto? Nada. Acaso una de entre las personas avistadas guardaba semejanza con un rostro de antaño, y, sin que la hubiera reconocido, hacía repicar en su corazón todas las campanas del pasado.

¿No sería más bien un sonido? En más de una ocasión un piano oído al azar, una voz desconocida, incluso un organillo tocando en una plaza una melodía pasada de moda, le habían rejuvenecido veinte años, inundándole el corazón de emociones olvidadas.

Pero aquella invocación continuaba, incesante, inasequible, casi irritante. ¿Qué había a su alrededor, junto a él, que reavivara de tal manera sus sentimientos apagados?

«Ha refrescado, dijo, vámonos.»

Se levantaron y se pusieron a caminar.

Olivier contemplaba en los bancos a los pobres sentados, aquellos para quienes la silla constituía un gasto excesivo.

También Annette los observaba, inquiriendo acerca de su existencia, de su profesión, extrañada de que ofreciendo un aspecto tan miserable acudiesen a holgazanear por aquel hermoso jardín público.

Y más aún que antes, Olivier recordaba los años transcurridos. Le parecía que una mosca zumbaba en sus oídos llenándolos del confuso zumbido de los días pasados.

La muchacha se preguntó, viéndole ensimismado: «¿Qué le ocurre? Parece usted triste.»

Y el pintor se estremeció hasta las entrañas. ¿Quién había dicho aquello? ¿Ella o su madre? Su madre, pero no con su voz actual, sino con la voz de antaño, tan cambiada que sólo en aquel instante acababa de reconocerla.

«No me ocurre nada, lo paso muy bien contigo, eres muy simpática, me recuerdas a tu madre.»

¿Cómo no había advertido antes el extraño eco de la frase antaño tan familiar, que surgía ahora de aquellos juveniles labios?

«Sigue hablando, dijo»

«¿De qué?»

«Cuéntame lo que te han enseñado tus institutrices. ¿Te gustaban? »

La muchacha reanudó su charla.

La escuchaba, embargado por una creciente emoción, espiaba, acechaba, en medio de las frases de aquella chiquilla casi extraña a su corazón, una palabra, un sonido, una risa, que parecían haber quedado en su garganta desde la juventud de su madre.

No es a Annette a quién ama Bertin, es a su juventud que ha regresado, que ha retornado en el tiempo. Eso es tan cierto que, para esa velada en la Ópera de una importancia decisiva, Maupassant elige una representación de *Fausto*. Esa elección, tal vez subconsciente, no es menos significativa. Annette, prometida a otro, la ilusión de juventud en la que vivía Bertin se disipa, dejándole cara a cara consigo

mismo, envejecido, acabado, y es de eso de lo que muere.

Pasando, advertimos en los personajes de esos autores pesimistas un continuo rechazo al sufrimiento; a la menor preocupación, a la más breve separación, a la más ligera sombra, ¡qué indignados clamores! Pero para exigir la felicidad con ese tono de niño mimado, hay que creer y si se cree ¿cómo se es pesimista? ¿Acaso todo ese negro desencadenamiento de los naturalistas no será un poco una pose como las palideces interesantes, las mujeres angelicales apagándose al más ligero viento, y los «saca pecho» de la generación de 1830?

Según opinión de algunos íntimos de Maupassant, *Nuestro corazón* podría darnos la clave del único sentimiento duradero que el autor habría experimentado.

*Nuestro corazón* es el eterno tema trillado, machacado hasta la náusea (pero es con los viejos temas como los nuevos autores dan toda su medida) del hombre presa de un incurable amor por una casquivana cuya frialdad incluso lo seduce. ¿Lo ha enriquecido Maupassant con clamores inéditos? Desgraciadamente nada es falso ni nada es cierto en esta verdad penetrante que es como una revelación. Sus mundanas están indolentemente descritas, con una precisión un poco tierna que no provoca convicción. Que diferencia con Proust donde las inexactitudes, las situaciones inverosímiles en el detalle, envuelven una profunda verdad. Era hora de que Swann y Odette viniesen a darnos un descanso de los André Mariolle y de las Michèle de Burnes.

Una frase de la Sra. Lecomte du Noüy podría sin embargo hacernos creer que Maupassant había vivido su libro: «*Dominique*, de Fromentin, dice ella, *Sobre el agua*, *Nuestro corazón*, de Maupassant siempre nos interesaron porque se nota el pedazo de corazón, todavía sangrante, que los autores han puesto en ellos» La Sra. Lecomte du Noüy conoció a Maupassant en 1885, si se relacionó con él, acabó siendo una gran amiga; seis años después de su muerte se publicaba una asombrosa novela en estilo epistolar, titulada *Amistad amorosa*, que tiene todo el aspecto de una réplica tardía a *Nuestro corazón*; el paralelismo entre ambos libros es sorprendente; se trata de la misma mujer, juzgada severamente por Maupassant, pero descrita con una complaciente fatuidad por la Sra. du Noüy; se trata del mismo hombre, «indolente de sentimientos» en *Amistad amorosa*, pero crucificado por la pasión en *Nuestro corazón*. Pero siendo posible que la Sra. Lecomte du Noüy haya posado para Denise y con gran rigor para Michèle, Maupassant no tiene nada en común con el Philippe de *Amistad amorosa* o el André de *Nuestro corazón*. Parecería sin embargo que algunas cartas de *Amistad amorosa* fuesen de él; apenas es creíble, aunque por momentos el estilo de *Nuestro corazón* nos autoriza a peores sospechas. Escuchemos parte de la aflicción de Michèle de Burnes que nos ha sido dado para el mismo tipo de la parisina espiritual y liberada (en todo caso ha leído *la Psicología del amor moderno*.)

Creo que todo puede penetrar en el espíritu de una mujer a través del sentimiento, solamente eso y no con

frecuencia... Escucho por ahí que para volvernos comprensivas en igual grado que ustedes, debemos apelar a nuestra naturaleza de mujer antes que apelar a nuestra inteligencia... Nosotras no nos interesamos demasiado por lo que un hombre puede ofrecernos de simpatía al principio, pues observamos todo a través del sentimiento. No digo a través del amor, no, a través del sentimiento que tiene todo tipo de formas, de manifestaciones y de matices. El sentimiento es algo que nos pertenece, que ustedes no comprenden bien, mientras que a nosotras nos ilumina. ¡Oh! advierto que esto es muy vago para usted, ¡tanto peor!

¡Menudo parloteo! pero que encanta al autor pues más adelante escribe: « La señora de Burnes encuentra el medio de ser la más fina y la más divertida dejando arrastrar, del sentimiento tal vez ficticio, ocurrentes opiniones.»

Veamos que no es impropio de la Sra. Lecomte du Noüy y de la velada en casa de Denise contada por ella en *Amistad amorosa*:

« No, no, tenía que habernos visto! Los más elevados pensamientos comentados por todos, ebrios de alegría, borrachos de ideas agitadas, además de la sabia música que tranquiliza, después de que yo cantara con toda mi alma – usted todavía no ha oído esa voz. Y además de todo eso no se que de lánguido, de muy suave, de recogido... Me he dedicado a ser muy ocurrente, muy divertida, muy fina, incluso muy espiritual... »

«¿Triste? No, no lo estoy, únicamente un poco lánguida y dolorida; si usted estuviese allí le diría la razón de esta lasitud.»

«El caballero elegante y muy encorbatado de blanco que es usted.»



«Mi sobrina, ávida de desvirgarse en vuestra compañía.»

«¡Ah!, ese Tonkin, ¡lo que él ya ha tomado de hijas a madres!»

«El té será servido delicadamente por Helene.»

«Vuestro pequeño hermano Jacques me ha parecido ser un mandarín, con sus muy centelleantes botones de cristal, a pesar de su temprana edad.»

Las cartas de Philippe no son menos hermosas. En un impulso de ternura llama a Denise: «mi querida más allá, pobre amada santita, totalmente crédula e impresionable» y él le confía su secreto:

He perdido el amor arrebatado que afectaba antaño a mis pensamientos; no me quedan fuerzas más que para cultivar el encanto secreto de mis estériles aspiraciones, sin cesar renacientes y expirantes en mi cerebro enfermizo. La influyente expansión de vuestro espíritu me falta dolorosamente. Conservo mi eterno malestar, angustiado por mi deseo de un imposible cualquiera.

¡Ah! Bélise, Armande, Philaminte, Cathos, Magdelon, ¡qué simples y encantadores nos parecéis en comparación!

No, Maupassant no es André Mariolle ni Philippe de Luzy; sería demasiado triste que el toro normando fuese consumido por esas muñecas pedantes; no, no se habría contentado; él quería a todas las mujeres y las tuvo a todas. Le gustaban rubias: todas las heroínas de Maupassant son rubias. Las necesitaba a todas: a la bella extranjera rusa, no bonita, sino apetitosa que él lleva una noche de un baile en casa de una alteza para tenerla veinticuatro

horas y que se perpetúa cuatro días hasta que él dice a Tassart: «No aguanto más, échela fuera», a la bella americana que escribía novelas en francés y se moría de un quiste, a las dos damas «con una extraordinaria clase, muy fuertes ambas» (hoy se diría: muy delgadas), a la joven dama que entra de golpe en casa del escritor y deja sobre su mesa una carta que contenía esta única palabra: *Cerdo*, a la Sra. N... que lo amenazaba revolver en mano, a la bella rusa por el amor de quién quema todo un manuscrito de doscientas veinte páginas, a su conquista del Hampshire (en Inglaterra), «una flamenca de Gante, de generosa sangre con un enorme perfil y una garganta, ¡oh! ¡qué garganta!... sin ella no habría pasado más que cuarenta y ocho horas en ese insípido país...», a la joven griega «muy bella, a fe mía, casi de pura raza... sería una cobardía sin nombre, un crimen de lesa-amor dejarla en manos de ese viejo señor X...» De todas, él recibía «esas llamadas irresistibles y tormentosas de la voluptuosidad insaciable».

Las mujeres que no pudo tener en su vida, las reflejó en sus libros; describió las muchachas seducidas y las herederas, las crueles y sentimentales, las viudas tentadas y las implacables, las patriotas y las alcohólicas, las putillas de cuartel y las muchachas de granja, las lesbianas y las gestoras de monstruos, las Ouled Naïl y las jóvenes indias, las moribundas y las desterradas, las plañideras que “hacen la carrera” en los cementerios y las esposas que se hacen pagar las noches por su marido, las virtuosas ariscas y las damas maduras que corrompen a los críos, las solitarias de los

balnearios y las cortesanas de ocasión, las amantes al claro de luna y las «negrazas» de burdel, las experimentadas y las inocentes, las madres culpables y las devoradoras de herencias, las auténticas hermanas de la caridad y aquellas que se entregan al cochero para no pagar la diligencia, las agotadoras y las agotadas; pero a las que menos ha conseguido plasmar son a las mundanas; éstas entran en su vida en una mala época, atraídas como moscas tornasoladas por el olor del éxito. En los dos sentidos de la palabra, miman al escritor.

¿Cómo digerir a la fastidiosa Sra. de Burnes? Cuando se le dice:

«Es usted todo cuanto amo en el mundo...

– Calle... », dice ella haciendo melindres.

Habiendo aceptado una cita amorosa decide presentarse con una hora de retraso. Admirémosla en su coche de dos caballos:

Abrió en la parte delantera del cupé, algo así como una alacena pequeña e invisible, oculta tras la seda negra que almohadillaba el coche, auténtico gabinete de mujer joven. En cuanto las dos primorosas puertecillas del escondrijo se abrieron hacia los lados, apareció un espejo montado sobre unos goznes; lo movió, poniéndoselo a la altura de la cara. Detrás del espejo se alineaban en unos nichos de satén unos cuantos pequeños objetos de plata: una polvera, un lápiz de labios, dos frascos de perfume, un tintero, un palillero, unas tijeras, una linda plegadera para cortar las páginas de esa novela de moda que se lee por el camino. Un exquisito reloj de oro, redondo como una nuez y de ese mismo tamaño, estaba prendido en la tela: marcaba las cuatro. La Sra. de Burne pensó: « Por lo menos me queda una hora por delante», y accionó un

resorte que hizo que el lacayo, sentado al lado del cochero, tomase el tubo acústico para recibir órdenes. Tiró ella del otro extremo, oculto tras el entelado y, acercando los labios a la pequeña bocina tallada en cristal de roca, dijo:

«A la embajada de Austria...»

Cuando se piensa que los críticos más severos de la época, un Brunetière, un Jules Lemaître, un Anatole France, se han extasiado ante esos corderos anémicos de la llanura de Monceau, uno queda confuso y con ganas de volver a acariciar las bonitas y tersas mejillas de Bola de sebo, «bajita, redonda por todas partes, gruesa, con dedos regordetes, una piel reluciente y tensa, una enorme garganta...». He aquí quién nos consuela del pálido y encantador rostro de la Sra. Andermatt. Abandonemos el salón de la Sras de Burne y volvamos aprisa a otro salón, el de *La casa Tellier*, viendo a Fernande, casi obesa, Raphaële la marsellesa, buscona en los puertos de mar, con sus cabellos negros lustrosos, con un parche en el ojo. Pues habiendo descrito tantas mujeres, con una pluma sibilante como una fusta, Maupassant ha conseguido hacernos amar a algunas de ellas, a algunas bellas putas y a un cierto número de desheredadas, cojas, inválidas de amor, viejas mujeres «cuyas faldas desprenden siempre un olor a perro mojado», aquellas que han sido escaldadas una vez y que no se han vuelto a arriesgar, *La reina Hortense* (esa anciana que, en su agonía, se cree madre), *Miss Harriet* y las inglesas sin edad, «con unos dientes que daban miedo a los platos y a los

hombres», y *Campanilla*, la pobre lavandera a quién el amor volvió coja de por vida, y *La señorita Perla*, y las burguesitas amantes y maternales... pero nunca, nunca, nunca, una mujer de mundo.

Ese Maupassant de 1888 tan parisino, ¡cómo nos decepciona! Sus relatos están llenos de «condesitas» y de «baronesitas». Tiene para ellas bonitas palabras de paseante de bulevar («ella dormía el sueño feliz de las divorciadas...»). Se ofrece a jóvenes amantes en ropa interior «muy coqueta» velos dobles de seda, que, en el fondo de los entresuelos del barrio de Europa se inclinan sobre «lo que ellas tienen de imperceptible». Pero en provincias también no tienen ojos más que para él, pues se erige en defensor de las provincianas: «Declaro que la provinciana vale cien veces más que la parisina; no promete nada, da mucho.» (Tales frases le aseguran de golpe millares de lectoras, a la salida de misa. Si la novela conduce al adulterio, no se debe olvidar que el adulterio regresa a la novela. «Después del primer abrazo, ella vuelve a soñar, ella ha leído, ella lee...»)

«¡Gustar a las mujeres! había escrito Maupassant en 1884 en su *Estudio sobre Gustave Flaubert*, he aquí el ardiente deseo de casi todos. Ser, por el todopoderoso talento, en París, en el mundo, un ser excepcional, admirado, adulado, amado, que puede escoger casi a su gusto esas frutas de carne viva de las que estamos tan hambrientos.» Realiza ese sueño. Tiene todos los prestigios, aunque a los treinta y ocho años, comienza a verse un poco bajando la cuesta y a celarse de los jóvenes que se encuentran en el salón de la Sra. Waldeck-Rousseau.

Allí se le ve tal como nos describe una amiga: «Íntimo y expansivo en la proximidad de las mujeres, educado y comedido desde el momento en el que hay hombres.» Las grandes tiradas, la celebridad, su leyenda (escribe sus novelas en un cuaderno azul oscuro sembrado de estrellas plateadas; es huidizo; vive en el mar...etc.), sus trabajos de Hércules, su reputación de autor «arriesgado», su mucho encanto (hace un muy buen análisis del encanto y de su misterio en el cuento titulado *Un retrato*), todo en él actúa sobre las mujeres, incluso esa fascinación que ejerce sobre ellas la parálisis general y sus paroxismos, hecho bien conocido por los psiquiatras.

Maupassant les canta las naderías de la vida, lo que para ellas quiere decir la realidad del placer. En sus cuentos, y más aún en sus novelas, Maupassant celebra el amor y la muerte: «La inglesa estaba tumbada sobre mí, yo la había tomado en mis brazos y locamente, creyendo llegado mi último segundo, besaba a plena boca su mejilla, su sien y sus cabellos... » (*El pecio*)

Sus libros hacen el amor al aire libre, un poco por todas partes, con el ruido de las ranas o del mar, en un barco o en una cabaña de pastor. Cómo no estar cautivado por un hombre que ha necesitado ser condenado por ultraje a las buenas costumbres, habiendo cantado:

*El adorable desconocido del traje que se quita...*

y, en unos versos donde parecen llorar los frustrados anhelos de su viejo maestro Louis Bouilhet:

*Morimos el uno por el otro, y nuestros pechos vacíos  
Cambian nuestros futuros días por otros tantos besos.*

.....  
*Mi esperanza se limitaba al nudo de su cinturón.*

Destaca en plasmar la violencia y la instantaneidad del deseo (*La pequeña Roque, Ese puerco de Morin*, etc.) Y sobre todo fue el primero en describir el deseo físico en todas sus lecturas, en haberse atrevido al «¡Ah!, tómame» en la *Revue des Deux Mondes*; no el deseo del siglo XVIII, editado por algunos caballeros en Cochonopolis, sino el vértigo burgués a tres francos cincuenta.

Todo ello no amando a las mujeres, pues él no ama a ninguna, Maupassant sin embargo las ama por encima de todo. Las trata de «rosas inconscientes», de «maravillas de carne redonda y suave donde habita la infamia»; confunde el «feminismo» con la femineidad, pero escribe al mismo tiempo: «Basta con una hermosa mujer, mire usted, para electrizar a los franceses.» «Si una mujer hermosa me ordenase pasar por el hueco de una aguja, creo que saltaría como un payaso en un circo. Yo moriré así, lo llevo en la sangre. Soy un viejo galante, yo, un viejo de la vieja escuela. La vista de una hermosa mujer me remueve hasta mis botas.» (*Las ideas del coronel*) (Y no dudamos de que esas sean las ideas de Maupassant.) Se lamenta infinitamente por el eterno femenino. Cree en la sonrisa de *la Gioconda*. «la verdadera mujer que amo es la Desconocida, la

Esperada, la Deseada...» (*La venganza*). Y luego vuelve a caer en su eterna sequía: «Jamás he amado, confiesa en *El buhonero*. Creo que juzgo demasiado a las mujeres para soportar su encanto. Hay en toda criatura el ser moral y el ser físico. Para amar, me haría falta encontrar entre esos dos seres una armonía que nunca he encontrado. Siempre uno de los dos se deja llevar por el otro. Las mujeres hermosas, con mucha frecuencia, no tienen una inteligencia en relación con su persona.» «Sería necesario amar. Amar perdidamente, sin ver lo que se ama, pues ver es comprender y comprender es despreciar.» (*Un caso de divorcio*.)

Maupassant se había arrojado sobre las mujeres como el toro sobre el capote rojo. Fue ya con unos cuernos muy deteriorados con los que embiste a las mujeres mundanas. Pero éstas, menos mimosas de lo que se piensa, se encontraron colmadas; «Por él, escribe Lorrain, las damas del arrabal Saint-Germain, se enteran lo que las muchachas cuentan de la calle Colbert.»

Esas mujeres que lo rodean y que contribuyeron a lanzarlo, son con mucha frecuencia damas judías o extranjeras; desde 1884, mantiene un soso flirteo epistolar con Marie Bashkirtseff. Fue una dama del gran mundo israelita a quién debe la idea de *Fuerte como la muerte*. Ese drama había ocurrido en realidad; Bourget que lo conocía y que tenía la intención de hacer una novela, tuvo la imprudencia de confiarse a esta dama que, enseguida, por agradar a Maupassant, le propone ese tema como proviniendo de ella. Bourget no conoció la traición más que por la lectura del libro de su



colega. No le quedaba más que obtener del tema así desflorado *La Duquesa azul*, que es muy mediocre. He obtenido esta anécdota del Sr. Paléologue.

De las tres grandes amistades de Maupassant, una sola es francesa, la Sra. Lecomte du Noüy; la bella Marie Kann, nacida Warschawsky (la propia tía de Ida Rubinstein) es una judía rusa; finalmente la más célebre, la más adulada, la más sensacional de esas sirenas, la condesa Potocka, es polaca.

Esta última era el prototipo de la elegancia cosmopolita de hace sesenta años. Italiana por parte de madre, la princesa di Regina, y polaca por su padre, muy aficionada a la música, muy espiritual, de una gran belleza, tenía un rostro perfecto, los rasgos de la Venus de Milo y la dulzura de la Virgen de la Silla al servicio de una alma torturadora; Bonnat, retratista afamado de los barones de las finanzas, ha hecho de ella un célebre retrato. Unos perros feroces guardaban su castidad y su habitación de balaustradas de oro. Maupassant le enviaba madrigales; en la venta de las propiedades del conde de S..., hace tres años, se podía ver este pequeño poema inédito «escrito sobre el abanico en porcelana forrada de seda y con montura de nácar, perteneciente a la condesa Potocka»:

I  
*Vous m'avez donné Madame  
Un étrange chapelet  
Qui m'a pris le coeur et l'âme  
Comme un agile filet!*

*Où sont mes goûts de  
naguère?*

I  
*Usted me ha dado Señora  
Un extraño rosario  
Que me ha captado el corazón  
y el alma  
Como una ágil red*

*¿Dónde están mis gustos de*

*On me disait libertin!  
Aujourd'hui je n'ai plus guère  
Que des soifs de sacristain.*

*Je me prosterne et je prie,  
Chaque jour à deux genoux  
La bonne vierge Marie  
Qui, d'en Hault, veille sur  
nous.*

II

*Je récite l'Angélus  
Brûlant d'une ardeur nou-  
velle!...  
Mais ne vous étonnez plus  
Mon secret – je le révèle!*

*Au fond du ciel étoilé  
La Vierge m'est apparue  
Découvrant son front, voilé  
Par un grand manteau de nue!*

*J'ai cru... N'ai-je point rêvé?  
Oui j'ai cru... Dieu me  
pardonne!  
En bredouillant mes Ave  
Que c'était vous la Madone!*

*antes?  
¡Se me llamaba libertino!  
Hoy ya no tengo más  
Que anhelos de sacristán.*

*Me inclino y ruego,  
Cada día de rodillas  
A la buena Virgen María  
Qué, desde lo Alto, nos  
proteja.*

II

*Rezo el Ángelus  
Presa de un nuevo ardor...  
Pero no os sorprendáis más  
Os revelo mi secreto*

*En el fondo del cielo  
estrellado  
La Virgen se me ha aparecido  
Descubriendo su frente,  
velada  
Por un gran manto de  
sorpresa*

*He creído... ¿Lo habré  
soñado?  
Sí, he creído... ¡Dios me  
perdone!  
balbuceando mis Ave  
Que vos eráis la Virgen.*

En otros momentos, Maupassant se mostraba menos respetuoso; habiéndole enviado la condesa Potocka, por una apuesta perdida, unas muñecas perfumadas, simulacros en tela de otras muñecas mundanas que ella debía invitar a su mesa al día siguiente, él le remite las seis muñecas después de haberles hinchado el vientre con trapo, con esta

tarjeta: «Todas, en una sola noche» (lo que prueba que en ese medio libre se jactaba Maupassant de sus facultades genésicas). Pero fue también a la condesa Potocka a quién escribía desde Cannes, el 13 de marzo de 1884 para ofrecerle una amistad amorosa y sentimental; él lo solicita en vano a esta bella y cruel mujer que supo mantener su fogosidad a distancia.

Pienso en las otras personas con las que me gusta hablar. ¿Conoce usted a una de ellas? Ella no tiene el respeto de rigor por los Maestros del mundo (¡qué estilo!) y es franca en su pensamiento (al menos yo lo creo), en sus opiniones y en sus enemistades. Y es por ello por lo que pienso a menudo en ella. Su espíritu me da la impresión de una franqueza brusca, familiar y seductora. Es sorprendente, lleno de imprevistos y de un extraño encanto. Por desgracia no pude todavía creer (no sé por qué) en su tenaz simpatía. Y eso es precisamente lo que me gustaría saber, lo que me gustaría descubrir: Si la amistad que puede tener con la gente proviene de su aburrimiento en un momento de distracción, de su fantasía divertida o de algo más profundo, más humano, de ese lazo de la inteligencia que hace las relaciones duraderas, y de esa inexplicable relación de los espíritus que deja un placer sutil, mental y físico hasta incluso en un apretón de manos. Me expreso mal...etc.

Esta peculiar carta, torpe y mal construida, no hace su efecto. La hermosa extranjera no hizo otra cosa por Maupassant que abrirle, desde 1884, un salón dónde éste frecuenta a la más divertida y brillante sociedad parisina, donde fue incluso a encontrar a la mejor.

La condesa había constituido a su alrededor una pequeña corte amorosa o más exactamente una república de admiradores o mejor aún un Club Suicida sentimental que se hacían llamar los *Macabeos*. Cada miembro de los *Macabeos* recibía de la patrona una joya adornada de zafiros y una corona condal con las iniciales de ésta; en el reverso, en letras de esmalte azul, se leía: «En la vida, en la muerte», lo que indicaba que el elegido debía ahogarse si recibía la orden. Todos los viernes, una cena reunía a los principales *Macabeos*, Widor, Gervex, Taigny, Georges Legrand, Schlumberger el especialista en Bizancio, Jacques-Émile Blanche, el viejo consejero Bachelier, Caro el filósofo, Ignace Ephrussi, Forain, el duque de Luynes, Louis Cahen, Bourget (tembloroso, invitado irregular, mal visto), Maupassant. Esos amigos se celaban, se espiaban, se hacían faenas para agradar a la sirena, se gastaban mil bromas. La marquesa de Belbouef manejaba un trapecio sobre sus cabezas. En la sala de esgrima, con el torso desnudo, se libraban duelos de pincel dirigidos por Gervex y Prévost, el maestro de armas de *el Epatant*. A otras comidas acudían los *medio macabeos*, Broglie, d'Haussonville, d'Harcourt, Camille Doucet, Melchior de Vogüé, Jules Lemaître y los embajadores de moda, es decir el embajador de Austria, el embajador de Alemania y lord Lytton, embajador de Gran Bretaña. Cocina y librea de primer orden, uniformados de rojo. La condesa, a pesar de su exotismo y extravagancias, siempre estuvo arropada por los Luynes y por lo que la sociedad francesa tenía de más pedigree. Realmente era una de las reinas de París, lo que no le impediría

tener un miserable final. Sola, arruinada, sin amigos ni criados, había alquilado un pequeño palacete donde encontró la muerte, siendo su cadáver devorado por las ratas.

Fue en el domicilio de la condesa Potocka donde Jacques-Émile Blanche conoció a Maupassant.

Cuando conocí a Maupassant, me escribía Blanche este invierno desde su propiedad de Offranville, tenía un aspecto peculiar, llevaba el cuello cerrado al estilo *amante de Amanda*. En verano remaba en Argenteuil. Se parecía como un hermano al barón Barbier, el hombre que permanece de pie, con la cabeza inclinada sobre la mesa en el cuadro *El Almuerzo* de Renoir... Hablaba poco, sin eso que se llama espíritu, de fisonomía seria, parecía inquieto; un invitado aburrido, según la Sra. Aubernon, con quién nunca lo ví (exceptuando una vez en esa época). Sus amores, sus debates con la amada (Marie Kann) lo volvían casi mudo, como en estado de hipnosis. Tengo un recuerdo de una velada de disfraces de papel en casa de Madeleine Lemaire. Yo estaba disfrazado de Lohengrin, con un cisne bajo el brazo y un casco, y Maupassant, como un perro errante, se encontraba entre los disfrazados...

Bonito retrato, completado por el absolutamente notable y raramente citado por los biógrafos, que debemos a la pluma de Georges de Porto-Riche. Jamás Maupassant había sido así descrito del natural. Escrito en 1885, ese retrato no fue publicado hasta cuarenta años más tarde.

Transcribiré lo esencial. Principia por un halago que habría de llegar muy hondo al corazón de Maupassant:

«No tiene aspecto de hombre de letras.

«El Sr. de Maupassant es un buen mozo de treinta y cinco años, bastante delgado, de porte militar, correctamente vestido.

«Cuando no sabe que se le mira, tiene en su fisonomía algo de duro e insolente.

«Pero desde que se conversa con él... el distanciamiento de siempre da lugar a una cortesía que parece natural. La mirada es tal vez sospechosa, pero la voz es particularmente dulce.

«Se expresa tan correctamente como escribe. Escuchándolo puede reconocerse su prosa. Su conversación es prudente, calculada... Uno siempre se confunde con ese normando.

«El autor de *La casa Tellier* es casto en sus intenciones... Lo considero de aquellos que no saben ser inconvenientes a medias.

«Es además de una impasibilidad particular. Jamás cuestiona nada.

«Si la conversación decae cuando está con usted, él la deja caer, pero no se va. Uno se pregunta si se aburre o si disfruta. Parece gozar con los apuros de los demás.

«Escucha las discusiones más elevadas y las más absurdas con igual serenidad.

«Todos los hombres y todas las cosas deben tener la misma importancia o la misma insignificación a sus ojos.

«Si se le envidia, él no envidia a nadie... No padece la enfermedad del colega... No pertenece a

ninguna camarilla, no es de ningún grupo... Gana sesenta mil francos al año con su pluma y no se ocupa de los demás.»

(Esto está dicho con admiración por un hombre que siempre estuvo acribillado por las deudas)

«Lo que le interesa es la naturaleza... Por los campos, los bosques, los ríos, ese insensible tiene debilidad.

«Mirándolo de cerca, encuentro que se parece a sus paisanos. Como ellos, me parece al mismo tiempo misántropo y bromista, paciente y retorcido, soñador a su pesar y libertino.

«La constante preocupación de Guy de Maupassant es no ser engañado... Camina revólver en mano.

«Si se encuentra con una buena acción, la desmorona. Le encantan las tropelías. Es la representación en carne y hueso de los *Maximes* de La Rochefoucauld.

«Entre nosotros, exagera... Me constan de él varios rasgos generosos que oculta cuidadosamente.»

(En efecto, se sabe por Léon Fontaine que enviaba anónimamente una pensión a un gran escritor caído en desgracia; y Fontaine declara en esta ocasión que Guy era leal, servicial, incapaz de vilezas y muy bueno; de hecho sus sirvientes, Tassart principalmente, y sus marineros, lo adoraban)

«Sospecho simplemente que quiera sorprender.

«”¡Bel-Ami, soy yo!”», decía riendo, cuando se publicó su volumen; y cuando se le iba a ver entonces, se le encontraba trabajando con un enorme

gorro puntiagudo sobre la cabeza, un gorro adornado con un pequeño animal acuático.

«Su domicilio es sencillo, repleto de figuras de mal gusto, muy caluroso, muy cerrado, muy perfumado.

«Apenas llega, cuando todos lo acaparan. Se le acribilla a invitaciones, y cuando un amigo le solicita que vaya a cenar con él, el Sr. Guy de Maupassant abre seriamente, como un doctor, una pequeña agenda de bordes dorados, y le indica un día muy alejado.

«Las mujeres lo buscan, lo adulan, se disputan sus manuscritos, corrigen sus pruebas.

«¿Cómo no iba a estar preocupado siendo el ídolo de las mujeres? Cada una sabe muy bien que él es un sabio del que ella es la ciencia y el culto.

«Sin embargo, el Sr. Guy de Maupassant no tendrá penas de corazón; tomándolas, también está preparado para dejarlas.

«Algunas emociones no están en su poder: es un impotente moral.»

Porto-Riche estaba bien preparado para comprender su modelo. Como él, demasiado amado y no amando, o amando mal, preocupado como él de escapar a todo despotismo en amistad y todavía más en amor, se describió en este soneto de felicidad ausente que se puede aplicar perfectamente a Maupassant:

*Et c'est ainsi que nonchalant  
Vers la mort que j'aime et que  
m'aime  
Je m'achemine en désolant*

*Y es así que, indolente  
Hacia la muerte que amo y me  
ama,  
Me encamino lamentando*



*Les gens, les choses et moi- | A las personas, las cosas y a  
même... | mi mismo...*

Sin embargo llegó el día, si creemos a los amigos, en el que ese indiferente corazón se puso a latir. La desgracia es que éstos no han podido ponerse de acuerdo sobre la elegida; ¿se trata de Marie Kann o de aquella a quien Borel llama «la más amada», o de la mujer de gris de Tassart? ¿Será cierto que, minado por la enfermedad, que desde 1885 le trastornaba el sistema nervioso, el toro normando pierde su equilibrio y cae de rodillas ante la hermosa rusa? Siniestro presagio, el marido de esta mujer había muerto loco en el hospital psiquiátrico en el que, años más tarde, Maupassant se extinguiría, a su vez, en plena demencia.

Lo que sabemos de esta aventura con la Sra. Kann es poca cosa.

«En la alta sociedad israelita, dice Jean Lorrain, Maupassant debió encontrar a la mujer, la caprichosa y la aburrida, cuya feroz fantasía acelera el desequilibrio del pobre gran escritor. Es una mundana a quien la literatura debe la desaparición del talento de Maupassant.»

El Sr. Lucien Descaves, que por otra parte creyó haberse atrevido demasiado, pues a continuación se cerró en banda a cualquier tipo de precisión, publicó en *L'Echo de Paris* del 24 de octubre de 1897, esta vengativa frase: «En este ambiente todavía, (la sociedad de las mundanas) ¡cuántas amargas, cuántos desengaños, cuántos escarnios!... Algún día contaré una espantosa escena, concluida con un martillazo, tal vez decisivo, que

una tunanta asestó sobre esa bella inteligencia ya titubeante... Fue de una crueldad salvaje, increíble...»

Pero la locura de Maupassant tenía causas fisiológicas demasiado reales para que tratemos de buscarlas entre las sentimentales.

Se ha visto antes como Jacques-Émile Blanche atribuye a su amor por Marie Kann y a sus debates con la amada, el silencio absorto de Maupassant. Pero el Sr. Paléologue, que conoció bien al escritor, siempre lo ha encontrado taciturno, un invitado aburrido que no salía de su mutismo más que para contar anécdotas picantes. Mi padre, que me hablaba a menudo, había tenido la misma impresión. Invitado a casa de la duquesa de R... Maupassant decía a la pequeña de la casa, la futura princesa M...: «Se me invita aquí porque hablo; pues bien, no diré ni una sola palabra.»

Lo que más revelador resulta, son las confidencias hechas por la Sra. de Maupassant al barón Lumbroso que las ha recogido y publicado, un año después de la muerte de su informadora, en su libro titulado *Recuerdos de la Sra. de Maupassant*. Es difícil saber si la Sra. de Maupassant tenía pérdidas de memoria o si en realidad creía esas piadosas leyendas en torno a su hijo o si el barón Lumbroso no se habría equivocado en ocasiones, pues han sido detectados algunos errores en ese libro que no parecen propios de una creencia absoluta. Sea como sea, la Sra. de Maupassant dice que la víspera de Navidad, Guy, invitado a su casa, le había teleografiado para disculparse pues «está obligado a pasar la Noche Buena en las islas Sainte-Marguerite

con la Sras. X... ¿Qué ha pasado? Todavía me lo pregunto. Lo que es cierto es que, después de esa maldita cena, al día siguiente, en el primer tren, esas mujeres de la mejor sociedad, dos hermanas, una casada, la otra viuda, marcharon para París sin decir por qué. Después de esto, jamás dieron señales de vida... ni incluso una nota tras la catástrofe... Ni la muerte parece haberlas sacado a la luz». Y Louis Thomas afirma que esa mujer «de origen judío era la protagonista de *Nuestro corazón*».

Ahora bien, Tassart desmiente categóricamente esa historia de una cena de Noche Buena en el mar, y se sabe por una carta de Maupassant al Dr. Daremberg que Marie Kann y su hermana, la Sra. de Albert Cahen, simplemente le habían visitado el 24 de diciembre: «Sobre todo no repita a nadie que esas damas han venido a verme, ya que eso las comprometería terriblemente. Además toda su familia está aquí y creo que sin esa circunstancia ellas no habrían venido.» Esa visita no debió llamar la atención a Tassart pues ni la menciona. Él veía para su señor otro peligro femenino. Veremos más adelante de que se trata.

No hay en la correspondencia de Maupassant más que esas tres líneas sobre Marie Kann, más algunas palabras en una carta a la condesa Potocka en la que Guy refiere que ha escrito a la Sra. Kann para rogarle que no falte a un viaje de placer que él acaba de organizar. La vivacidad ligeramente guasona de sus frases no concuerda bien con la evocación de la mujer amada; además, por la misma época, Maupassant escribía a la Sra. Lecomte du Nouÿ respecto de *Mont-Oriol*: «En ocasiones,

preparando un capítulo poético al claro de luna, llego a imaginarme que esas aventuras no son tan tontas como pudieran creerse.» ¿Es este un modo adecuado para un amante de hablar de amor?

Además la Sra. Lecomte du Noüy en sus recuerdos sobre Maupassant (*Mirando pasar la vida*), refiere lo siguiente, lo que seguramente sea exacto: «Las mujeres de las que parecía esclavo, no estaban tan profundamente asentadas en su pensamiento como ellas habrían podido creer. Cuando yo le preguntaba: “¿Puede usted amarlas después de haber analizado sus mezquinos sentimientos...?” Él respondía: “No las amo, pero me divierten; encuentro muy gracioso hacerles creer que estoy rendido a sus encantos. Una de ellas no come ante mí más que pétalos de rosa.”»

Mejor todavía; al año siguiente, Maupassant escribe a la Sra. X... *que no es Marie Kann*, estas apasionados líneas: «Un insensato deseo de verla se ha introducido en mi corazón... ¿No siente a su alrededor, circular ese deseo, ese deseo procedente de mí que la busca, ese deseo que le implora en el silencio de la noche.» (Apreciamos sobre todo aquí un ejercicio de retórica) «Usted se reunirá conmigo, no es así adorada mía, se reunirá conmigo en...»

Esta carta que relega decididamente al olvido a la bella Sra. Kann, fue dirigida a la desconocida número uno, a la que el Sr. Pierre Borel, habiéndola tomado muy en serio, ha denominado «la más amada».

«La más amada», es esa dama que ha publicado en *La Grande Revue* del 20 de octubre de 1912 un artículo titulado: *Guy de Maupassant*

*íntimo*, firmado Sra. X... Allí se define y el Sr. Pierre Borel la describe como una alma exquisita y tierna, la mejor amiga del escritor que es «¡su héroe, su dios!», aquella a quién él abre su pobre corazón torturado y quién lo consuela, aquella que hasta el último minuto lo vela, va a verle al manicomio, se esfuerza en hacerle salir, aquella a quién, desde Túnez, en 1887, escribirá la apasionada carta: «Se reunirá usted conmigo, no es así adorada mía...» Solamente el Sr. Borel añade que Maupassant la ha conocido en el domicilio de la condesa X... (léase condesa Potocka) y que ella es la protagonista de *Nuestro corazón*. De pronto «la más amada» se confunde con Marie Kann y pierde toda realidad. Me inclino a creer que si «la más amada» ha tenido una existencia propia, fue únicamente en calidad de amiga, que por añadidura es posible que hubiese una breve relación amorosa y las cartas publicadas por la Sra. X... como dirigidas a ella formarían, se dice, parte de una novela en colaboración. El escritor ha hablado él mismo, además, de esos amoríos «en los que una vaga tristeza hace pensar en el amor». En 1890, a propósito de las indiscreciones de las que son víctimas los escritores después de muertos, él escribe: «La idea de que se hablase de Ella y de Mi... que se analizaran mis emociones, que se desnudase mi respetuoso cariño (perdone esta horrorosa palabra que me parece precisa), me arrojaría a una violenta ira.» ¿De quién se trata? En todo caso del objeto de un respetuoso cariño, sin más.

De hecho las mujeres no le dejan en paz nunca; siempre conocerá: *Ese extraño tormento en el que nos arroja una mujer*.

«Marie Kann lo ha fatigado más que cualquier otra», han dicho los doctores Voivenel y Lagriffe; y en la sombra se ven deslizarse otras. Una secretaria, una mujer casada («Estoy en Ruán pero no estoy solo; Mantengo una gran discreción para la que me acompaña, pues tiene un marido susceptible», escribe a Pinchon en 1890), una periodista, algunas paseantes. Pero nunca se advierte el rostro del Amor.

Hasta el final Maupassant ha permanecido como el «orgullosa macho» que quiere estar vacante y disponible para todas las mujeres. El Dr. Ladame explica mediante un traumatismo precoz, una revelación grave que habría trastornado el alma del niño (eso de lo que además no hay ninguna prueba), «ese rechazo a la vida sentimental que agrava el pesimismo del escritor». Pero dónde él ve renuncia, su entorno más próximo e incluso la propia madre, han visto, simplemente, un corazón que no se ha despertado porque los sentidos no le han dado tiempo.

No se tiene, como Maupassant, una constitución de una excepcional fortaleza, sin tener grandes necesidades físicas: necesidad de aire libre, de gasto atlético, exceso de alimentación, sensualidad muy desarrollada en todos los sentidos, y sobre todo en el plano sexual. sobre esta sexualidad grande pero no anormal, actúa la herencia (padre mujeriego, madre y tío neuróticos), luego la enfermedad. Resultado: un apasionado sexual de entrada, luego poco a poco, un obseso. ¿Cómo semejante hombre habría podido no amar más que a un mujer a la vez y serle fiel? Para alimentar sus sueños eróticos, en «el inexpresable

deseo, como él dice, sin forma precisa y sin realidad posible que acosa el alma de los auténticos sensuales», era necesario que ese deseo pasase de la imaginación a los sentidos y que fuese excitado sin cesar por los cambios.

Un crítico dijo que Maupassant «era un fauno triste retornado a la vida primitiva». Por desgracia, era un fauno enfermo y es ahí donde hay que buscar las razones del dominio que ejerce sobre él la famosa «dama de gris», la única mujer verdaderamente fatal que él haya encontrado.

La mujer de gris no nos es conocida más que por el testimonio de Tassart pero ha hecho de ella tal retrato, que es para nosotros tan real y viva como las Marie Kann, las «adorada mía» y demás objetos del «respetuoso cariño». Hace su aparición por vez primera el 18 de mayo de 1890:

Tengo preparado, desde hace algún tiempo, el apartamento de soltero de mi señor, aquí, muy cerca, en el bajo de nuestra misma calle, y, a pesar de esto, recibió a una mujer allí. ¡Ahí estaba la razón por la que la colocación de las cortinas de su habitación era tan urgente!

¡Era peculiar! Yo apenas conocía a esta mujer; entrando, ella pronunció solamente el nombre del señor de Maupassant, y, sin mirarme, como un autómatas, entró en el salón. Ni ese día, ni los siguientes, el señor me comentó nada de la presencia en casa de esa desconocida.

Finales de junio de 1890

La dama desconocida volvió varias veces. Su actitud no había variado; entraba y salía siempre de igual

modo, no era una cualquiera; aunque estuviese demasiado perfumada, no tenía nada de las profesionales, no pertenecía tampoco a esa sociedad distinguida que mi señor frecuentaba. Era una burguesa del más alto rango; todo en ella denotaba el género de esas grandes damas que han sido educadas, bien en los *Oiseaux*, o en el *Sacre-Coeur*. Se ven en ellas buenas y rígidas maneras.

[...]Yo no le hablé mucho, pero intuí perfectamente que esa inteligencia, que no se mostraba, había sido bien modelada y era de una sorprendente amplitud.

Era de una belleza notable y llevaba con gran clase sus vestidos, siempre gris perla o gris ceniza, ajustados en el talle por un cinturón bordado con auténticos hilos de oro. Sus sombreros eran sencillos y siempre haciendo juego con su vestido, llevando sobre su brazo un pequeño chal, si el tiempo era dudoso o amenazaba lluvia...

Finales de febrero de 1891.

Mi señor siguió siempre la orilla del mar y, un poco antes del establecimiento de los baños, su silueta desapareció en un jardín que bordeaba la ruta de la Croisette. En un nido de vegetación, se encontraba una villa de balcones dorados. Me pareció ver aún al ilustre novelista apoyar la mano sobre la rampa para ayudarse a subir el medio piso, desde dónde se dominaba el horizonte. Iba a encontrarse con la dama de la ropa modesta, impecable y rígida, la enigmática...

Agosto de 1891.

[...] El día 15, a las nueve de la mañana, un coche estaba en la verja del jardín. Una dama descendió. ¡Ah! ¡Dios mío!, ¡aquí estaban mis presentimientos hechos realidad! Ella explicó que era su viaje a Suiza al que debíamos el honor de su visita...



Seis días más tarde, un cupé estaba de nuevo en la puerta para llevar a la visitante, pero cual no sería mi conmoción, cuando vi el caballo derrumbarse como una masa. Ese accidente podía retrasar la marcha de la desconocida, y eso era lo que no necesitaba mi señor bajo ningún precio. Por fin el animal se puso en pie y pudo conducir a Ginebra a aquella que mi señor veía alejarse con placer.

20 de septiembre de 1891.

[...] El 20 de septiembre, hacia las dos de la tarde, el timbre eléctrico, cuyas pilas no habían sido renovadas desde varios meses atrás, sonó de un modo quejumbroso. Fui a abrir y me encontré de cara con esa mujer que había hecho ya tanto daño a mi señor. Como siempre, pasó, rígida, y entró en el salón sin que su rostro, que parecía de mármol, hiciese el menor movimiento... Me retiré a mi habitación: un sentimiento de tristeza, mezclado con un poco de cólera, me embargaba. ¿No debería echar en cara su actitud a la visitante nefasta, reprocharle el crimen que cometía deliberadamente, y si era preciso ponerla fuera sin ceremonias?... Pero dado que mi señor la quería recibir, yo no podía más que inclinarme... ¡Ahora puedo decir cuanto lamento no haber tenido entonces el valor para ceder a esos impulsos de alejar a *ese vampiro!* Mi señor viviría todavía...

Por la noche, él parecía agobiado y no comentó ni una sola palabra de la visita.

19 de octubre de 1891.

[...] y añadió que tendría necesidad de un largo reposo... ¡y sobre todo no ver más a la dama de mármol, que tanto daño le hacía!...

He aquí que mi pobre maestro se encomendó a mí por completo. Me hizo una breve confesión [...].

[...] Esa noche, sin duda, su corazón estaba demasiado contrito y dejó escapar unas palabras que constituían una confesión, en una respuesta que parecía dar razón a las numerosas recomendaciones que discretamente yo le hacía desde tiempo atrás.

Esta mujer de gris es siniestra con sus «modales de autómeta» tan reveladores. Es la erotómana viniendo a exigir a ese agonizante que no puede negar su libra de carne humana. La Sra. de Maupassant tenía razón al temer a las mujeres para su hijo: ellas lo han acabado.

El 1 de enero de 1892, a las doce y media de la noche, el cartero trae un telegrama, procedente «de un país de Oriente, dice Tassart (lo que entre paréntesis acaba de probar que la mujer de gris no es la Sra. Kann, en París en ese momento) y conteniendo los deseos de un feliz año nuevo de la enemiga más implacable de la existencia de mi señor». Maupassant no llegó a ver ese telegrama ya que esa misma noche intentaba suicidarse y se sumió en la locura.

Murió de amor sin haber amado. «Ninguna mujer, dijo su amigo Charles Lapierre, puede jactarse de haber despertado en él una pasión que hubiese podido mitigar su libertad de espíritu.» No tuvo necesidad de «encerrarse voluntariamente en la indiferencia» según sus propias palabras; (como si todos fuésemos libres o no de ser indiferentes). Cuando hacía el final, en una carta además muy bella, él decía: «Si nunca pudiese hablar, dejaría salir todo lo que siento en el fondo de mi de

pensamientos inexplorados, reprimidos, tristes. Siento que me hinchan y que me envenenan como la bilis a los biliosos. Pensar se convierte en un tormento abominable cuando el cerebro no es más que una llaga. Tengo tantas heridas en la cabeza que mi ideas no pueden agitarse sin entrarme ganas de gritar. ¿Por qué? Dumas diría que tengo un mal estómago. Creo más bien que tengo un pobre corazón orgulloso y avergonzado... y también el alma de los latinos que está muy agotada... Se me cree sin ninguna duda uno de los hombres más indiferentes del mundo. Soy escéptico porque tengo los ojos claros y mis ojos dicen a mi corazón: ocúltate, viejo, eres grotesco.» Hay que ver aquí la ternura del gran enfermo por si mismo. Pero sería injusto decir que a Maupassant le faltaba corazón, él tenía una gran piedad por la pobre especie humana y eso es lo que hay de más emotivo y perdurable en su obra; y sobre todo la tenía por su madre.

Qué sorprendentes son esas páginas de confianza, de afecto ciego, de cariño hacia la que siempre tiene razón, que continúan incluso cuando parece precederla, aquella que en *Una vida* reconstruye la existencia nula («entonces ella se da cuenta de que no tenía nada más que hacer, nunca nada más que hacer...»), aquella a quien Jean obedece, a pesar de todo, ciegamente (ver *Pierre y Jean*) tras la confesión que ella hace a su hijo de su falta, la falta con la que él ha nacido; es la madre a quién se le confiesa todo, la protectora ante quién se puede dejar caer la máscara jovial y atreverse a estar triste. Madres francesas, amantes siempre abandonadas y siempre recuperadas. «¡Tú eres mi

madre!» Ese grito, que Maupassant hace proferir en su obra a tantos hijos abandonados o hijos naturales, explota en sus cartas a Laure de Maupassant.

Me encuentro tan perdido que me veo obligado a pedirte algunas buenas páginas. Experimento a menudo, cuando me encuentro solo ante mi mesa con mi triste lámpara que se quema ante mi, unos momentos de desamparo tan completo que no sé a que agarrarme. Y me decía que tu debías estar también horrorosamente triste... (24 de septiembre de 1873)

Lo que me asusta, es la soledad absoluta en la que tu te vas a encontrar este invierno. (3 de septiembre de 1875.)

Es diciembre que me aterroriza, el mes siniestro, el mes profundo, la medianoche del año. El invierno... me espanta por tí. (6 de octubre de 1875.)

Tengo todavía más frío de la soledad de la vida que de la soledad de la casa...» (Enero de 1881)

Siempre fue profunda la relación entre la madre y el hijo; se siente entre ellos, no solamente la buena conjunción de los hábitos, sino la armonía de los corazones, una semejanza de la carne, una sorprendente simetría de los caracteres, defectos y sufrimientos comunes que durarán años y transcurrirán sin modificarse toda la vida...

... hasta la comida familiar del 1 de enero de 1892, en la que Maupassant marchó solo, sin decir palabra y no volvió a ver nunca más a su madre.

Fue el último acto de la tragedia. Para encontrar el origen debemos remontarnos muy atrás.

No sé quién dijo de Maupassant: «Es un aldeano bromista y supersticioso.» La broma permite ser desafiante sin temor al gendarme; es el relajamiento de los aldeanos. Las bromas también son tan numerosas en la obra de Maupassant como en su vida. «Es muy bromista», es una de sus expresiones favoritas. Hoy, no conocemos la broma: como para el amor, nuestra época no tiene tiempo.

En el ministerio de la Marina, tenía una sólida reputación de bromista. Nada le divertía tanto como aterrorizar a las personas. Su excelente biógrafo, Maynial, nos refiere que un día, viajando en tren hacia Chatou con dos amigos, Maupassant, en un compartimiento abarrotado, con una cajita de madera sobre sus rodillas que contenía un inocente péndulo, biqueaba con aspecto inquieto, cuchicheaba a sus amigos con un acento ruso historias de dinamita, de máquina infernal preparada para hacer saltar a la sociedad, aunque la policía advertida los cogiese al bajar del tren.

En sus *Recuerdos*, Gervex nos cuenta que Maupassant estaba cargado de electricidad y le gustaba, en la oscuridad, hacer saltar chispas de sus cabellos para asombrar a las damas. La víspera de un duelo que Gervex debía tener con el barón de Vaux, célebre tirador de pistola, Maupassant, para asustar a éste último, fijó en su gabinete unos blancos precisos que atribuyó falsamente a su amigo Gervex. De viaje, se desataba; en Venecia, preguntaba a Gervex: «¿Por qué se entra en esta ciudad por las alcantarillas?»

En Étretat, hacía creer a los bañistas parisinos que las viejas barcas abandonadas en lo alto del acantilado habían sido depositadas allí por las mareas.

Cada una de las cenas que ofrecía servía de pretexto a una broma más o menos cruel, como hacer perder el tren de regreso a sus invitados, como invitar a dos actrices célebres con una joven vestida de adolescente, que representa tan bien su papel que las actrices son burladas, o como hacer pasar a uno de sus amigos por un rico noble deseoso de casarse, y presentarle a una medio mundana que marcha con él, creyéndose ya la elegida; y Maupassant partiéndose de risa pensando en la cara que ésta pondría al día siguiente.

Hugues Le Roux recuerda que en una cena de honor, a la que asistían Savorgnan de Brazza, Molier, Charles Franconi y Villiers de L'Isle-Adam, Maupassant se puso a monologar en hebreo.

Cultivaba las bromas siniestras. En una cena se divirtió en declarar que había comido carne humana en Italia (ya, Baudelaire se había jactado en Brusellas de canibalismo y sodomía); «se parece a la ternera sosa», declara Maupassant (lo que hace pensar en el «se parece al aceite de oliva» del marqués de Sade en otra excursión gastronómica). «¿Ha comido carne de hombre?» preguntaban las damas horrorizadas. «No, señora, hombro de mujer, es tan sabroso que repetí.»

Tassart nos cuenta los descabelladas recados que le encargaba su señor (depositar sobre la mesa de una dama, que daba una cena, una caja llena de pequeños diablillos saltarines, hacer a otra aceptar

una cesta de ranas vivas que debían saltar al rostro de la dama...).

Es siempre Tassart quién nos cuenta la última recepción de Maupassant, el canto de cisne de su vida mundana. No fue más que una larga y laboriosa broma.

Era el 17 de agosto de 1889 (la enfermedad ya no le daba muchos respiros al escritor). El yate *Bull Dog* había traído un cargamento de invitados para asistir a la fiesta campestre de «Guy». Todo Étretat, mil quinientas personas, se había agrupado detrás del cercado. Los pescadores, los niños, los viejos camaradas de mar de Maupassant, que miran a su viejo compañero de fatigas divertirse como un parisino, con unos parisinos. Hasta qué punto Maupassant deja de ser uno de ellos, ese cercado nos muestra lo que de ahora en adelante separa al escritor de la gente del mar.

Desde la puerta de *La Guillette*, el loro de Maupassant chilla a las damas: «¡Hola, cerdita!» Sombrillas, cenadores, músicos en traje regional sobre el césped, tañendo sus instrumentos. Llevando una dama por cada mano, Maupassant pasea. Todo el mundo baila. Hay juegos de balancín. Caídas en la charca.

Luego, la atracción principal, *El Crimen de Montmartre*, representado en el fondo de un corredor dónde reina una media luz propicia: «Un sargento de pueblo ha colgado por los pies a su esposa y, presa de una malsana curiosidad, le practica una abertura en el vientre, deseando ver cosas que no comprendía. La sangre corre a raudales, verdadera sangre. Como cuchillo, el

estilete de mi señor está clavado en la herida. El efecto es estremecedor, sorprendente de realismo; muchas de las damas están tan impresionados, que se tapan los ojos para no ver...

«En un grupo, se señala al asesino; el público ayudado por unos bomberos procede a la detención del criminal que es conducido a prisión. El prisionero marrullero planta fuego a su celda, completamente construida en madera y paja y todo empapado en petróleo. Los bomberos se apoderan de sus mangueras, pero en lugar de apagar el incendio, mojan al grupo de las damas presas del pánico.»

Maupassant adoraba los bailes de máscaras y los disfraces, lo que constituye la forma más tangible de la evasión. Jean Lorrain cuenta que en Étretat, cuando Guy era niño y algunos años mayor que él, (Jean Lorrain, hijo del armador Duval, de Fécamp, era compañero de colegio de Hervé, hermano de Maupassant) el escritor se vestía de fantasma para asustarlos.

Se ha visto que Maupassant actúa *En la feuille de rose* disfrazado de casquivana; bajo el nombre de Señorita de Valmont, se disfrazó antaño de jovencita para confundir a una vieja inglesa. Henri de Regnier vio a Maupassant de negro en un baile de disfraces en casa de la condesa Cernuschi. (Todo esa parafernalia carnavalesca quizás no fuese otra cosa que un gusto insatisfecho por el teatro.)

Sus proezas se volvieron en ocasiones contra él y le costaron hacer de víctima. Los mundanos, cuenta Jean Lorrain, se lo devolvieron con creces; en una ocasión lo invitaron a un baile en traje de color en el que los invitados se habían puesto de acuerdo



para asistir todos en traje negro y en el que Maupassant se encontró solo y ridículo de violeta. A menudo unas mujeres mundanas escribirán al autor de *Una vida*, falsas correspondencias amorosas y le concederán citas a las que no se presentan y a las que envían a sus maridos. Octave Mirbeau nos dice que un hombre de letras (él, sin duda) exasperado por las conversaciones médicas de Maupassant que padecía de los ojos, después de haberse documentado sobre todos los casos de muerte producidos por afecciones oculares, se los comentó en la mesa al autor de *Una vida* muy impresionado.

La broma desempeña un papel importante en un buen número de cuentos de Maupassant. En *Bromas normandas*, un cazador recién casado es amordazado por sus amigos y abandonado en un campo en el que tiene que pasar su noche de bodas solo a la luz de las estrellas. En *Mi tío Sosthène*, es una broma del viernes santo; en *La reliquia*, se trata de un hueso de cordero que se ofrece a la adoración de los fieles; *Una velada* trata de la broma de un pintor; *La broma*, es la historia de un orinal que desborda al haber sido preparada para ello con fósforo potásico; en *El paraguas*, se trata de la incineración del paraguas del Sr. Oreille; en *Nuestros ingleses*, trata de la lectura de un pastor protestante de una falsa genealogía de Cristo. *La Cuestión del latín* es una gamberrada de Instituto. Se encuentran otras en *Bel-Ami*, en *La Herencia*, en *Yvette*, etc.

Si nos detenemos en analizar todas esas bromas, puede adivinarse, en estado latente, tanto la locura de los grandes, como la manía persecutoria,

como una sádica crueldad, todas esas tendencias que, más tarde, se volverán tan letales. Hacia el final de su vida, Maupassant afirmaba que en el transcurso de una visita de la escuadra, había tenido derecho a tantas salvas de cañón como un almirante. Es espantoso pensar en todos los microbios patógenos que puede contener en germen una inocente broma.

Esas bromas son como violentas intervenciones de las ganas de vivir contra la muerte, un último intento de reconciliación con la vida, un intento de fusión entre la comedia y el drama, una convulsión de la risa esperando las convulsiones de la agonía que no va a tardar. Los contemporáneos no han adivinado su aspecto trágico. Ellas contribuyeron a perpetuar la leyenda del alegre remero; hicieron repetir al entorno próximo, engañado por las apariencias, esta sentencia que se oye constantemente: «Maupassant es la salud personificada, su arte es la misma salud.»

La salud personificada...

Esa frase va pareja con la clásica frase de los médicos: «Eso no es nada, son los nervios.» ¿Qué hay detrás de esta fachada?

Desde los veinticinco años el alegre y robusto muchacho escribía a su madre: «Tengo seis proyectos de cuentos, todos buenos; por ejemplo, *Esto no es alegre*.» Es curioso que ese precoz pesimismo que englobaba a todos los hombres y a todas las mujeres haya siempre cedido ante la naturaleza. Los paisajes de Maupassant respiran todos con una serenidad feliz. Pero la alegría en la que lo sumía el contacto de la tierra, y sobre todo del

agua, se desvanecía instantaneamente con la proximidad de los humanos. A partir de ese momento sus allegados no veían en ello más que un breve acceso de tristeza orgánica. Francia siendo, como se sabe, un país de alegres pesimistas, da que pensar que Maupassant sea un francés como los demás. Pero su melancolía irá aumentando con su mal. Aunque haya tenido mucho dolor, aunque diga a su madre: «Me equivoco escribiendo de este modo todo lo que llega a mi cerebro. Tengo demasiada tendencia a ver todo negro... Pero es tan difícil reír cuando no se tienen ganas.» Maupassant no es ni un estoico ni un cristiano que agradece al cielo esos golpes. «De su alma, escribió alguien que lo conocía bien, se desprende una impresión de tristeza gris tal, que ningún otro escritor, comenzando por el libro de Job y acabando por Schopenhauer y Leopardi, ha llegado a producir.»

Al principio, el mal no afectaba más que al cuerpo. Desde 1876 (en mayo) Guy está muy doliente; padece fuertes dolores de estómago y trastornos cardíacos por los qué consulta a Potain:

Haciéndome sufrir mucho mi corazón, lo he ido a consultar y se me ha prescrito un reposo completo con bromuro de potasio y prohibido trasnochar. *Este tratamiento no ha obtenido ningún éxito.* Entonces mi médico me ha recetado arsénico, ioduro de potasio, tintura de cólquico: ese tratamiento no ha obtenido ningún éxito. Entonces mi médico me ha enviado a consultar a un especialista, el maestro de maestros, el Dr. Potain... Éste último me ha manifestado que el corazón en si no tenía nada pero que yo estaba afectado de un principio de envenenamiento por nicotina. Eso me ha

producido tal impresión que he tirado de inmediato todas mis pipas para no volverlas a ver. Sin embargo mi corazón late siempre tan aprisa...; es cierto que no hace más de quince días que no fumo.

(Carta a Robert Pinchon del 11 de marzo de 1876, puesta a la venta en 1938 por el conde de S.)

Los trastornos no desaparecen hasta ocho meses más tarde, como consecuencia, dice Maupassant, de un tratamiento homeopático.

En 1887, se ve obligado a solicitar una baja en su ministerio e ir a las aguas de Loèche. Desde entonces no dejará de quejarse de tener frío; toda su vida, tiritará de frío y buscará el sol; («Un friolero», dirá Céard; «Soy una planta helada», dice él mismo).

En enero de 1878, se queja a la Sra. Comanville de «atroces neuralgias del cerebro y ojos». Siempre sufrirá de migrañas «el horrible mal que tortura, horada la cabeza, vuelve loco». El 21 de agosto, escribe a Flaubert que tiene una enfermedad de la piel, que le hacen tomar baños de vapor en establecimientos que lo arruinan, que está llegando al fondo de uno de sus «pozos de tristeza». «Su sangre circula mal» (24 de abril de 1879, a Flaubert). Su afección ocular se agrava. Abadie cree en una ligera irritación de la parte superior de la médula, lo que indica que, como Landolt, el oculista había adivinado. «Ahora casi no veo nada con el ojo derecho», escribe Maupassant a Flaubert, en febrero de 1880 (¡Todavía no tiene 30 años!) En marzo de 1880, Abadie le da a entender que padece de una parálisis del ojo derecho completamente incurable;

(de ahora en adelante, el escritor llevará esos quevedos que lo desfiguran, luego dos o tres pares de gafas superpuestas). En la misma carta a Flaubert: «Mi médico cree que Abadie no ha esclarecido en absoluto mi estado patológico, afirma que me curaré. Según él, estoy afectado de *la misma enfermedad que mi madre*, es decir de una leve irritación de la parte superior de la médula. en todo caso, es una mierda...» «Tengo un ojo que dice Zola al otro», escribe el 7 de agosto de 1881 a Robert Pinchon.

Es sin duda a causa de su vista y del sol que le molesta, cuando Maupassant se vuelca a amar la noche. Se le ve remar a medianoche, descender Bougival para despertar a sus amigos (carta a su madre del 29 de julio de 1875). De la noche, escribirá:

Amo la noche con pasión. La amo como uno ama a su país o a su amante, con un amor instintivo, profundo, invencible. La amo con todos mis sentidos, con mis ojos que la ven, como mi olfato que la respira, con mis oídos que escuchan el silencio, con toda mi carne que las tinieblas acarician.

El búho huye en la noche, mancha negra que pasa a través del espacio negro, y, alegre, embriagado por la negra inmensidad, emite su grito vibrante y siniestro.

El día me fatiga y me aburre. Es brutal y ruidoso. Me levanto con pena, me visto con lasitud, salgo con lamento y cada paso, cada movimiento, cada gesto, cada palabra, cada pensamiento me cansa como si levantase un pesado fardo.

Pero cuando el sol se oculta, una alegría confusa, una exaltación de todo mi cuerpo me invade. Me despierto, me animo. A medida que la penumbra crece,

me siento otro, más joven, más fuerte, más alerta, más feliz. Miro extenderse la gran sombra caída del cielo; ahoga la ciudad como una ola huidiza e impenetrable, oculta, borra, destruye los colores, las formas, abraza las casas, los seres, los monumentos con su imperceptible contacto.

Es entonces cuando tengo ganas de gritar de placer como las lechuzas, de correr sobre los tejados como los gatos; y un impetuoso, un invencible deseo de amar se enciende en mis venas.

Voy, camino, tanto por los barrios sombríos, como por los bosques de los alrededores de París donde oigo merodear a mis hermanas las bestias y a mis hermanos los cazadores furtivos.

Y las lámparas eléctricas, semejantes a lunas brillantes y pálidas, como huevos de luna caídos del cielo, perlas monstruosas, vivas, hacen palidecer bajo su claridad nacarada, misteriosa y regia, a las mechas de gas, del vil y sucio gas y a las guirnaldas de vidrios de color.

Pero la noche es una amiga peligrosa, una droga, como la tristeza. («La tristeza, es un vicio», le escribía ya Flaubert.) Y Maupassant desgraciadamente (o por fortuna si se piensa en sus sufrimientos) fue adicto a las drogas.

Desde 1880 (tiene treinta años) su patrona, a orillas del Sena, la Sra. Levanneur, declara que la habitación de su inquilino apesta a éter. Toma éter para combatir sus intolerables neuralgias, consume haschis y, en los últimos años, se inyecta morfina. Lo sabemos por el propio Maupassant y los doctores René Giffard y Maurice de Fleury que nos lo han dicho. «Está fuera de toda duda que Maupassant recurrió al éter, a la cocaína, a la morfina y al

haschis», dice igualmente su biógrafo, Maynial, citando a Lumbroso. Maupassant pide a los estupefacientes, no solamente calmar sus dolores, sino también inspiración. Los adoraba. En *Sueños*, habla de «su exquisita sobreexcitación». Respecto de *Pierre y Jean*, dice a un amigo: «En ese libro que usted encuentra sensato, no he escrito una línea sin haberme embriagado de éter; he encontrado en esa droga una lucidez superior, pero me ha hecho mucho daño.» En *La noche*, Maupassant hace alusión a una ficticia exaltación del pensamiento rayando en la locura.

Es la droga lo que da tan extraño color a su fogosidad literaria, a su animación mundana, que genera un sonido tan falso y tan inquietante en las palabras «la salud personificada». Ese hombre, «la salud personificada», era atraído en virtud de la droga hacia lo mórbido, esa inteligencia bien dosificada hacia el desequilibrio; ese paisano lleno de buenos sentidos hacia la descomposición del cerebro, ese atleta hacia la dislocación, ese luchador hacia un destino ya descrito en sus menores detalles.

En enero de 1881, escribe a su madre: «Siento este enorme extravío de todos los seres, el peso del vacío, y en medio de esta desbandada de todo, mi cerebro funciona, lúcido, exacto.» La neurosis comienza; la angustia pesa sobre él y no lo abandonará ya. «Se siente abrumado bajo el sentimiento del eterno misterio de todo... Cualquier domicilio que habita durante un tiempo prolongado se convierte en una prisión. ¡Oh! huir, partir, ¡escapar de los lugares conocidos!» escribe en julio de 1881 (primer viaje a África). Hasta el final estará

poseido por una mórbida necesidad de cambiar de lugar, como para escapar al mal que le mina por dentro. Lo más extraño es que esta alma desesperada que arrastra el vértigo de la muerte habita en el cuerpo de un buen vivo, siempre en búsqueda de nuevos placeres. Es el enigma de esta existencia con dos facetas en las que una, brillante y plena, nos es mostrada por los contemporáneos, los íntimos, y sobre todo por Tassart, el fiel Tassart inseparable de su señor, y la otra, martirizada, grita su sufrimiento en cada línea del escritor.

Durante los tres años que van a seguir, Maupassant será presa de trastornos tales que cualquiera hubiese estado aterrorizado. Sin embargo su dominio sobre si mismo era tan grande que si llegaba a mencionar esos fenómenos, era sin emoción aparente.

«¿Nunca le ha ocurrido, decía un día a la Sra. X... (*Guy de Maupassant íntimo*), encontrar completamente absurdo su nombre en su propia boca? A mí, eso me ocurre a menudo. Pronuncio mi nombre en alta voz, varias veces seguidas, luego ya no comprendo nada – y, al final, expelo cada sílaba, sin comprenderlo mejor. Llegado ese momento, ya no sé nada, pierdo la memoria y permanezco como alucinado, emitiendo unos sonidos de los que ignoro el sentido.»

También le decía:

«¿Sabe que fijando durante tiempo mis ojos sobre mi propia imagen reflejada en un espejo, creo en ocasiones perder la noción de mí mismo? En esos momentos todo se nubla en mi espíritu y encuentro extraño ver ahí esa cabeza a la que no reconozco.



Entonces, me parece curioso ser lo que soy, es decir alguien. Y siento que, si ese estado durase un minuto más, me volvería completamente loco. *Mi cerebro se vaciaría poco a poco de pensamientos.*»

Esto es tan angustioso que nos gustaría poder acusar a la Sra X... de mentirosa o al menos de exagerada, pero Maupassant escribía a su madre también: «Mi pensamiento huye como el agua de una cisterna», y Pierre Borel obtiene de uno de los íntimos de Maupassant, Léon Fontaine, una escena casi idéntica a la contada por la Sra. X... en la que Maupassant fijando su rostro ante un espejo hasta quedar fascinado, se detiene, muy pálido y exclama que ve a su doble.

La Sra. X... dice aún:

«Hacia 1885, estando en pleno auge de salud física y moral, Guy de Maupassant tenía extrañas alucinaciones. Yo lo he visto, más de una vez, detenerse en medio de una frase, con la mirada perdida en el vacío, la frente arrugada, como si escuchase algún ruido misterioso. Ese estado no duraba más que algunos segundos, pero, retomando la palabra, hablaba con una voz más débil y, cuidadosamente, espaciaba sus palabras. Eso le ocurriría bastante a menudo en el transcurso de varios años... y, estando con él, una vez le pedí que me explicase la razón de esas interrupciones. Me respondió, riendo, que era simplemente debido a un poco de fatiga...

«¿Aunque el diapasón de mi voz sea ordinario, decía, tengo la impresión de gritar tan fuerte que espero ver a aquellos que me escuchan taparse los oídos... Y cuando me callo, mis oídos están dañados

por un zumbido extraño que se diría emitido por varias voces humanas hablando al mismo tiempo en el fondo de una cueva.”

«Pero eso no le inquietaba más que a mi.»

Con la misma falta aparente de inquietud, Maupassant decía un día a Bourget (referido por Fontaine al Sr. Borel):

«Una de cada dos veces, entrando en mi casa, veo a mi doble. Abro mi puerta y me veo sentado sobre mi sillón. Sé que es una alucinación en el preciso momento que la tengo; ¿es eso curioso? y, si no tuviese dos dedos de frente, tendría miedo»

Pero tenía miedo. Ese miedo lo atenazaba constantemente, peor que eso, lo cultivaba. Tenía necesidad de él. Maynial ha hecho un excelente análisis del miedo en Maupassant:

«El miedo entra en él, lo posee, y lo sume en una especie de perverso encantamiento. Es dueño de las violentas sensaciones en las que se complace, porque son necesarias para sus agotados nervios.»

Agobiado, alucinado, aterrorizado, drogado, ¿cómo no explicar que Maupassant no hubiese escrito esa larga serie de cuentos fantásticos del que *El Horla* es el más conocido? Pero lo que resulta más significativo, es que haya, en toda época, e incluso en su juventud, amado lo macabro – testigo es este fragmento de sogá de ahorcado que enviaba a una dama, inmerso en un soneto autógrafo e inédito:

*Voici la corde d'un pendu  
Que je met à vos pieds,  
Madame,  
C'est pour une charmante  
femme*

*He aquí la sogá de un  
ahorcado  
Que yo pongo a sus pies,  
Señora,  
Para una encantadora mujer*

<i>Un présent bien inattendu.</i>	<i>resulta</i>
<i>Mais si, comme on l'a prétendu,</i>	<i>Un obsequio bastante inesperado.</i>
<i>Cette corde est un sûr dictame</i>	<i>Pero si, como se ha pretendido,</i>
<i>Pour les maux du corpos et de l'âme,</i>	<i>Esta sogá es un dictamen seguro</i>
<i>Gage d'un bonheuer assidu;</i>	<i>Para los males del cuerpo y del alma,</i>
<i>Moi qui, plaignant le pauvre diable</i>	<i>Prenda de asidua felicidad;</i>
<i>D'avoir été si misérable,</i>	<i>Yo que, quejándome al pobre deiablo</i>
<i>Accussais le ciel malfaisant,</i>	<i>De haber sido tan miserable,</i>
<i>Mois dont le coeur était si tendre</i>	<i>Acusaba al cielo maléfico,</i>
<i>Voilà que je trouve à present</i>	<i>Yo, de corazón tan tierno,</i>
<i>Qu'il a fort bien fait de se pendre.</i>	<i>He aquí que encuentro en el presente</i>
	<i>Que resulta adecuado ahorcarse.</i>

(Venta de la biblioteca del Sr. conde de S. – 1938)

Y que su primer relato, escrito en una época en la que todavía no sentía ningún desarreglo nervioso, sea *La mano discecada* aparecida en *L'Almanach de Pont-à-Mousson*.

Y como si no fuese bastante *La mano discecada*, en ese mismo año de 1875, Maupassant trabajaba en otra historia extraordinaria, *El doctor Héraclius Gloss*. Visual, no sabía como traducir en palabras lo indecible: «No sé como arreglar mi capítulo de la criada y el mono.» (carta a su madre del 6 de octubre de 1875). No salía de este relato con el que sufrirá hasta octubre de 1887: es la historia,

torpemente contada, de un excéntrico gastrónomo y bibliófilo que se vuelve loco por haber creído en la metempsicosis. Se necesitaba mucho arte para pasar del naturalismo a lo sobrenatural, para dar un cuerpo y una lógica a lo imaginario; Maupassant no pudo abordar de frente esos opuestos hasta mucho después de haber asegurado su oficio de obrero de lo real. Tan mediocre como sea este cuento, parece bastante turbador que la primera manifestación literaria de Maupassant haya sido un relato de locura; en *La République des lettres* se tenía a Poe en alta estima y Mèndes había publicado unas traducciones inéditas; sin duda Maupassant quiso inspirarse de entrada en el escritor americano; se advierten también en él la influencia de las *Memorias de un loco* de Flaubert, obra muy romántica con sus tumbas, sus esqueletos y sus cementerios bajo la luna, en la más pura tradición de Anne Radcliffe.

Los espectros nos fueron importados del país que más fantasmas vende, Inglaterra. El primer contacto de Maupassant con Inglaterra fue singular. He aquí la historia tal y como él la cuenta, en 1891, en su prefacio a los *Poemas y baladas* de Swinburne traducidos por Gabriel Mourey. Fiel a su rigurosa utilización de los subproductos, Maupassant debía más tarde hacer uso de este prólogo, al igual que *La mano disecada*, obras poco conocidas por el público, en otro relato que publica en 1882 en *el Gaulois*, titulado *El inglés de Étretat*:

Yo era muy joven, y pasaba el verano en la playa de Étretat. Una mañana, hacia las diez, unos marineros llegaron gritando, explicando que un nadador se ahogaba

bajo la Puerta de Amont. Tomaron un barco y yo les acompañé. El nadador ignorante de la terrible corriente de mareas que pasa bajo esa arcada, había sido arrastrado, luego recogido por una barca que pescaba detrás de esa puerta, llamada comúnmente la Pequeña Puerta.

Supo esa misma tarde que el bañista imprudente era un poeta inglés, el Sr. Algernon Charles Swinburne, que vivía desde hacía algunos días en casa de otro inglés, con el que yo charlaba en alguna ocasión sobre los pedregales, el Sr. Powel, propietario de un pequeño chalet que había bautizado «Cahumière Dolmancé».

Este Sr. Powel asombraba en la región por su vida extremadamente solitaria y extravagante a ojos de los burgueses y marineros poco acostumbrados a las fantasías y a las excentricidades inglesas.

Supo que yo había tratado, aunque demasiado tarde, de proporcionar auxilio a su amigo, y recibí una invitación a almorzar para el día siguiente. Los dos hombres me esperaban en un bonito jardín sombreado y fresco detrás de una baja casa normanda construida en sílex y rematada con paja. Ambos eran bajos, el Sr. Powel gordo, el Sr. Swinburne delgado, delgado y sorprendente a primera vista, una especie de aparición fantástica. Fue entonces cuando pensé, mirándolo por primera vez, en Edgar Allan Poe. La frente era muy grande bajo unos cabellos largos, y la figura iba retrocediendo hacia un mentón delgado sombreado con una delgada mata de barba. Un muy ligero bigote se deslizaba sobre unos labios extraordinariamente finos y estrechos y el cuello que parecía sin fin, unía esta cabeza, vivaz por sus ojos claros, escrutadores y fijos, a un cuerpo sin hombros, pues la envergadura del pecho parecía apenas más largo que el frente. Todo este personaje casi sobrenatural estaba agitado de sacudidas nerviosas...

[...]las opiniones de ambos amigos arrojaban sobre las cosas una especie de resplandor turbador, macabro, pues tenían una manera de ver y de comprender que me los mostraba como dos visionarios enfermos, ebrios de poesía perversa y mágica.

Unas osamentas se encontraban sobre unas mesas, entre ellas una mano disecada, la de un parricida, según parece, cuya sangre y músculos secos permanecían pegados a los huesos blancos. Me mostraron unos dibujos y unas fotografías fantásticas, todo un mobiliario de figuras increíbles. Alrededor nuestra, merodeaba, gesticulante e inimaginablemente divertido, un mono...

[...]Algunos días más tarde fui invitado de nuevo a casa de esos originales ingleses a fin de almorzar mono a la brasa... Solamente el olor de ese asado, cuando entré en la casa, me dejó el corazón inquieto...

Eso era hacer tan buena entrada en lo fantástico como penetrar en el séquito del autor de *Laus Veneris*.

La locura, las alucinaciones y el suicidio dieron por consiguiente a Maupassant unos temas para veinticinco cuentos y relatos en unos decorados tanto parisinos, normandos, saharauis, etc. Los más conocidos son: *La mano disecada* (1875), *¿Loco?* (1882), *Él* (1883), *Soledad* (1884), *Un loco* (1884) (no confundir con *¿Loco?*) *El Horla* (1886), *¿Quién sabe?* (1890), *Lo horrible*.

El Sr. Maynial ha advertido perfectamente que tres de estos relatos se espacian de tres en tres años: *Él*, *El Horla*, *¿Quién sabe?*, corresponden a las etapas progresivas de la locura de Maupassant. Se dirían el gráfico de una enfermedad que va de la autoscopia simple a la furiosa demencia, y ese

gráfico está trazado por una mano extremadamente segura como por un observador desinteresado. Eso resulta trágico si se piensa que el observador es el propio enfermo.

*El Horla* es célebre. Pero fue el neologismo del título, un auténtico hallazgo, lo que daría fama al cuento. Porto-Riche nos dice que fue Goncourt quién dio la idea a Maupassant. (El Sr. René Dumesnil anota muy justamente que la primera versión del *Horla* [*Gil Blas*, 1886] es mucho más directa y más curiosa que ésta, demasiada modificada en el volumen.) Se sabe que *El Horla* es la lucha cuerpo a cuerpo de un hombre con un fantasma. Como en las *Memorias de un loco*, el autor nos pasea primero por un tranquilizador paisaje del Sena. Luego es la aparición de lo invisible, unos intentos (excelentes y muy poéticos) de localización del monstruo, gracias a unas trampas tendidas, a unas experiencias alternando agua y leche, brebajes ofrecidos al espíritu sobre la mesilla de noche del insomne protagonista. Enseguida se desprende la idea filosófica, original, bastante pre Wells, pero muy bien desarrollada, de que ese fantasma no puede ser más que la nueva especie de humanidad que trata de arrojar fuera a los hombres, para tomar su lugar. El desenlace está muy conseguido: el fantasma es capturado en una emboscada y encerrado.

*El Horla* no sería más que una buena «historia extraordinaria», un poco demasiado lógica sin embargo en su delirio, si no viésemos en ella unas originales características, muy emotivas porque se las aprecia personales: «Ese presentimiento que es

sin duda el brazo de un mal aún desconocido, germinando en la sangre y en la carne» [...] «los huesos reblandecidos como la carne, líquidos como la sangre», esas noches (que ya pasaron y que serán cada vez más las de Maupassant) en las que el narrador espera el sueño como se espera al verdugo. El personaje que se expresa en primera persona en *El Horla* es ya un poco ese Maupassant que, siete años más tarde, se hundirá en el delirio y es esa presciencia del autor que tanto ha impactado, *a posteriori*, a los lectores. También se encuentra allí, por primer vez, ese horror a la locura, tan frecuente en los perseguidos, tan frecuente en Maupassant: «El pueblo es un rebaño de imbéciles... Se le dice: “Ve a batirte con el vecino”, y se va a pelear; se le dice: “Vota por el Imperio”, y vota por el Imperio; luego se le dice: “Vota por la República”, y vota por la República. No tiene nunca un principio inmutable en este mundo en el que no se está seguro de nada.»

A *El Horla* es preferible *Soledad*, que es un hermoso relato, no fantástico, pero humano y desesperado bajo su tranquila apariencia («¿Sabes algo más horroroso que ese constante rozamiento de los seres en los que no podemos penetrar?»). En *Terror*, Maupassant escribe: «Entonces, me parece sentir detrás de mi alguien que está de pie, cuya figura ríe con una risa atroz... etc.»

Citaré también algún rescate de ahogado (*Sobre el agua*), *La cabellera*, *Un loco* (mudanza de objetos sin intervención humana) y *La muerta* (una brillante idea: los muertos vuelven por la noche para cambiar los epitafios de las tumbas y sustituir la mentira por la verdad). Los demás cuentos



fantásticos nos parecen a veces inspirados por los americanos, los de Stevenson, de los Clubs Suicidas ingleses, de la *Filosofía en el armario*, de las leyendas populares rusas, sin duda contadas por Tourgueniev, y de Baudelaire cuya influencia fue muy grande en Maupassant, del Baudelaire, si se atreve a decirse, más percedero, el de los brujos post-románticos, del vampirismo, de los gatos satánicos, etc.

Maupassant camina en lo fantástico, progresa en lo irreal y estrecha de cerca la realidad, su propia realidad, pues cada vez más, sus cuentos están compuestos de observaciones muy exactas hechas sobre si mismo. Con una prodigiosa lucidez, ese cerebro que se iba descomponiendo poco a poco, anotaba todo, desde los primeros fenómenos de autoscopia externa (desdoblamiento) hasta los grandes delirios; no es él quién va hacia lo horrible, es lo horrible qué viene hacia él.

Pronto, Maupassant sufre la fascinación del siglo XVIII que actuaba en él sobre unos profundos instintos. La crueldad del siglo de Laclos, su refinado salvajismo, sus exquisitas torturas corresponden a unos gustos naturalmente perversos. Maupassant es un sádico nato, caracterizado, en estado puro (cuando el divino marqués mezclaba en el amor consideraciones republicanas y confundía la pena de muerte con el bienestar social). Se advierte que Maupassant casi imitaría a la Desgrange en las ciento cincuenta perversiones mortales de la cuarta parte de los *Ciento Veinte Dias de Sodoma*. No se conforma con tener miedo, busca el miedo, provocar miedo y la palabra *terror* es una de las más

frecuentes de su vocabulario. Describe con placer el horror de «esta voz que pasa sobre él como un sembrador de terror...». Su gusto por la caza también es sádica. «Matar está en nuestro temperamento, repite de ordinario, hay que matar.» (*¿Loco?*) (En esas condiciones uno se sorprende de que Maupassant sea, en política, pacifista.) Escuchémosle: «He nacido con todos los instintos y todos los sentidos del hombre primitivo amortiguados por los razonamientos y las emociones del civilizado. Me gusta la caza con pasión, y el animal sangrante, la sangre en las plumas, *la sangre en las manos* me crispan el corazón hasta desfallecer de gusto.» (*Amor*) El erotismo cruel no puede ser descrito con mayor claridad.

Podrían citarse muchas más páginas. El sadismo no solamente destaca en los cazadores de Maupassant, sino en sus paisanos, en sus burócratas; es directo en *Una noche*, *¿Loco?*, *Amor*, *Coco*, etc.; con violación en *Señor Jocaste*, *Las caricias*, *La pequeña Roque*, *Un fracaso*, *El vagabundo*; Moiron es el maestro que pone cristales diminutos y agujas rotas en las golosinas destinadas a los niños; Maupassant relata con complacencia los relatos sangrientos (*Un bandido corso*, *El tío Milon*, *La tía Sauvage*, *la confesión*, *El tic*, *Mohammed el bribón*, *El diablo*; en *Chali*, describe torturas. De niño hacía fumar a un sapo para que explotase.

La locura erótica se manifiesta en *La máscara*, *La cabellera*, un exhibicionismo sin piedad en *Julie Romain* (la vieja actriz que utiliza a una pareja de criados para rememorar sus tiempos de amor), en *La puerta* donde un marido muestra a otro hombre su

mujer desnuda; Maupassant aparece más sonriente en *Salvada* donde una mujer cuenta a una amiga como ha puesto en escena un flagrante delito: «¿Por qué no me has invitado a ver eso?» responde la amiga.

En Maupassant, los animales maltratados son tema de su obra: *El asno*, el perro que explota en *Mont-Oriol*, *Coco*, *Mademoiselle Cocotte*, *Pierrot*, *Los gatos*. Maupassant adora a los gatos, los tiene, es muy dulce con sus gatos y procura (ver Tassart) que estén bien cuidados. Pero al mismo tiempo, para dar rienda suelta a su crueldad, escribe frases tan atroces como estas:

No hay cosa más suave ni que produzca en la epidermis una sensación más exquisita, más refinada, más extraña que la envoltura tibia y vibrante del gato. Pero esa envoltura viva despierta en mis dedos una comezón rara y feroz de estrangular al animal que estoy acariciando.

Recuerdo que siendo niño me inspiraban ya los gatos este cariño, alternado con súbitos impulsos de ahogarlos con mis pequeñas manos.

Estando cierto día en un extremo del jardín, a la entrada del bosque, distinguí de pronto una cosa gris que se retorció entre las hierbas altas. Me acerqué a ver lo que era, y me encontré a un gato gris que había metido el cuello en un lazo, y que se ahogaba, que estaba en los últimos estertores, que se moría. Se retorció, arañaba el suelo, saltaba, caía inerte, repetía la maniobra y su respiración ronca, apresurada, semejaba el ruido que hace una bomba aspirante; me parece estar oyendo todavía aquel ruido horrible. No hubiera tenido ninguna dificultad en coger un azadón y cortar el lazo; hubiera podido también llamar a un criado o a mi padre. No,

señor; permanecí inmóvil, con el corazón palpitante, y le vi morir con un regocijo tembloroso y cruel.

El Sr. Léopold Lacour refirió a Lumbroso que, «sin ser un buscador de taras, Maupassant veía sobre todo los ridículos en personas que conocía, y le producía un gran placer malicioso proclamarlos.»

Invitando, el 13 de abril de 1875, a su amigo Edmond Laporte a una de las representaciones de *En la Feuille de Rose*, Maupassant escribía: «El palco principal estará ocupado por la sombra del gran Marqués...» Debía a Laporte la lectura de *La filosofía del armario*, quién le había prestado dicho libro. Sin embargo es raro que guste el marqués de Sade a los veinticinco años. Sería más bien el hecho de que era un hombre de edad con amplias facultades amorosas; hubo en todo caso, en el autor de *Bola de sebo* unos aspectos que se juzgarían alterados si no estuviesen en su naturaleza. La peor de las parálisis progresivas es la que avanza invisiblemente. A través de todos los cuentos fantásticos de ese degenerado excelso, como se decía en su tiempo, podemos oír la «llamada íntima, profunda y desolada» que el futuro le hace.

Dado que este capítulo está inmerso bajo el epígrafe de la fecundación, es necesario considerar aquí lo más simplemente, lo más humanamente y lo más brevemente posible la causa inicial de la prematura desaparición del escritor: la enfermedad que golpea a Maupassant.

Los médicos que tanto atormentaron a Maupassant durante su vida, aún no lo dejaron en paz tras su muerte. Sus estudios acerca de ese caso

patológico han generado una ingente bibliografía. Para los psiquiatras, para los buceadores del inconsciente, para las tesis doctorales, para los autores de *Enfermedades mentales* o de *Gemüts Krankheiten*, para los estudiantes de medicina literatos virtuales; para los cazadores de muertos célebres, Maupassant es el caso ideal. En jerga molieresca, se nos ha hablado en veinte volúmenes de leucoencefalitis, de sustratum anatómico, de delirio sistemático progresivo, de encefalitis intersitial, etc.

A Maupassant no le gustaba que se hablase de ello. Protesta vehementemente cuando Maxime du Camp revela al público la epilepsia de Flaubert. Censuró «esa desafortunada crónica secreta del arte que se interesa más por el lecho del artista que por su pluma». En su correspondencia privada (ver *Unas cartas*), al menos entre 1880 y 1890, raramente se expresa al respecto. «Siempre me he felicitado, dice, pensando evidentemente en Goncourt, de no tener esta curiosidad a la que califico de malsana... Ignoro el pudor físico del modo más absoluto, pero tengo un excesivo pudor por el sentimiento, tal es así que una sospecha adivinada en alguien me exaspera.»

Sin embargo es necesario hablar de la enfermedad de Maupassant, en primer lugar porque su vida sería incomprensible sin ella, y la mayor parte de su obra inexplicable. Luego porque hoy, cincuenta años después, esa temida posteridad, a pesar de todo, sigue removiendo su caso. Finalmente porque unas enfermedades que, hace medio siglo,

eran secretas y vergonzosas, son expuestas ahora sin ambages.

¿Sufrió Maupassant un mal hereditario o había contraído la sífilis?

Ambas tesis han sido igualmente sostenidas. La teoría de la herencia genética de Maupassant está muy admitida, aunque su madre y toda su familia se hayan siempre esforzado en negarla.

«Ninguno de nosotros tenía su enfermedad, dijo la Sra. de Maupassant a Paul Alexis, era un reumatismo, un reumatismo del corazón.»

Pero los hechos son como son.

La Sra. de Maupassant fue presa de extraños trastornos. Flaubert escribe a Guy el 23 de noviembre de 1878: «Me preocupa lo que usted me dice de su pobre madre, ¿no sería mejor internarla en un hospital?» «Lo que es seguro es que Guy sufre mucho, escribe en 1880 Flaubert a su sobrina Caroline. Probablemente tiene la misma neurosis que su madre.»

El 29 de marzo de 1892, el Sr. de Maupassant padre escribía al Sr. Jacob, abogado y amigo de la familia, una carta en la que, sin haber sido testigo personal de ciertas escenas, las refiere según lo que le ha contado su nuera, la esposa de Hervé de Maupassant. Esta carta es de una importancia capital:

La Señora de Maupassant ha llegado a tal paroxismo de ira que por cualquier cosa tiene unos ataques terribles que son imposibles de ocultar a la niña y que le producen un daño enorme.

Desde hacía ocho días la Señora de Maupassant estaba sin noticias de Guy – su cabeza alterada y ella eran inabordables – trataba a mi nuera como a la última de las mujeres – arrastraba en el lodo a la familia de aquella y, resumiendo, el sábado, durante un ataque, ¡echó a Marie-Thérèse de su habitación ordenándole que volviese con su familia!...

Mi hija (léase nuera) salió de la habitación para hacer sus maletas. Cuando acabó, descendió para despedirse. Durante ese intervalo la Señora de Maupassant había ingerido dos frascos de laudano. ¡¡Estaba inconsciente!! Se corrió a buscar al médico que la hizo vomitar, y el exceso de veneno la salvó. Cuando volvió en sí, su ira no conoció límites. ¡¡Se levantó, empujó a mi nuera y corrió a la calle!! Se precipitaron tras ella. La volvieron a llevar a su habitación y se la confió a unas amigas mientras que ella volvía junto a su suegra. ¡¡La Señora de Maupassant había aprovechado esos minutos para estrangularse con sus cabellos!! Fue necesario cortárselos para salvarla. Entonces tuvo unos ahogos y unas convulsiones terribles...

Cuando el Sr. Gustave de Maupassant escribió esto, estaba separado desde hacía bastantes años de su esposa y no tenía ningún motivo para contarlo. De hecho, rogaba que esas revelaciones fuesen consideradas estrictamente confidenciales. Tenemos por tanto todas las razones para creer en su palabra. Esa escena ilumina al escritor con luz indirecta, viéndose ahí la fatalidad en toda su crudeza.

Hervé, el hermano menor de Guy, fue víctima de una insolación según los Maupassant. En realidad, murió paralítico general y también internado. Guy, desde su juventud, manifiesta ciertos trastornos hereditarios. Sus antepasados le han

transmitido ese gusto demasiado violento por la caza, la sangre, el miedo, las bromas, etc. Su tío materno, Alfred Le Poittevin, nacido para hacer grandes cosas pero muerto demasiado joven, había agotado su vida en excesos y nostalgia. Flaubert después de haber leído *Louis Lambert* de Balzac, escribía: «Es la historia de un hombre que se vuelve loco a fuerza de pensar en cosas intangibles. Ese Lambert casi es mi pobre Alfred.» Maupassant sin ninguna duda tenía una predisposición. «Como la gravedad, la herencia tiene sus leyes», dijo Zola.

Eso no le impidió contraer por añadidura la sífilis. No tenemos prueba escrita de ese hecho. Ni su amigo Robert Pinchon, ni el propio Maupassant, ni su madre, ni su mayordomo nos hablan abiertamente; incluso se dice que, cuestionado por dos médicos, Maupassant habría negado estar contaminado. Sin embargo la carta a Flaubert del 21 de agosto de 1878 dice: «En cuanto a mí, estoy empezando a quedarme calvo. Los médicos *ahora* creen que no hay nada de sifilitico en mi caso.» (Esto quiere decir que los galenos habían comenzado por creer lo contrario.) Maupassant podía ser sincero; las reacciones sobre la sangre o sobre el líquido céfalo-raquídeo eran naturalmente desconocidas en la época y los médicos que lo trataron, pudieron haber cometido un error. Solamente los oculistas, como hemos visto, no se habían equivocado. Fue en marzo de 1880 cuando el Dr. Abadie constató una irritación del ojo, y fue en 1883 cuando tuvo lugar el examen del Dr. Landolt: la parálisis era evidente y se sabe cual es la causa más frecuente.



El modo en que evoluciona el mal y en el que Maupassant fue abatido, trece años más tarde, no deja lugar a duda alguna: solo la fecha es incierta.

El Dr. Sabouraud propone el verano de 1876, con motivo de la alopecia que sobrevino seis meses después. («El pobre Maupassant pierde todo su cabello, escribe Tourgueniev en 1877.»)

El Dr. Lagriffe piensa que Maupassant contrae la enfermedad hacia 1876.

El Dr. Valley-Radot estima que Maupassant fue contagiado a los veinte años, es decir en 1870.

El barón Lumbroso conoció a los médicos que trataron a Maupassant y que decían haber recibido confidencias de su paciente, pero no indica ninguna fecha.

Un amigo de la infancia de Maupassant afirmó al Dr. Pillet que Guy sabía que era sifilítico. Pillet considera que Maupassant fue contagiado a los veinte años. (¡Y Manet a los dieciocho!)

Fue en 1880 cuando Flaubert envía a Maupassant a la consulta del Dr. Fortin: «Desconozco su opinión», añade Flaubert; lo que parece muy singular, pues si Flaubert envía a su joven amigo a su propio médico, es sin duda para mantenerse informado.

Puede decirse que con toda certeza, fue entre 1873 y 1876 cuando Maupassant fue infectado.

La sífilis aparece aquí y allá en la obra de Maupassant (*La cama veintinueve*, *Las hermanas Rondoli*). Él habló de «ese miedo que nos persigue después de los amores sospechosos».

Sífilis adquirida o sífilis hereditaria, ambos males se fusionaron en él. La duración normal de la

parálisis general es de cuatro años; ahora bien, la de Maupassant evolucionó en diez años. Nosotros sabemos (lo que se ignoraba entonces) que con una componente genética marcada, la curva de la parálisis general es más larga que en un sujeto normal. Si la de Maupassant duró diez años, fue no solamente porque él era vigoroso y duro, sino gracias a una especie de vacunación debida a sus fuertes antecedentes.

Si se quiere datar las diferentes fases del calvario de Maupassant, se llegaría más o menos a lo siguiente:

a) *Periodo hereditario* (1870)

Excesos venéreos y alcohólicos, acompañados de proezas deportivas exageradas.

b) *Sífilis contraída*

1876- Contagio. Primeros trastornos cardíacos.

1877- 1878 – Melancolia, violentas jaquecas, sensaciones de frío.

1880- Trastornos oculares característicos.

1882- Primeros fenómenos obsesivos.

c) *Periodo preparalítico latente*

1883- Producción literaria y sexualidad excesivas. Angustias.

- 1884- Trastornos intestinales, ternura, emotividad.
- 1885- Fenómenos de desdoblamiento. Alucinaciones..
- 1888- Primeros síntomas de megalomanía. Movilidad exagerada.
- 1889- Calambres. Fenómenos de autoscopia. Trastornos oculares graves

*d) Periodo preparalítico agudo*

- 1890- Aparición de delirio de grandeza. Hipertrofias olfativas y auditivas. Pensamientos sombríos.
- 1891- Agrafía. Desatinos. Tentativa de suicidio.
- 1892- Internamiento. Chochez.
- 1893- Convulsiones. Muerte

En un escritor, la lucha de la creación contra la destrucción es siempre una carrera contra la muerte, pero en el caso de Maupassant, la carrera es particularmente impresionante pues parte perdiendo y nosotros sabemos que no puede llegar a tiempo al final de su obra, aún admitiendo que una obra jamás está acabada.

## El tercio de muerte (1889-1893)

En Túnez, detrás del barrio sórdido, se extiende la ciudad de los locos; por un encuentro que adopta un valor simbólico, Maupassant saliendo del burdel que acaba de visitar, va a visitar el manicomio. De este modo coinciden los dos grandes temas de su vida: el amor y la demencia.

Un viejo indígena le persigue dando alaridos:

«He aquí un anciano que ríe y nos grita bailando como un oso: “¡Locos, locos, estamos todos locos! ¡Yo, tú, el médico, el guardia, el bey! ¡Todos locos!” La afirmación con su dedo dirigido hacia nosotros es irresistible. Nos señala a uno tras otro, ese loco, y repite: “Sí, sí, tú, tú, ¡tú estás loco!”»

Maupassant oirá ese grito de nuevo, pero mucho más terrible. Fue en Lyon. Hervé de Maupassant, al que Guy sufragaba un establecimiento hortícola en Antibes, estaba enfermo, «debido a una insolación», decía piadosamente su madre, pero en realidad era presa de locura homicida, habiéndose arrojado sobre su

mujer para estrangularla, tanto, que los médicos solicitaron su internamiento. Fue a Guy a quién la Sra. de Maupassant encargó esa tarea. Él concierta una cita a su hermano en Lyon bajo el pretexto de llevarle a ver una villa en la que podría descansar durante algunos meses. Va a buscarlo a la estación, lo lleva a almorzar, luego a la villa, es decir a la residencia psiquiátrica. Hervé está muy contento, parece completamente normal, lo que hace la escena siguiente, todavía más desgarradora.

En la clínica, Guy lo conduce a la ventana para hacerle ver el jardín. Hervé se apoya sin desconfianza; de inmediato dos guardias toman al desgraciado, poniéndole la camisa de fuerza, pero no pueden impedir que grite: «¡Ah! ¡Guy!...¡miserable! ¡Tú me encierras!... Eres tú quién está loco, me entiendes, ¡tú eres el loco de la familia!...»

Guy hizo varias visitas a su hermano internado. A menudo lo encontraba más irritado que apiadado de si mismo, pero en su última visita, la enfermedad estaba tan acentuada que de regreso al hotel, Guy, conmocionado, escribió a la condesa Potocka:

Me ha desgarrado el corazón de tal modo que nunca he sufrido así. Cuando tuve que marchar, y cuando se le ha negado acompañarme a la estación, se puso a gemir de un modo tan horrendo que no he podido retener el llanto, mirando a ese condenado a muerte que la Naturaleza mata, que no saldrá de esa prisión, que no volverá a ver a su madre... Él siente perfectamente que algo hay en él de espantoso, de irreparable, sin saber lo qué...

¡Ah! el pobre cuerpo humano, el pobre espíritu, qué asco, qué horrible creación. Si creyese en el Dios de su religión, ¡qué horror ilimitado tendría hacia él!...

[...] Si mi hermano muere antes que mi madre, creo que yo mismo me volveré loco pensando en el sufrimiento de ese ser. ¡Ah! pobre mujer, ¡ha sido abrumada, apabullada y martirizada sin descanso desde su matrimonio!...

Nada más salir de ese asilo que es la residencia de salud, muriendo sin haber vuelto a ver a su madre, Maupassant todavía ignora que este destino fraternal le espera como a veces le espera su doble, en el último recodo del camino.

En esta época, Maupassant ya está muy cambiado; uno de sus amigos nos lo muestra «habiendo perdido bajo los párpados enrojecidos su bella mirada aterciopelada («sus ojos tan vivos, tan penetrantes estaban como mates», dice Heredia), algunas canas en su cabello castaño, antaño espeso, unas arrugas, gruesas venas en la frente y las sienes». Las migrañas le torturan, su carácter se agria y se vuelve irritable. Entabla una serie de procesos judiciales contra *El Figaro*, contra un editor americano. «Mi nombre se cotiza bastante en los periódicos de París, ya que el menor de mis artículos se paga a quinientos francos, por lo que tengo que hacerlo respetar por esos bribones de América. Todo esto es un atropello. »

Como tiene necesidad de dinero y como su fuerza creadora disminuye rápidamente, trata, so pena de infinitas preocupaciones, de llevar sus obras a escena; *Musotte*, versión del cuento *El hijo* es representada en el Gymnase el 4 de marzo de 1891;

*La Paz de la pareja* lo es en la Comédie-Française. Consiente, si se lo exigen, en ver *Pierre y Jean* «destrozado en el teatro». Negocia con los peores industriales de la adaptación, con un Oscar Méténier. Rompe con Koenig, el director del Gymnase culpable de no representar una adaptación de uno de sus cuentos.

«Usted tendría éxito con el menor de mis relatos. Tengo ciento veinte que valen perfectamente, son pues ciento veinte éxitos que usted deja escapar. ¡Tanto peor para usted!»

En la Comédie-Française, Maupassant grita a Claretie:

«¡No quiero pasar por el comité de lectura!»

Y Claretie:

«Es una locura.»

Sus cartas, antaño tan corteses, se vuelven arrogantes o amenazadoras: «El número de mis ediciones es uno de los más grandes, incluso el más grande después de Zola»; «Lo acuso a la vez de ladrón y de falso...»: «No permitiré que se hagan versiones de mis libros...» Habiéndose enterado de que *La casa Tellier* se había agotado en la editorial Havard desde tres meses atrás, de inmediato hace dar fe de ello por un notario y ordena al editor que tenga, en veinticuatro horas, una nueva edición en el almacén.

En su nuevo apartamento de la avenida Victor Hugo, el trabajo nocturno de un panadero vecino le impide dormir; reacciona violentamente exigiendo un atestado. Un editor, habiendo publicado un retrato suyo sin su autorización, recibe una carta furibunda con amenazas de proceso. Comienzan a

manifestarse inquietantes síntomas; oye ruidos extraños, comienza a ver por todas partes arañas, fenómeno clásico de intoxicación; para matarlas, mueve todas las camas de su villa. Pero Tassart, que toma siempre partido por el escritor, afirma que él también ha visto esas mismas arañas, que él ha oído esos mismos ruidos sospechosos; casi hasta el final, ese servidor discreto arrojará un velo sobre los atroces sufrimientos de su señor.

Después del malogrado intento de vivir en la avenida Victor Hugo, Maupassant se instala en el número 24 de la calle Boccador (ese fue su último domicilio parisino), y alquila en la misma calle, otro apartamento de soltero.

Esta existencia pronto no es más que una lucha para salvar lo que puede todavía ser salvado de su «facultad de trabajo»; en la primavera de 1889 se encierra en la villa Scieldorf en Triel para trabajar en *Nuestro corazón*; las novelas de amor y elegancia están de moda. *Un corazón de mujer* de Bourget, *Flirteo* de Hervieu, *Fuerte como la muerte*: «He escrito este libro para algunas mujeres, dice Maupassant a la Sra. X... y también para algunos hombres, aunque menos. A los hombres de letras no les gustará demasiado. Las notas sentimentales no les parecerán artísticas. Los jóvenes la detestarán.»

Maupassant adivina en torno a él el desafecto de los colegas, de los jóvenes que pugnan por triunfar; los lectores de su generación le siguen siendo fieles, pero él no aporta ya ninguna novedad y eso también lo hace sufrir. Pone en su Oliver Bertin toda la lasitud, el desamparo del alma del



artista famoso que se siente empujado fuera por la creciente ola de los recién llegados.

De ahora en adelante el descalabro de Maupassant es tal que los mismos indiferentes se dan cuenta; solo su madre, a quién miente heroicamente para no inquietarla, no se entera de nada. Durante su estancia en Sicilia sus extrañas maneras, sus accesos de ira seguidos de incoercibles estallidos de risa, sus palabras bruscamente obscenas, horrorizan a la gente. No se mantiene quieto en ningún lugar, corre del Norte al Midi. Los viajes lo tranquilizan, pero tan pronto llega a París, se hunde y sufre de tal modo que no frecuenta más que a los médicos, Bouchard, Robin, Lannenlongue, Panas, Magitot, Pozzi, Dejerine, Despaigne, Perillon, Glatz (de Champel), Pickewiez y Kuhn (dentistas), pero sobre todo al Dr. Cazalis, Jean Lahor en literatura, y al Profesor Grancher, que son sus amigos. «El profesor Grancher, nos cuenta Tassart, le trataba con un afecto paternal y siempre parecía mirarlo como un adolescente sin experiencia.» «Como un padre a su hijo, confiesa a su vez Maupassant, Grancher me dijo las cosas más dulces que se puedan escuchar. Cuando nuestras manos se estrecharon para separarnos, advertí que gruesas lágrimas discurrían sobre las flacas mejillas de aquél que acababa de emocionarme tan profundamente con sus amables palabras. Fue la única vez en mi vida que tuve deseos de abrazar a un hombre.»

Con demasiada frecuencia, torturado por los médicos, Maupassant se venga en *Mont-Oriol*,

dónde se pueden encontrar sabrosos retratos de médicos termalistas.

1890 es la última curva, es la aceleración normal de una parálisis general en progresión hasta ese momento lenta. Maupassant era famoso, rico y fuerte. Parecía feliz, se le envidiaba. «Nunca fue más miserable», confió Heredia al barón Lumbroso cuyo libro, bastante criticado en cuanto a testimonios, es sin embargo crucial para conocer los tres últimos años.

Esta vida a la que ha faltado corazón y fe, se basa completamente en los sentidos y Maupassant va a perder ese hábito. Hiperestesia o impercepción, esos servidores infieles le faltarán uno después del otro, esperando que el centro receptivo, el cerebro, sea a su vez destruido. Ahora experimenta dificultades para hablar; le parece que grita tanto que no puede hacerse entender; sus oídos son ensordecidos por unos zumbidos. Sus ojos, «sus pobres ojos», como dice Tassart, le niegan todo servicio. Por momentos se hace la noche completamente.

Cada vez pierde más la noción de sí mismo. «Me aparezco como un fantasma.» «Me siento como si no hubiese existido.» Pocos candidatos a la locura se han analizado tan lúcidamente. Además, en un artista, ¿dónde acaba la introspección, donde comienza el desdoblamiento patológico? «Parece tener dos almas, una común a todos los hombres y la otra que registra todo..., dice Maupassant. En él, no existe ningún sentimiento simple, todo lo que ve, sus

placeres, sus sufrimientos, sus desesperanzas, se convierten en temas de observación.»

Con una rapidez fulminante, Maupassant envejece y la piel se arruga en sus manos. A los cuarenta años no cuentan más que los fenómenos de decrepitud física, de senilidad... «Es lo lejano que se adelanta, es el presente que se eclipsa y palidece.»

Los progresos de la enfermedad se leen en su escritura, antaño tan homogénea y que rápidamente se hace irregular, dejando caer palabras, llenándola de borrones, de tachaduras; para comprender los sufrimientos del escritor, no hace falta leer sus cartas, solamente la escritura ya lo deja ver; el estilo se enreda completamente; desde 1889, en una carta en la que habla de «afectar los corazones», la palabra afectar aparece tres veces en cinco líneas, la palabra sentimiento cinco veces en diez líneas y las faltas de ortografía se multiplican.

A pesar de eso trabaja. Comienza su nueva novela, *L'Angelus*, en la que ha pensado mucho tiempo. «Mi espíritu deambula por negros valles... ¡olvído las palabras, los nombres de todo!» Escribía a su madre en un acceso de euforia maníaca: «Camino por mi libro como por mi cuarto, es mi obra maestra.» Ciego por momentos, con extremo coraje, retoma el trabajo, deja caer el manuscrito, lo vuelve a tomar, lo pierde todavía y exclama con gestos desordenados: «¡Si en tres meses el libro no está acabado, me mato!» El testimonio de Auguste Dorchain al respecto es particularmente emotivo.

Fue en Champel, establecimiento vecino y rival de Divonne, donde Maupassant fue porque Taine se lo había recomendado (pero Taine no sufría

más que de agotamiento nervioso), donde encuentra a Dorchain, el qué, advertido por Cazalis, lo anima caritativamente en sus ilusiones de curación. Pero las maneras de actuar de Maupassant le impresionan de tal modo que, diez años después, todavía habla con pavor de ello a George Normandy. La incesante volubilidad de Maupassant agota a sus interlocutores, se ve poseído por delirios de grandeza: en la mesa ordenaba con énfasis, con voz tronante, que le sirviesen unos manjares extravagantes, hablaba de una fortuna que había conseguido por la tarde en Ginebra (donde sin embargo, afirma Tassart, no había visto más que a Cazalis), se jactaba de haber sido recibido con honores por Rothschild, de haberse defendido con su bastón contra una banda de gamberros y de perros rabiosos.

Bruscamente, «en medio de todo eso, lo maravilloso regresa durante dos horas, al estado normal, al perfecto equilibrio, a la plena consciencia». Lee a los Dorchain los primeros capítulos de *L'Angelus* y les hace un resumen de la continuación y del final (tales como Dorchain los resumiría más tarde en un artículo en los *Anales*, «única pista que nos queda»), «con una emoción de una intensidad y nobleza tan extraordinarias» que sus auditores lloran escuchándole.

Lo peor es que Maupassant ya no es dueño de su cerebro; las visiones se instalan allí permanentemente; ese doble que él arrastra consigo viene a visitarlo: tanto Maupassant entrando en su casa ve instalado en su despacho a un hombre que es él mismo; tanto sentado, él en su despacho, es el

doble quién entra y le dicta lo que estaba a punto de escribir.

En Ruán, en la inauguración del monumento a Flaubert, Goncourt advierte a ese colega al que no le cae bien, acechando su decadencia: «Me he quedado atónito de la mala cara de Maupassant, anota el 23 de noviembre de 1890, de la delgadez de su rostro, de su aspecto encendido, del marcado carácter de su persona e incluso de la fijeza de su mirada. No me parece destinado a hacer viejos huesos.» (*Diario*, tomo VIII.)

Menos de diez años antes, en su tomo V, escribía: «Maupassant fue a buscarnos en coche a la estación de Ruán... Nada más que risas y bromas, qué festivo es este Maupassant...»

Henri de Regnier dijo a Normandy: «Maupassant me dio la impresión de un hombre que siente llegar su propia catástrofe»; y a mi mismo: «Maupassant ha seguido durante mucho tiempo su propio enterramiento.»

Año 1891. El martirio se vuelve espantoso. Los médicos se esfuerzan en ocultar a Maupassant la gravedad de su estado y él oculta sus dolores a su madre, que vive en Niza. Ha dejado de escribir. No pasa en Étretat más que una parte del verano, ocupado por una estancia en los Vosges. El 7 de enero, confía a su primo Louis Le Poittevin: «Mi médico me prohíbe toda salida y no quiere que me aventure al atardecer por las calles... Siempre el mismo mal, una neurosis.» A su madre le escribe el 14 de marzo que no se trata más que de un agotamiento.

Pasa una primavera atroz, sus ojos no le responden, se queja de pesadillas, de angustias nocturnas, de absoluta descomposición (marzo). A la Sra. Lecomte du Noüy: [...] Tan pronto como fijo la vista, mis pupilas se deforman, se dilatan, toman apariencias inverosímiles. A la Sra. X..., esta carta, la más espantosa de todas, que hiela de horror: «Ciertos perros que aullan expresan muy bien mi estado. Es un lamento que no se dirige a nadie, que no va a ninguna parte, que nada dice y que arroja en la noche el grito de angustia encadenado que yo quisiera poder emitir... Si pudiese gemir como ellos, me iría alguna vez, a menudo, a una gran llanura o al fondo de un bosque y aullaría así, durante horas enteras, en las tinieblas.» Pero a su madre, continúa mintiéndole audazmente: «He engordado, me ha vuelto la figura.» Y corre de Cannes a Luchon, de Luchon a Divonne, de Divonne a Champel, luego de nuevo a Divonne, luego a París y por último a Cannes, en la persecución de los dos paliativos del los que tiene una necesidad absoluta y que no puede encontrar juntos: las duchas heladas y el sol.

En junio, Maupassant está en Divonne. No ha dormido desde hace cuatro meses. Escribe al doctor Cazalis: «Hay días en los que tengo ganas de pegarme un tiro.» Las migrañas, que habían desaparecido hacía dos años, recomienzan; toma hasta dos grajeas de antipirina al día, se idiotiza, no puede escribir, confiesa a Cazalis, mientras que a su madre le dice: «Cazalis me ha encontrado tan buena cara, de aspecto tan fuerte que ha exclamado: “¡Está usted curado!”» Al Dr. Daremberg: «Reviento de morfina... Estoy en un estado horroroso... Creo que

es el comienzo de la agonía... Mis jaquecas son tan fuertes que estrecho la cabeza entre las dos manos y me parece que es una cabeza de muerto...» (Noviembre y diciembre de 1891).

Un año antes, había dicho a Hugues Le Roux: «Pienso en el suicidio con agradecimiento. Es una puerta abierta a la huida, el día en el que esté verdaderamente cansado.»

A finales del año 1890, escribía a Heredia: «Adiós, hasta luego, no, *adiós*. Mi resolución está tomada. No me arrastraré más. No quiero sobrevivirme.» Retomará ahora para sí la frase de *El Horla*: «¡Tendré que matarme!»

En 1891, pregunta al Dr. Frémy: «¿No cree que me encamino hacia la locura? Si eso es así, debería usted advertírmelo. Entre la locura y la muerte, mi decisión está tomada.»

La villa que Maupassant había alquilado en Cannes, sobre la ruta de Grasse, era una casa muy bien abrigada a la que él llamaba «su caldera».

Fue allí cuando el 15 de diciembre de 1891, hace su testamento.

Fue desde allí cuando advierte al Dr. Cazalis: «Me estoy muriendo. Estaré muerto dentro de dos días...»

Esas cartas son las últimas.

En esta interminable agonía, a pesar de esa condena en la tierra, Maupassant resiste, se observa, actúa con astucia con sus fantasmas como el protagonista de *El Horla* con el monstruo, se afana en vivir, todavía espera curarse; ante los síntomas más graves, antes las adversidades más evidentes, como el mal funcionamiento de sus piernas (no

puede descender solo la pasarela del *Bel-Ami*), se aferra a la esperanza de que no sean más que reumatismos, catarros. Él, el imposible, se niega a admitir la autentica causa de un mal tan evidente. Cuanto más se aproxima al final, cuando sus torturas se vuelven más inhumanas y cuando más frecuenta a los médicos, más se aferra a la vida.

El 26 de diciembre, va a dar un paseo por la ruta de la Grasse, pero regresa enseguida, diciendo a François que ha visto un fantasma. Es la primera prueba escrita, procedente de un testigo fidedigno, de que Maupassant está loco.

El 1 de enero, Maupassant, que ni incluso puede afeitarse, se esfuerza en vestirse, pues ha prometido ir a almorzar con su madre, en Niza, y teme inquietarla si no va.

Sobre esa comida, los testimonios difieren. Tassart habla de almuerzo, el barón Lumbroso de cena; el Dr. Balestre pretende haber asistido, mientras que François afirma que allí no estaba más que la familia y la Sra. de Maupassant, manifestando que ella estaba enfrente de Guy.

Sea como sea, en la mesa, por primera vez, Maupassant divaga ante su madre: pretende haber sido informado por una píldora de un acontecimiento que le interesaba.

¡Cuál no debe haber sido el horror de la Sra. de Maupassant! Siempre se le había ocultado la verdad; esta vez comprende perfectamente que no se trata de una distracción, de un lapsus, sino que es la demencia. Su hijo está loco. Después de Hervé, Guy irá hacia las duchas y la camisa de fuerza.



Inmovilizada en Niza, casi ciega, no podrá seguirle, protegerle, cuidarle. Ella lo perderá vivo.

Pero Maupassant ya se ha recuperado; ante el aterrorizado rostro de su madre, comprende que se ha traicionado, se levanta bruscamente y, temiendo que su locura vuelva a poseerlo, pide el coche, exige partir para Cannes de inmediato. Su madre le suplica en vano que se quede; él huye.

La madre y el hijo no se volverán a ver nunca más.

Maupassant regresa a su casa, en Cannes, al chalet de l'Isere; se pone una bata, cena una ala de pollo, legumbres y un suflé de vainilla. Hasta las diez y media camina por su cuarto, presa de terribles dolores intermitentes de la médula espinal, y cuando Tassart, según su costumbre, le sube a su dormitorio una taza de manzanilla, se hace poner unas ventosas y a medianoche, un poco más tranquilo, se duerme profundamente.

Un cartero llama a la puerta; Tassart va a abrir y deposita sobre la mesa un telegrama; es la última señal de la mujer de gris.

Una vez solo, Maupassant se despierta y no puede dormir. «Pienso en el suicidio con agradecimiento», había dicho tiempo atrás. Su revólver está descargado; Tassart le había vaciado las balas algunos días antes porque Maupassant había disparado por la ventana sobre un enemigo imaginario.

En los excesos del sufrimiento, este antiromántico va a cometer el acto romántico por excelencia.

A las dos menos cuarto, Tassart oye el ruido. Corre: Maupassant está de pie sobre el rellano, con la garganta abierta, no por una cuchilla de afeitarse como se ha dicho, sino por un cortapapeles. «Mire, François lo que he hecho, dice, me he cortado la garganta: *es un caso de locura absoluta.*»

Horrorizado, Tassart llama a Raymond (el marinero), avisan al Dr. de Valcourt; la herida es cosida y el enfermo acostado.

Mi pobre señor estaba absolutamente tranquilo, no pronunció una palabra en presencia del doctor. Cuando el médico hubo partido, nos manifestó su dolor por haber hecho «semejante cosa» y de causarnos tantas molestias. Nos dio la mano, a Raymond y a mi; quería pedirnos perdón por lo que había hecho, y era consciente de toda la magnitud de su desgracia; sus grandes ojos abiertos se fijaban en nosotros como para rogarnos algunas palabras de consuelo, de esperanza, si eso era posible...

Raymond, apoyado sobre el pie de la cama, estaba anonadado, al borde de sus fuerzas, había dado todo de lo que era capaz; estaba de un pálido espantoso. Le aconsejé que tomase un poco de ron, lo que hizo, y entonces de su pecho de coloso salieron unos sollozos que parecía que iba a estallar, sus ojos permanecían secos. Ambos, nos quedamos velando a nuestro señor; yo no me moví pues tenía una mano apoyada sobre mi brazo; temía tanto despertarle que incluso no hablamos. La luz de las lámparas había sido reducida y, en la oscuridad, pensamos en la irreparable desgracia.

Por la mañana, Bernard, el primer marinero, vino a relevar a su compañero. Maupassant parecía indiferente a todo; su tranquilidad daba miedo. Se

decidió su internamiento de urgencia en la residencia del Dr Blanche en París.

Antes de salir, se le quiso mostrar una vez más el *Bel-Ami*. Los marineros tomaron a Maupassant cada uno por un brazo, con un afecto y una solicitud particulares y lo condujeron al espigón. Lloraban viendo a su señor tan mal. Nadie mejor que ellos sabían cuanto había cambiado. Después de haberlo visto a él, tan fogoso en la maniobra, ahora lo veían con la cabeza baja, mirando estupidamente los reflejos (confesaba uno de ellos, no hace mucho tiempo ese recuerdo a uno de sus amigos), fijandose en el agua con aire alorado. Raymond recordaba que un día reciente, en el transcurso de una salida al mar, el patrón incluso había insultado a las nubes.

Guy de Maupassant mira ese barco al que no se le permite subir. Mueve los labios pero nada sale de su boca. Hubo que llevárselo de allí. Varias veces se vuelve para ver todavía el *Bel-Ami*, el *Bel-Ami* que iba a desaparecer para dar lugar a la barca de Caronte.

Sin embargo Tassart, testigo ocular, no hace ninguna mención de esta escena que figura en el libro del barón Lumbroso.

El *Bel-Ami*, según Tassart, debía acabar en Saint-Nazaire, tras haber pasado por las manos de dos propietarios. Según otras versiones, fue desguazado en Cannes.

A las ocho de la noche, dice Tassart, Maupassant, hasta el momento postrado, es presa de una crisis de demencia.

«¿François, grita, está usted preparado? La guerra ha sido declarada... Para la venganza, sabe

usted bien que hemos convenido que marcharíamos juntos... Es necesario, hagámoslo...»

En su sueño despierto, sin ninguna duda, el delirante cogía el fusil que, siendo joven soldado, había dejado caer en el foso de Vincennes.

El 6 de enero, acompañado de François y de un enfermero llegado de París, Maupassant sube en su vagón-cama. En la estación de Lyon, el Dr. Cazalis y el doctor Ollendorf lo esperaban. Se le conduce directamente a la residencia del Dr. Blanche donde deberá permanecer sufriendo todavía dieciocho meses, «encerrado en el ataúd de su vida» hablando como Amiel, pues con él la muerte debió regresar varias veces, golpeándole en falso.

Los Doctores Meuriot y Franklin Grout que, junto al Dr. Blanche, cuidaron a Maupassant en la clínica, ofrecieron más tarde al conde Primoli su cuaderno de observaciones. Fue gracias a ese documento y a los recuerdos de Tassart como estamos informados sobre el final del gran novelista.

Al principio, unos periodos de pleno raciocinio dónde responde a los doctores con toda su memoria, en los que cuenta divertidas historias a sus enfermeros, evoca unos recuerdos con François Tassart y suplica que se le traslade a la calle Boccador donde seguramente curará «gracias a la buena cocina de François», alternan con furiosas crisis, dónde incluso llega a herir a un enfermo en el transcurso de una partida de billar. Pero poco a poco, con la mirada apagada, los músculos de la mandíbula distendidos «formándosele mofletes», ese realista que había perdido el sentido de la realidad («solo los locos son felices, había dicho un día, pues

han perdido el sentido de la realidad»), se hunde en la nada. Desde ese parque de Passy que rodeaba la residencia, no miraba ya el Sena que había descendido a grandes golpes de remo tan pocos años atrás. Yo conocí, siendo niño, cerca de la escuela Duvigneau de Lanneau, ese jardín magnífico que había sido el parque de la Sra. de Lamballe y donde María Antonieta se había paseado. El Dr. Blanche se había instalado allí en 1846. Era el paraíso de Armide en pleno París; detrás de las gruesas paredes grises, se oían día y noche las cigarras, las ranas, el ruiseñor.

Inclinados sobre Maupassant, los alienistas en levita no hablaban ahora más que de agotamiento o de neurastenia: la condición de su enfermo era bien clara; en las manos de los enfermeros, Maupassant era duchado una y otra vez. No recibía casi visitas. Desde Niza, la Sra. de Maupassant había prohibido que se admitiesen mujeres. Solamente, la Sra. Lecomte du Nouÿ logró verle. Él casi no sufría ya, pero cada día se hundía mas en la horrible confusión mental del paralítico general. Acusaba a François de haber mediado por él en el cielo y de escribir bajo su nombre en *el Figaro*.

Después del invierno llegó la primavera. La naturaleza estaba en pleno apogeo, pero no él. Hundía unas ramas en el suelo: «Plantemos esto, decía, y el año próximo encontraremos pequeños Maupassant.»

Pero nada, al año siguiente, debía renacer. Pronunciaba palabras sin continuidad, hablaba de millones y billones. Rechaza unas uvas enviadas por la Sra. Lecomte du Nouÿ alegando que son de cobre;

su tratamiento daba un regusto metálico a todos los alimentos, pero tal vez se recordaba también confusamente de haber dicho antaño que las viñas estaban demasiado sulfatadas. Volvía a ver a todas sus amantes y las saludaba. Hasta marzo, come solo, después tiene que ser alimentado. Es el lamentable final predicho por el oculista Landolt tantos años atrás. Maupassant que, niño, había parodiado en la institución de Yvetot un sermón sobre la condena, ahora conocía el infierno sobre la tierra.

Goncourt, curioso y feroz, con la oreja detrás de la pared del asilo, recoge todas las palabras, las anota cuidadosamente en su *Diario*: Maupassant cree que los médicos le acechan en el corredor para inyectarle morfina que le agujerea el cerebro; Maupassant acusa a François de haberle robado seis mil francos que pronto se convierten en sesenta mil, Maupassant dialoga con imaginarios banqueros, Maupassant tiene ahora la fisonomía de un auténtico loco con la mirada azorada y la boca sin elasticidad. Goncourt goza con esta precisa y despiadada documentación. Y el 30 de enero de 1893 anota: «Maupassant está a punto de animalizarse.»

Tanto el escritor se imagina estar salado, como se cree lleno de piedras preciosas y teme perderlas yendo a defecar. A cuatro patas lame las paredes de su celda. Espantoso epílogo de la vida de aquel que había escrito esta tan hermosa página en *Sobre el agua...*

Si mi inquieto espíritu recae en el desprecio de todo... mi cuerpo animal se embriaga con todas las

embriagueces de la vida. Me gusta el cielo como un pájaro, los bosques como un lobo merodeador, las rocas como una gamuza, la hierba profunda para rodar por ella, para correr como un caballo, y el agua límpida para nadar como un pez. Siento estremecer en mí, algo de todas las especies de animales, de todos los instintos, de todos los confusos deseos de las criaturas inferiores. Amo la tierra como ellos y no como vosotros los hombres... Amo, con un amor animal y profundo, miserable y sagrado, todo lo que vive, todo lo que crece, todo lo que se ve...

Su editor Ollendorff lo velaba. Henri Fouquier y Albert Cahen d'Anvers iban a visitarlo con frecuencia. A Albert Cahen le dijo una vez esta frase con un dominio de sí mismo increíble: «Márchese. En un instante dejaré de ser yo mismo.» Y llama para solicitar la camisa de fuerza.

Tras tres meses de convulsiones de naturaleza epiléptica, según unos, después de ses días según otros, convulsiones que nada puede detener, se apaga el 6 de julio de 1893, a la edad de cuarenta y tres años.

Las exequias tuvieron lugar el 8 de julio a mediodía en la iglesia de Chaillot. Guy de Maupassant fue inhumado en la sección vigésimo sexta del cementerio de Montparnasse. todos sus amigos estaban allí, Roujon, Alexis, Reinach, Lavedan, Heredia, Cahen d'Anvers, Marcel Prévost y muchos más, muchos personajes parisinos y curiosos; pero ni la literatura oficial ni la juventud literaria estaban representados.

Maupassant fue enterrado directamente en la tierra. No había querido ataúd, había exigido el

contacto con «nuestra madre» a fin de alimentar tras haber sido alimentado. Zola habló sobre su tumba.

Una venta de sus muebles a la que no asistió la familia, tuvo lugar en el hotel de las Ventas, el 20 y 21 de diciembre de 1893; un armario estilo Luis XIV, un medallón de Flaubert, un portaminas, un sacacorchos (comprados por unas damas), un alfiler de corbata, un frasco de sales, una *Quimera* de Rodin (esta quimera que lleva un desgraciado en sus garras y sobre cuya cabeza durante la trágica noche alguien había depositado el último telegrama de la mujer de gris) reportaron venticuatro mil quinientos francos.

La Sra. de Maupassant murió en Niza, el 8 de diciembre de 1904.

El Sr. Gustave de Maupassant murió en Sainte-Maxime (Var) el 24 de febrero de 1899.



Este libro se acabó de traducir en Tarifa (Cádiz) el 22 de julio de dos mil seis  
y se imprimió en Pontevedra, el 3 de agosto del mismo año.